

Mónica Carrillo

El foto que
aquí ves



Primera edición: Agosto de 2020

© Mónica Carrillo

monicacarrill45@hotmail.com

<https://www.facebook.com/monicacarrillomx>

Portada: A. Carraza, M.C.C.L. 2020

Prohibida la reproducción o transmisión parcial o total de esta obra por cualquier medio físico o digital sin autorización de la autora.

Hecho en México/ Made in México.

Mónica Carrillo
Esto que aquí ves

Para quienes han sobrevivido.

*Cualquier semejanza con la realidad
es una triste coincidencia*

Si alguien me hubiera preguntado, le habría dicho que nací cerca de La Sepultura, donde los días y las noches eran tristes, igual que hoy, donde la neblina lo cubría todo hasta llegar al pensamiento. Meciéndose en las entrañas como un canto lúgubre y lastimero. Impregnando a cada paso los recuerdos de por sí ya confusos. Esa neblina dolorosa que con solo respirar iba humedeciendo cada poro por donde pasaba con una melancolía infinita. Si alguien me hubiera preguntado, le habría dicho que ese constante frío se me fue clavando desde que tengo memoria y ahora regresa todo, de golpe, como un puñetazo en la cara que el destino hubiera deseado asentarme desde hace muchos años.

Tú estás ahí, a un paso de la sepultura, pero decidiste consumir tu cuerpo para que nadie te detenga, para volverte parte del aire. Yo me quedo pensando con detenimiento en las esperas, en todo lo que vendrá después, cuando ya nada tenga la huella de tu mano y cada resquicio de ti se encuentre suspendido entre las cenizas. Este que soy, espera ansioso a saber cuándo podrá decirte de nuevo que eres el otro Uno que le complementa, que le da sentido. Este que soy ahora, resquebrajado y taciturno por el paso de los años que no se portaron igual con ninguno de los dos. Porque cada golpe de ausencia me recordará que tú te fuiste antes, y yo no sé qué hacer con tanto tiempo por venir y que no percibo. Porque el cosmos, las palabras, el espacio, se han quedado suspendidos sin una boca perfecta y virtuosa que les pronuncie.

Porque recuerdo bien, a cada gota de sílaba, que por tu voz fue que yo vi nacer el mundo. Si alguien me hubiera preguntado, si alguien me preguntara ahora, le diría que con gusto volvería a La Sepultura con tal de irme contigo.

Estoy cansado. Agrietado y solo.

Vuelvo a ser un Uno sin propósito.

Hubiera sido más fácil zafarse de este asunto.

Digo, pero él siempre estuvo ahí, claro. No había necesidad de que esto se prolongara tanto. *Ya vas a empezar a quejarte, Lilith...* me diría ella. Su pálido semblante dentro del féretro rosado luce tranquilo ahora, al menos eso alcanzó. Mamá lleva en las manos el collar de cuentas del Tíbet, que él le trajo, en alguna de sus múltiples desapariciones, su cadena con dijes al cuello y los aretes que yo le regalé. No puedo comprender lo absurdo que es el amor, la costumbre o lo que sea. Porque ni siquiera sé si eso fue amor alguna vez. No, no lo entiendo. Tampoco sé si valió la pena su esfuerzo. Acabar así en esta vida sin sentido le quita a uno las ganas de seguir viviendo. Tuvo muchas oportunidades y las dejó ir. Todos estamos atados a algo.

Paseo la vista por este sitio. Paredes frías y grises, muebles burdos. Candelabros, iconografías religiosas, sobrios floreros llenos de plástico. Y la gente. ¡Ay, la gente! Es algo que no soporto.

El olor a velas me produce jaqueca. Los otros floreros, los que están junto al féretro, únicos con flores naturales, despiden su olor dulzón y agrio a la vez, tan desagradable. Y lo peor es que seguirán llegando las malditas flores. Mañana olerá peor. No, está de más, no lo soporto.

Me sé de memoria todos y cada uno de los detalles de la vida de Katy porque lo que no viví me lo platicó. El resto lo leí en sus diarios. No sé si haya algo que deba aprender o solo terminar de saludar a tanta gente y esperar a que se marchen para cerrar este capítulo y regresar a mi vida.

Sigo dándole la mano a cuanto anciano se acerca: Sí señora Equis, gracias señora Ye, no señora Zeta, mamá se fue tranquila señor Eme, muy amable señor Pe. Esto está llenísimo, me falta el aire. Salgo. Me veo afuera mirando a lo lejos y encendiendo un cigarro. Maldición, se me hacen bolas los nombres y ya me dolió la cabeza.

¡Si al menos se hubiera alejado!

No me gustan los sepelios, madre, pero hay que estar aquí y seguir saludando gente, recibiendo el pésame, atendiendo personas o como se diga. Si por lo menos me hubieras dado hermanos, con alguien compartiría esto. ¿Qué se supone que haga? ¿Llorar? Claro, es lo que todos esperan.

Pero yo aguardaré hasta estar sola, de lo contrario no podría seguir con esto, de pie, con tantas almas en torno mío. Ellos ya lloran bastante, algunos como si de siempre te hubieran conocido. Para mí no son más que extraños. Tal vez no se me da llorar porque estoy demasiado incómoda, muy molesta. Fumo.

Miro tu ataúd desde acá. ¡Cielos, cuánta gente en verdad! Dónde estuvieron todos esos cuando la pasaste tan mal. Cuando estuviste sola y con problemas. Dónde estuvieron tu madre y tu hermana cuando todo pasó, como aquello de que te cambiaste de ciudad y de trabajo, no sé por qué.

No, Katy, no, no y no. Esa no fue forma de vivir ni de morir. Y ese hombre, por Dios, qué avejentado está. Y haciendo guardia en la puerta como si no supiera que no tolero ni verlo.

¡Ese tipo insoportable ya está aquí!

—Necesitas ayuda...

Le dijo el joven a Katy que, con sus veintitantos años, bajaba un mueble del pequeño coche compacto que le prestaron para la mudanza. En la radio del auto se escuchaba *Billy Jean*, lo más

sonado del año, pero lo tuvo que apagar sin ganas para atender al recién llegado. Se sacudió los pantalones relavados y rotos que ahora estaban llenos de tierra al igual que sus choclos *converse*, los últimos que compro en El Paso.

Se le dificultaba oírlo porque de pronto hablaba muy bajo. El clásico ¿perdón ?

lo hizo repetir la frase. Ya lo conocía, lo había visto en la oficina, ella llevaba tres meses ahí. Era hábil para hablar y diestro en convencer a las personas por teléfono, como si todo lo supiera de memoria, pero retraído y serio en el trato cuando alguien le abordaba de frente. Es trabajo, a fin de cuentas, pensó.

Tenía ese extraño movimiento, ella ya lo había notado, una manía rara de inclinar la cabeza hacia su hombro derecho con frecuencia y entornar los ojos como si alguien lo estuviera observando. Un tic, una actitud, una extraña manera de ser que le distinguía de los aguerridos vendedores que eran sus compañeros, aquellos con una soltura desparpajada a la hora de hacer su función, y capaces de decir cualquier clase de ocurrencia con tal de concretar una venta telefónica.

Le dijo que no, pero eso no impidió que el delgado —y algo desarrapado— individuo tomara un extremo del mueble.

No había sido un ofrecimiento, no había sido una pregunta. Él dijo *necesitas* ayuda, fue una afirmación. Un juicio concreto que ejecutó mentalmente y procedió en seguida a ayudarlo. No se percató del asombro de la muchacha ni de su mohín de descontento, enfrascado en la tarea de transportar de la manera más eficiente el voluminoso objeto.

Ni siquiera esperó a que ella respondiera cuando dijo: ¿Puedo?, antes de meterse a la casa con todo y carga. A la chica no le quedó más que sostener la puerta de malla porque él ya estaba casi dentro. Lo llevó, lo acomodó, lo situó donde le pareció que la joven le indicara con la vista y evaluó, con una precisión milimétrica, la ubicación con el resto del mobiliario.

Ella permaneció de pie a una distancia prudente intentando negarse al favor con frases cordiales que, al margen de serle chocantes, para él no parecían tener significado.

A la media tarde de ese sábado le sentaba bien el brillo armonioso del sol de primavera. Un cielo celeste definido y limpio se extendía alimentándose del amarillo refulgente de la luz. Esa sensación de infinitud esparcida en el horizonte era lo que más le había gustado a la hora de tomar la decisión.

En la casa usada que Katy recién había comprado, a las afueras de la gran ciudad, aun faltándole todo, se respiraba un aire de frescura. Pisos y paredes lavados, cocina pasada por lejía, baños al cloro y aceite de pino para meter sus escasas cosas. La hierba descuidada del jardín emitía su olor húmedo emanado del verde tierno. Plantas ajadas a falta de una mano prolija, pintura descolorida cubriendo las paredes.

Cierta predisposición al abandono a causa de haber estado deshabitada durante demasiado tiempo, le hacían parecer triste y menoscabada en comparación con las estructuras vecinas, por eso le había resultado tan barata. Se notaba que a esa casa le hacía falta dedicación y mucho trabajo. Al menos estaba limpia, pensó ella.

Gal lo evaluó todo de una sola pasada. Unos segundos bastaron para que la mirada experta e incisiva contemplara el entorno. Pisos, paredes, muebles. Ese ambiente desprolijo, asentado en un barrio moribundo, llevado al límite de la urbe más grande del país, tocándose con las carreteras. Donde las vidas se superponían unas sobre otras, tratando de sujetarse de la cordura para no ceder a la tentación de decir que se vivía casi en el cinturón de miseria. Barrio de trabajadores

modestos, de sueldos raquíticos que se jugaban el día a día la supervivencia. Con facilidad hubiera elucubrado sobre los antiguos moradores, sus vidas, sus peripecias, su salida. Pero no estaba ahí por eso. Con todo, un apretar de mandíbulas concluyó su evaluación del lugar. No le fue satisfactorio.

Katy le ofreció algo de beber esperando que dijera que no, pero aceptó. En realidad no se le daba el ser sociable y mucho menos quería aceptar extraños en su nueva casa. Si de por sí ya era mal visto que una chica viviera sola, aunque ya estuvieran en el ochenta y siete la gente seguía siendo mocha y cerrada, pensaba ella. Así que no quería murmuraciones apenas llegando a su vecindario.

Empezaba en el empleo y se había aventurado con una propiedad para establecerse y vivir tranquila. Después de haber brincado dos ciudades no era para menos. Nada de familiares, nada de antiguos amigos. No había nada detrás que quisiera traer a su nueva vida y no quería a nadie reciente que viniera a apersonarse. Ya por ser casi de treinta se le consideraba *quedada*, vivir sola y recibiendo individuos provocaría que la gente pensara que era prostituta.

La voz de aquel policía, en la demarcación de Ciudad Juárez, le retumbó en los oídos: “Les pasa lo que les pasa porque se lo andan buscando”. No, no necesitaba problemas. Le dirigió una gélida mirada al chico, para que no se sintiera bienvenido, aunque agradeció la ayuda verbalmente.

Pero Gal ni siquiera se inmutó. Tomó el vaso y salió al pórtico, cosa que ella en verdad apreció. Katy sólo quería terminar de acomodar algo más de la mudanza para luego irse a recorrer la población. Conocer la ciudad de los palacios. Visitar el sitio que era famoso por sus miles de plazas, ese era su plan para aquella tarde.

Observaba las manos delgadas pero fuertes del recién llegado como de quien ha trabajado mucho, toda su vida, pero cuidadas en exceso; lo que le hizo mirar las suyas: reseca, ajada por el ajetreo del cambio de domicilio, y relavadas por el cloro, e inconscientemente las escondió. Lo escuchó, conversaba sobre árboles, conocía todas las especies del entorno y disertaba sobre cada una como un experto.

Tenía una manera rara de hablar, carraspeaba de pronto, subía o bajaba el volumen de la voz de manera involuntaria, hacía ciertos gestos como para hacer que se acomodaran las palabras, repetía mucho algunas —aunque no la incomodó— se le hacía extraño pero lo que contaba era tan interesante que bien podía soportarlo.

Él sabía mucho, pensó. Además, de inmediato notó que, en cuanto fluía su charla, el tic de la cabeza aminoraba y, sin saber por qué, eso le agradó.

Le dejó proseguir con su disertación en tanto el no invitado parecía solazarse de su conocimiento. Esa maraña de información manaba de su boca con una destreza formidable. Categorías de plantas, sugerencias de riego, tipos de suelo, recomendaciones sobre especies endémicas y mil cosas más desfilaron de manera espontánea y resplandeciente ante la chica admirada por el despliegue de ideas.

Katy sonrió para sí porque ni en el más loco de sus sueños se hubiera imaginado una escena semejante. De improviso se dio cuenta de que disfrutaba la plática, se vio yendo al refrigerador para sacar la jarra de limonada y algo para comer, cuando reaccionó la tarde caía y el advenedizo seguía ahí.

El recorrido de plazas que había planeado murió antes de nacer, y se encontró despidiéndose de un individuo que había llegado a su casa sin ningún propósito. Al menos eso creía.

Lo vio sonreír levemente y, por un momento, creyó que estaba viendo un alma pura. Esa

sensación de estar frente a alguien que no tiene malicia. Una sonrisa cristalina y diáfana, pero tan breve como un suspiro. Se arrepintió de pronto de haber estado a la defensiva con su llegada, no era para menos, tomando en cuenta todo lo que ella traía detrás. Le devolvió la sonrisa con la misma cortesía y hasta se descubrió diciéndole un *vuelve cuando quieras* a la hora del adiós.

—Gracias por tu ayuda y por la charla, fue muy amena.

—Nada, nada. Nada qué agradecer, me voy, ya anochece y me queda camino por andar.

¿Camino?, le dijo, pero él se dio media vuelta con rapidez, haciendo su extraño tic que de pronto se repitió con intensidad. Ni siquiera le había preguntado sobre dónde vivía porque asumió de algún modo que sería cerca. Gal se movió tan velozmente como pudo y se dirigió a su camioneta, mientras ella balbuceaba preguntas que se desvanecieron tan rápido como él.

Esos ojos, esa voz y esa boca. Esa boca. La boca, la boca. Su boca. Esa cosa que se abre y es una caverna dulce y húmeda, y la forma en que chasquea la lengua cuando ríe. Y esos labios juntos, pegados uno encima del otro. Y ese sonreír constante. La boca y los labios. Y la lengua que chasquea cuando se alegra.

Y su voz. Voz. Sonido. Sonido que hace una voz. La voz que teje palabras. Esa voz tibia y húmeda que hace crecer la tarde. Dice una letra y luego otra. Y suenan juntas y suenan tan bonito. Saliendo de la caverna húmeda de su boca.

Caverna que se forma por la grieta que cubren sus labios unidos entre sí. Que forman esa cavidad profunda entre las rocas preciosas y blanquecinas de sus dientes. Se abre y produce sonidos, sonidos bellos como de música y de miles de pájaros flotando entre las estrellas. Otros abren la boca y no dejan salir más que purulencias.

Pero no. Ella abre la boca y sale música que los demás no entienden. Como el día de la junta cuando la vi. Delgadita y menuda, de ojos enormes y senos pequeños y perfectos, con esa cintura y su falda larga y verde. Verde de los árboles y del bosque. Y del sentido del tiempo. Delgada como el aire. Ojos grandes y asustados y cara de espanto.

Pero es ella el viento y los ojos y la voz de su falda verde caminando por los pasadizos del trabajo. Y respira. Respira y se ve frágil y sutil. Apenas dibujada en un paisaje de pasillos que desaparecen ante su mirada de niña asustada. Pero los otros la ven, la ven y no lo entienden.

Ella es la ráfaga de viento suave sobre las cortinas que trae al tiempo. Y lo eleva.

Pero todo eso no era nada más que la imagen bellísima de cuando ves el cielo por la noche, la primera vez, y entonces no entiendes. Porque no eres más que un ser ignorante e imperfecto. Pero en cuanto abrió la boca el mundo tuvo propósito. Y de la boca nacieron las primeras palabras que crearon al hombre. Y el silencio tuvo sentido solo para enmarcar los sonidos armoniosos del cosmos que salieron de su voz grave, pero dulce.

Voz grave de mujer. Fuerte pero suave. Gruesa, tentativa y acogedora. Como un abrazo. Voz de mujer sublime. Intensa y generosa con esa lengua que chasquea cuando sonríe, porque entiendes eso. Eso sí lo entiendes.

Y hasta tu dermis lo entiende porque cuando habló por primera vez tu tez se erizó como sabiéndolo todo. Como recibiendo su abrazo. Allá, en la junta, la primera vez en la oficina. Cuando la vi. Cuando me vio. Porque yo sé que me vio. Y entonces ella abrió la boca.

Y de su boca nació el mundo.

Ella es un Uno.

Lo supo mi piel desde que oí los sonidos de su boca. Es un Uno, como yo. Que soy un Uno. Un único. Sencillo. Gentil. Armonioso y perfecto. No es un dos desvariado y adverso. No es el tres

pervertido. No es el cuatro de los ostentosos ni el nueve de los miserables o el cero de los vacíos. Ni muchísimo menos el siete de los que se creen perfectos.

Es un Uno.

Un Uno magnífico y sin precedentes porque antes de él todo es la nada. Un único, singular y elemental de donde empieza todo. Antes era vacío y ahora es genial. Es el Uno. El principio. Es el Uno que a su inverso tiene Uno también. Es ella. La que tiene la boca de la caverna generosa. Ella a donde va todo lo que se creó porque de ella nace. Es el Uno que me complementa.

Llama a su madre, dije. Llámala. Llama a su familia y a su padre. A sus ancestros y sus abuelos muertos. Llámalos a todos. Sí. Llama y eso hice. Archivos y papeles. Trámites y cosas. Busca, busca, busca, que sepas dónde nació, quién la arrulló. Que sepas su nombre, su apellido y hasta el día de su bautismo. Todo para que sepas dónde vive, dónde está, qué come, qué respira, en qué piensa, qué la inspira y cómo acercarte.

Tiene una casa y una madre y una hermana. Tiene una vida y la usa. Es la única que tiene, por eso la ha de cuidar mucho. Y en la casa vive la madre. Allá, lejos, lejos. En otra ciudad. Ahora está en esta casa que es una y es única porque vive ella sola con su vida.

No su hermana, no sé. Su madre dijo: Se cambió de casa. Se fue a otra ciudad. Lo sé, yo la he visto. Preguntó: ¿Para qué la busca? Dije: Notificación del trabajo. Nuevo domicilio. Y listo.

Y llego y la ayudo y tomamos limonada. Le gustan los árboles porque le hablé de ellos y no se molestó. Sonríe y chasquea la boca. Sonríe en su casa nueva y desacomodada. Su mueble. Su mueble que bajé y lo dejé dentro porque está viejo. Necesita cosas nuevas. Una de cada una. Una silla, un mueble, un sillón. Un sillón para su casa nueva.

Y un gran bote con mucha, mucha pintura, para que la casa vieja se vea nueva. Nueva, nueva. Nueva como ella. Nueva en el trabajo y en la casa y en la ciudad. Nueva delgada, sonriendo en mi cabeza. Y sonrío y habla con su única boca. Y le brillan los ojos, que son dos, pero también es única la mirada. Cuando hablo de los árboles sonrío y chasquea la lengua. Sonríe y habló poco pero fue hermoso.

De su boca salieron las palabras más encantadoras que jamás hubiera oído. Todas eran como palabras nuevas. Palabras recién formadas. Dulce, manzana, árboles de la acera. Cada palabra era un suceso. Como si jamás hubiese sido usada. Habló y dijo. Y cuando dijo, las palabras quedaron flotando en el aire como símbolos místicos de una nueva era.

Palabra, palabra, palabra. Como un sortilegio, una alegoría, un encantamiento sobrenatural que me inspira a seguir interminablemente. Qué palabra tan hermosa la palabra “palabra”. Cada una que ella dijo fue sublime y pulcra. Armoniosa y etérea. Llena de cadencia como una constelación girando.

Entonces sus palabras se volvieron galaxias que inundaron el cielo y confundieron a los científicos. Ajustaron sus telescopios y todas sus máquinas pero no vieron nada. Son unos tontos. Porque ella abrió la boca y de su boca generosa estalló un ignorado universo.

Creó un nuevo cosmos y las estrellas se pusieron relucientes, danzando alrededor de las nuevas galaxias de palabras para incorporarse. Pero no es posible. Cada una de ellas es compacta y perfecta, así que las otras se suicidaron y desaparecieron, lanzándose al infinito en intensos rayos de luz agonizada y fría que solo pueden ver los ojos de los mortales desdichados que no tienen una mujer como ella.

Y se quedan ahí, imbéciles, anonadados con su lluvia de estrellas, emocionados, sin darse cuenta que no es más que un diluvio de muerte y de tristeza.

Pobres desdichados, tristes humanos comunes y normales. Que no pueden ver sus palabras que

aún continúan flotando sobre el aire y luego de unos segundos se deshacen en pepitas brillantes y relucientes como lluvia de escarcha. Semillas Universales porque son de un Único Verso: Ella. Que caen al suelo y fecundan.

Pero cuando caen son como las sámaras que van girando movidas por el viento esparciendo las preciosas semillas. Creando nuevos jardines y esperanzas. Bailando suave y elegantemente un vals aún no escuchado, mientras flotan en el infinito de las ideas. Y con su sutil danza crearán nuevos árboles que poblarán la tierra. Semáforos en rojo. Detente.

El sol se ha ido.

Calma, calma.

Respira.

Detente.

Caigo en cuenta de que no he comido nada desde hace horas. Agradezco al administrador de la funeraria que me tienda la mano para desaparecer por un instante. No tengo hambre en realidad pero me pierdo, conduzco un momento para buscar alguna tienda de conveniencia o cualquier puesto y para cuando recuerdo ya voy rumbo a la casa de mi madre.

¡Ay, Katy! ¿Qué voy a hacer con tu casa?

Contemplo el exterior: su gigantesco arce; que Gal siempre dijo que tenía más años que yo, que era mi hermano mayor. Ella enamorada de su árbol. Era su delicia y espectáculo favorito observar la manera en que sus semillas caían girando semejantes a pequeños helicópteros o mariposas alocadas. ¡Ven, mira, mira! Me gritaba como una muchachilla emocionada, te lo vas a perder, insistía. Siempre cuidó mucho su jardín, y a él no le gustaba que la casa se viera en mal estado. Una casa de revista quiere Gal, decía mamá.

Es inevitable abrir esa puerta de madera y esperar verla en su sillón favorito, mirando hacia afuera. Hacia su enorme y hermoso arce, hipnotizada por el color cambiante de sus hojas. Insistentemente me pregunté qué fue lo que le sucedió, ¿cómo era posible que una mujer tan inteligente, bastante guapa para su edad, y con sus capacidades, llegara a este punto? Sería acaso que pasó largos años mirando a través de esa ventana con la esperanza de que algo bueno sucediera.

Me moriría de coraje tan solo de saber que estuvo ahí todo ese tiempo esperando a que él regresara. ¡Mamá, por Dios!, le dije miles de veces luego de sus ausencias, ¿por qué vuelves a recibir a este individuo? Nunca hubo respuestas. Solo se quedaba mirándome profundamente, con esa mezcla de reproche y justificación que tanto me desagradaba. Como cuando niña y estaba a punto de regañarme, o decir alguna cosa, pero luego se arrepentía y no decía nada. A Gal no le gustan las discusiones, era su argumento. Después de mucha insistencia me decía entre susurros: Lilith, ten algo de educación. No hablaba nada más, lo llevaba hasta la cocina y de ahí solo ella sabe a dónde, porque yo siempre salí disparada en cuanto él entraba; hasta que me harté y por fin la dejé.

No podía seguir soportando todo aquello. Esa extraña mezcla de veneración y respeto que mi Katy siempre le tuvo a Gal. ¿Por qué? ¿Por qué tanta consideración para un loco?

¡Basta! Me gritó aquella mañana en la cocina, cuando le pedí que él se fuera. Ese hombre con la extraña forma de mirar me tocó el hombro. Yo era una adolescente. Has crecido mucho, me dijo, hermosa como tu madre. ¡Suéltame, sucio perverso! Le soplé con todo el odio del que era capaz. ¡Basta! Gruñó mi madre. ¡Gal no te ha hecho nada!

Era verdad. No me había hecho nada, nunca me hizo nada, pero su sola presencia era suficiente para hacerme sentir incómoda. Enfurecerme. Ni siquiera tengo una razón. Está en mí, en lo más profundo. Y aún ahora no sé qué sea, pero sobra y basta para que su simple apariencia me sea insoportable.

¿Por qué lo proteges? ¿Por qué lo consideras tanto? —le grité a mamá— ¿Qué deuda tan grande tienes? ¿Acaso crees que porque te acuestas con él le debo la vida?!

Una sonora bofetada me reventó el labio a los quince años. Los miré a ambos con el odio más grande que era capaz de sentir. Él me observó desconcertado y luego bajó la cabeza. Atónito y a punto del colapso. Sus manos comenzaron a temblar incontrolablemente, el tic que siempre tuvo se

exacerbó. Miraba al suelo, a la ventana, al refrigerador, a mi madre y a mí intermitentemente, desesperado. Como queriendo huir sin saber a dónde.

Katy, por el contrario, me lanzó una mirada rabiosa. La peor de mi vida. Toda la cólera que pude percibir en su existencia la concentró en ese momento. Su mano permanecía aún en el aire, inquisidora, amenazando con lanzarse de dorso si acaso me atrevía a reclamar algo. En mi rostro ardía la huella de su definida palma con un dolor indescriptible. Tenía los ojos inyectados de furia, igual que yo. Clavados en los míos con la certeza de que no iba a separarlos ni por un momento.

Yo tampoco cedería. Ni siquiera quise limpiar el hilo caliente y rojizo que percibí corriendo por la comisura de mi boca y se precipitaba hasta el cuello con lentitud pasmosa. Cuando lo notó, quiso extender su mano para limpiarme. No le iba a dar ese gusto. Salí como expulsada, pensando en no volver.

—Ten, grapas. Grapas. Para tu engrapadora.

Extendió la mano por encima de las endeble paredes del cubículo para alargar una caja que Katy tomó sin comprender bien. La semana pasada te faltaron para el jueves, esta semana no te faltarán, le dijo y se retiró. Galileo era extraño, pensó, pero tenía razón; aunque los miles de ínfimos pedazos que le quedaban durarían un mes, sí había batallado porque la pequeña máquina engrapadora se atoraba y se vio apurada por algo insignificante a la hora de entregar sus reportes de ventas. Pero al compañero le había parecido de importancia.

Él regresó a su escritorio, satisfecho. Katy se inclinó para verlo repetir el ritual: Lado derecho en orden, dos recipientes porta lápices, uno exclusivamente para plumas. Una carpeta para documentos, un organizador de papeles donde se encontraban las órdenes de entrada y de salida. Revisó que los cables de su computadora IBM estuvieran bien sujetos con los pequeños alambritos que venían en las bolsas de pan, para que estuvieran ordenados. Teléfono a la izquierda, solo, sin obstáculos. Listo, pulcritud y orden, ese era Gal. Ella lo miró de lejos y sonrió para luego acomodarse.

El chico abrió la gaveta para verificar que todo estuviera perfecto. Sacó la lista de clientes para promociones. En la pantalla abrió dos archivos en Word, uno con el texto con el que debía empezar, el otro con posibles preguntas y respuestas. Bebió un poco de agua. Se secó los labios con el blanco pañuelo que dobló con esmero para devolverlo a su bolsillo. Entonces comenzó a realizar sus llamadas para el canal de ventas por televisión.

Despreocupada, Katy lanzó el paquete dentro del cajón atiborrado del escritorio y siguió. Durante una fracción de segundo se detuvo a reflexionar: En comparación con él, ese cajón la representaba. Y no sería hasta un par de semanas después en que recordó que aún no sabía cómo o por qué había llegado a su casa. Intentó alguna vez hablar con Gal al cruzar por un pasillo, saliendo de los cubículos o en la hora de comida como quien saluda a cualquier compañero, pero al parecer siempre llevaba prisa.

En cuanto ella le hablaba, giraba su cabeza para todos lados, confundido, como no sabiendo qué hacer. Se llevaba la mano entrecerrada a la comisura de la boca, luego se agachaba, decía algo inaudible y continuaba su camino. Hablaba poco, sí, trabajaba mucho.

Ella también, en esa fastidiosa empresa de servicios telefónicos, aprovechando el boom de las ventas televisivas que recién empezaban, y lo mismo podía vender una herramienta, un juego de bisutería fina, que un producto de limpieza. La paga era buena, el trabajo excesivo, eso le ayudaba a liberar sus gastos y abstraerse del mundo. Lo otro, no tenía sentido ni pensarlo.

Además, bastante agradecida estaba con las facilidades que le dieron para los trámites de su crédito aún con el poco tiempo que tenía de laborar ahí, aprovechó cada recurso e indicación que le brindaron. Al mismo tiempo de rescatar los derechos de su anterior puesto en el que había estado bastantes años. Eso y que, tenía que reconocer, la casa era un asco cuando la encontró.

De ahí en adelante, era entrar y salir. Ir de vez en cuando a beber cualquier cosa con los compañeros, solo por hacer algo distinto. Charlas triviales, nada personal, ni siquiera intercambiar un teléfono. Nada. Eso le funcionaba perfecto y para ella estaba bien.

Sería hasta un sábado por la mañana en que, a través del aparato, su madre le preguntaría por el asunto de la empresa y como no supo a qué se refería indagó para enterarse de que alguien había llamado solicitando su nueva dirección. No había recibido nada, sería una actualización de datos o la corroboración del crédito de la propiedad, pensó, porque había estado en una casa de asistencia al llegar a la ciudad y había dado aquella como dirección provisional, así que no dio importancia al asunto.

Pero sí se tomó el tiempo para preguntar si no la había buscado alguien más. Ese, aquel, de quien ni la mujer mayor ni ella mencionaban el nombre. No. Ninguna noticia. Luego de haber salido de Juárez y mudarse a El Paso, hasta donde él la siguió, decidió que si quería vivir tranquila, o mejor dicho, si quería vivir, tendría que irse más lejos.

—¡Es un vendedor, mamá!

—¡Es un ejecutivo!

—Así dice, pero vende carros, nada más...

Como fuera, era más de lo que cualquier chamaca de la periferia hubiera tenido; especialmente si eras pobre y rentabas en la Obrera la casa más jodida del rumbo, insistía su madre. Un sinfín de muchachas casadas a más tardar a los veinte, las demás a darse prisa, compañeras, en gran cantidad venidas del campo que a esas alturas ya no producía, todas las de la maquila contaban las mismas historias.

Era de las viejas porque ya tenía veintisiete y la mayoría de las muchachas llegaban incluso de dieciséis. Ella y la Gringa, su mejor amiga, que le hacía bromas constantes por el nombre americano, sin importarles cuanta explicación le diera sobre que el padre había tenido la obsesión —hasta el último día— de irse a vivir *al otro lado* y les había puesto nombres pochos a las dos hijas, según él para que no desentonaran. Pero nunca quiso reconocer que los escribieron mal.

El aire seco y caliente del desierto se filtraba por las rendijas de la endeble construcción en Ciudad Juárez, donde entonces vivían. Pocos recursos y apenas servicios que proveyeran lo básico, escaso transporte que les obligaba a caminar largos tramos para llegar a tomar el autobús que las llevara al trabajo. Katy lo necesitaba, había entrado de noche a la maquiladora para poder seguir pagando la escuela.

Luego de tantos inconvenientes y la muerte de su padre por cirrosis no le quedaba de otra. Su madre, atendiendo el puesto ambulante de una mujer de El Paso, se frotaba las manos con sólo pensar que su hija pudiera hacer un buen matrimonio y sacarla del muladar al que llamaban casa.

A la muchacha no le atraía del todo el tipo, pinta de gringo y cuero de indio, le decía a sus amigas, pero le había ofrecido recogerla a ella y las otras para ir a bailar un viernes y de ahí comenzaron a pescarse las acompañantes para que lo aceptara. Su flamante *Dart '86*, recién traído de Texas, no dejaba lugar a dudas de que cualquier chamaca se iría con él porque jamás habían conocido a un tipo con carro del año.

Ojalá nunca les hubiera hecho caso. Se recriminó cada vez que tuvo memoria.

Terminó un sábado de acomodar las últimas cajas de la mudanza. Cuidaba su nuevo jardín y eso le tranquilizaba. Acababa de arreglar un arriate al frente de la casa cuando se sintió observada. Ten, le dijo Gal, tras ella. Katy se sorprendió.

—Ese *ten* ya lo conozco... ¿Un álamo, un arce?

—Acer, se llama *acer*, pero le dicen arce, no sé por qué... —sus ojos se perdieron en el vacío por un instante, como si hubiera recordado algo muy triste —Mi papá sí sabría.

La chica quiso agregar algo pero él reaccionó al momento. Luego comenzó la disertación de las múltiples variables del árbol, el cambio de sus hojas, los cuidados, lo bien que se adaptaría a ese suelo y demás cualidades.

Y la charla seguiría por horas incluso cuando Katy comenzó a preparar la cena, sin tomar en cuenta la mirada esquiva alrededor que Gal lanzó cuando lo invitó a entrar, como inspeccionándolo todo, como viendo bien dónde pisaba. Contando las baldosas y repasando los estantes.

Tampoco se percató de la forma en que enderezó los libros, reacomodó los cubiertos y ajustó la distancia entre un sillón y otro con la cadera, mientras ella continuaba contándole de los pocos árboles de su infancia y la belleza del desierto de Samalayuca, y vertía la pasta en una olla con agua hirviendo.

La voz de Katy tenía un efecto hipnótico en él. Al escucharla hablar de la gran belleza del árido terruño, no hacía más que imaginar esos tonos ocres y marrones hasta llegar a un violeta oscuro, las olas extendiéndose kilómetros y kilómetros en dunas intempestivas y voluptuosas. Imaginaba el viento soplando con fuerza y elevando las cortinas de arenilla finísima como oro en polvo al contacto con la luz del sol. Luego viéndolas caer, casi en un imperceptible y milagroso espectáculo donde de pronto todo tomaba otra forma y lugar para inventar un caprichoso diseño.

La escuchaba hablar, con el más mínimo detalle, de los dibujos intrincados y precisos que creaba el viento con las arenas para cambiarlos de nuevo una y otra vez, en un paisaje completamente infinito entre esas prodigiosas ondulaciones trazadas con detenimiento, en una perfección milenaria sin intervención de la mano del hombre, un horizonte pleno de piel granulada, dorada y bronce, como la de ella, pensó Gal.

Él lavó los trastos de nuevo antes de servir. Hablaron largamente, con buen ánimo. A ella le costaba cada vez menos acostumbrarse a sus mohines al conversar y su convulsión ocasional de inclinar la cabeza. De cierta inesperada manera se sentía tranquila con su compañía porque le parecía inofensivo. Y pudieron seguir en esa charla tan perfecta como interminable, si no fuera porque sonó el teléfono.

—No, por favor, mamá, no le digas nada a nadie ya... —cortó.

Pasaba algo, no cabía duda, el brillo de sus ojos había cambiado y él lo percibió. Hubiera preferido quedarse a averiguarlo pero se dio cuenta de que había oscurecido más de lo que podía tolerar. Explicó que debía irse y ella así lo prefirió.

—Disculpa, Katy, disculpa. Soy incómodo, sé que soy incómodo.

—¿Por qué? No pasa nada, no hay problema, eres buena compañía —le aclaró, intentando ser amable y que no notara su molestia por la llamada. Trató de sujetar su hombro de manera inconsciente, pero él la esquivó.

—No, lo sé. Yo, tengo que irme, ha oscurecido, te diré luego.

Salió a toda prisa como siempre. Ella no necesitaba declaraciones. Lo sabía. Había contestado con sonrisas leves los comentarios malintencionados del trabajo sobre aquello de: al

loco le gusta la flaca, está tocado, es extraño, tiene mal la cabeza, se quedan bien porque los dos tienen la mirada rara.

Había escuchado también los comentarios despectivos hacia ella, recordaba desde la primera junta a la que acudió. Cuando “la guapa” del equipo de ventas utilizó el barato recurso de murmurar a otros para que ella la escuchara: ¡Nada más que el jefe no grite porque la nueva saldrá volando por la ventana! ¡Está tan flaca! —Y fea... había agregado otro individuo.

Incluso expresiones de envidia vedada hacia el chico, que se manifestaban porque siempre conservaba el primer lugar en ventas o atención al público. Su grado de eficiencia le distinguía. Indudablemente era obsesivo con el trabajo. Ser el empleado del mes ya era su dominio personal. Así que le fue fácil decidir, si tenía que elegir equipo, se quedaría en el de Gal.

Aquello de que el loco estaba tras ella en verdad sí le incomodaba. Sabía perfectamente que no era una belleza como para gustarle a todo el que pasara, era consciente de que luego de tantas dificultades había perdido demasiado peso; sus ojos saltones y asustados la sorprendían cada mañana ante el espejo. No se reconocía.

Pero de ahí a serle atractiva al compañero era otra cosa. No quería complicaciones, siempre lo había dicho. Aunque luego al tenerlo cerca, recibir su visita o ayuda en casa le hacía más llevadera la existencia. No, no era una mala persona ni le inspiraba incomodidad de ningún tipo, al contrario, parecía ser alguien con quien podía contar. Y sus expresiones, tics o manías eran leves comparadas con las locuras que hacían los cuerdos. Ella lo sabía. Como le dijo El Prieto en aquella ocasión: Lo había aprendido de mala manera, y de primera mano.

Sol. Sol. Sol, ¿por qué te ocultas?

No me dejes a oscuras en este infierno cuando la vida palpita por los ojos de ella. Su sonrisa que es la fuente de mis sonrisas. Esa felicidad que brinda su voz que acaricia y envuelve. Encerrado aquí en este cuarto que es la clave de mi tristeza. De mis nebulosos días aún sin nubes en el cielo. Pero tú te vas, te llevas el calor al dorado desierto de donde las arenas prodigiosas forman su belleza.

No sabía que era triste hasta que me topé con ella.

No sabía que era pobre aunque junte dinero.

Porque pobre se es cuando la esencia está vacía y no hay unos ojos que reflejen lo que dicen los tuyos con complicidad y complacencia. Pero ella está aquí y a la distancia. Y cierro los ojos para no perderme de su vista que conservo en la memoria. Me mira y, si cierro los ojos, me seguirá mirando. Y sus pestañas moverán el viento que creará el deslizamiento de las dunas. Mágicas y perfectas como ella.

Pero tengo que huir, escapar antes de que se me vaya el espíritu. De que sus ojos se den cuenta del fuego perpetuo que me habita, que quema más que el calor de su desierto. Y de mi tristeza que congela el ánimo con mayor crueldad que sus deshabitadas noches.

Porque las llamaradas azulosas de esta angustia crecen a medida que se retira el día. Y yo quedo aquí, sumido en esta absoluta agonía de negrura infinita y desensamblada. Con una aflicción semejante a la que siente el árbol sin un flujo que le dé vida. Clavado en esta pesadumbre sin contemplaciones ni miramientos. En un desierto individual pero nada etéreo.

Vacío absoluto traspasando los cráteres de mi cuerpo, de este cadáver anticipado. Cuerpo sin memoria de afecto. En una condenación sempiterna sumergido en su propio abismo. Pobre sujeto para el que el averno dejó de ser noticia. Maldición profunda, ojos que no ven más que perdición. Un esqueleto forrado de inconsistencias. Despojos. Restos de naufragio.

Es lo que soy, si acaso alguna vez he sido.

Porque me inunda el pensamiento, me agobia. Con un sufrimiento permanente por no ser, por no abrigar nada más que estas tinieblas. Esta carencia de todo lo que no sé si existe pero que espero porque, al mirarla, sé que forzosamente debe haber algo mejor que esto.

Deber estar aquí, encubierto bajo las sábanas, esperando que se vaya la noche y suba el calor del sol que ni siquiera sé si vuelva. Enconchado. Encerrado. Esperando una muerte que no llega, ajeno a eso que alguien pudiera llamar felicidad pero que para mí no es más que una inaccesible certeza.

Una tortura permanente sintiendo cómo se va corrompiendo el ente molécula a molécula. Y mis átomos. Átomos de compunción y pesadumbre. Lastimera meditación de un yo que jamás ha existido. En un drama de absoluto quebranto desde que tuve uso de consciencia. Porque esta desdicha agobia.

Quisiera desprender a jirones esta piel que me quema por su falta de tacto. Que no merece ser vista ni tocada. Menos por las cálidas manos de ella, la de la boca que reconstruye el mundo. La que al hablar genera cosas nuevas.

Pero de mi boca salen solo espinas, dardos puntiagudos y emponzoñados.

Y leo y releo, y busco saber para satisfacerla a ella. Para que cuando hable no se me salga la tristeza. Para que no descubra todo esto que agobia. Por eso, sólo por eso. Desearía mutar, desaparecer y reaparecer de nuevo, nuevamente, reiterado y repetido, pero modificado. Y transformarme, cambiar, ser como ella.

Pero no soy más que este aleteo de mariposa negra a la que espantan con la escoba; portadora de malos presagios y desencantadas certidumbres. Siendo esta mi característica, mi esencia vilipendiada por la agonía constante del día que cesa.

Lo que ves es lo que hay, dice la gente. Vivir en la oscuridad y desasosiego invariable es mi única constante, ni por más luz del firmamento que me inunde lograría evaporar la oscuridad que desde dentro me observa.

Soy el ser desvencijado y roto que ha nacido cerca de La Sepultura. Ese lugar sombrío y cubierto de niebla que me impregnó la tristeza entre los huesos porque todas sus húmedas partículas me sobrecogieron y se me volvió vida la melancolía. A mí me concibieron las lágrimas de la noche; y ni los murmullos del quetzal desde los encinos lograron inyectarme un hálito de esperanza. Es así, no hay otra forma.

Vagar entre los recovecos de mi cerebro con estas elucubraciones pesarasas e infalibles como saetas lanzadas por un arquero experto. Diestro profesional que es mi cerebro a la hora de recordarme esta triste consistencia de pluma de cuervo.

Qué de todo conservo. Qué de nada me queda.

Cualidad de angustia es lo que soy. Esa es mi esencia.

Ella fluye. Es.

Mientras yo me sumerjo en esta circunstancia permanente de precipicio. Esta sensación constante de caída que nunca me abandona.

Sol, sol. Sol. Sol. ¿Por qué te ocultas? ¿Por qué, por qué?

Mamá siempre fue muy disciplinada con sus cosas. Pareciera que sabía que moriría. Todos los papeles en orden, la lista de personas a quien llamar. Como si hubiese estado preparando su sepelio con mucha anticipación. Bueno, sería normal pensar en este tema cuando se está sola demasiado tiempo y sin mucho qué hacer, supongo. Todo limpio, todo en su acomodo, todo

tranquilo. Al menos eso le debo a Gal, el haber cuidado de ella con esa devoción hasta el último momento.

Él la ama, dijo la enfermera con profunda ternura. Ese señor ama a la señora Katy con toda su alma, no se ha separado ni un momento de ella. Me repitió afuera de terapia intensiva. Gal estaba a lo lejos porque no nos permitieron entrar. De hecho, cada que yo me acercaba se iba a otro lado, siempre supo que no toleraba su presencia y al menos fue coherente con eso.

La llevó a urgencias cuando tuvo el ataque, dijo que estaba podando árboles, por favor, a los casi sesenta pretender podar el arce. No era la primera vez que mamá iba a dar a urgencias y fuera él quien la llevaba. Entre su excesivo vicio de fumar, la alta presión y sus malos hábitos eso se había hecho frecuente en los últimos tiempos.

Para que luego a Katy le diera una risa cuando lo contaba, como si hubiera sido una gracia. Una muchacha loca, esa es mi mamá. Incorregible.

Yo vivía muy lejos como para hacerme cargo. Ahora pienso que en verdad no quise hacerlo, porque si me hubiera importado más habría estado aquí. Creo que de manera inconsciente le dejé todo a Gal. Claro. ¡Uf! Me acabo de poner, yo solita, del lado del trancazo, como dicen por ahí. La culpa. La maldita culpa.

Sabía que llegaría este momento. Sí, me siento responsable por haberla dejado tan pronto y por tanto tiempo. Pienso que si hubiera estado aquí se habría cuidado más y vivido más años. Pero ella tampoco me quería tan cerca, supongo, si así lo hubiese querido se habría deshecho de él. Por supuesto, la eterna discusión.

Ese hombre estuvo aquí toda mi vida. Desde que tengo memoria siempre ha estado presente. Incluso vivía con nosotras hasta el día de la bofetada. Se retiraba solo cuando venía la abuela o la tía, y no mucho, ellas tampoco lo soportaban. Pero estuvo aquí cada cumpleaños, cada celebración, cada asueto o festejo.

No puedo negar que me encantaban sus regalos costosos.

La forma en que sorprendía a mi madre trayéndole cuanto necesitara, cambiando el mobiliario. Proveyendo de todo. Nada quebrado, nada maltrecho, nada descompuesto. Para ti y para la niña, era su frase. Si hubiera sido padre seguro habría sido uno bueno.

¡Pero qué demonios digo! Ese fantasma que me persigue.

No lo soporto.

Desde muy pronto temí que eso fuera cierto. De otro modo no habría entendido por qué no lo corría, por qué mamá nunca tuvo novio. Se sabía arreglar muy bien, cierto que hasta los vecinos le decían algún piropo que decantaba de tajo. No creo que en la oficina nadie le hubiera dicho nunca nada, tenía muchas amistades y salía con ellos de vez en cuando. Aunque jamás supe de algún pretendiente. Claro, porque Gal siempre estuvo aquí.

Pero de ahí a pensar en esa horrenda posibilidad. Las burlas de la escuela y los vecinos, cuando niña. No, no tolero ni pensar en ello.

Esa gente y sus insinuaciones hicieron de mi niñez y mi adolescencia un verdadero infierno, todo por su causa. La hija del loco, tu papá está tarado. ¿A poco de verdad no es tu padre? No. No, definitivamente no lo acepto.

Nadie puede culparme por eso.

—Tiene que firmar aquí y aquí. Y definir, por favor, qué tipo de servicio religioso traerá o si quiere que le consigamos alguno.

—Todo, todo... todo ya está escrito.

Dice Gal, desde la puerta, a la empleada de la funeraria que me atiende en su pequeña oficina.

Le entrega un papel, es una póliza. Me sorprende darme cuenta que ya todos los gastos están cubiertos y las especificaciones también. Él no levantó la cabeza ni por un instante, sujeta una extraña boina desgastada que ha tenido desde que lo conozco. Deja el papel y se retira.

Es entonces cuando noto que tras de sí dejó un ramo que recoge con rapidez, lo lleva pronto hasta el ataúd y lo deposita encima. Sale con la misma prisa y se para junto a la puerta que ha escogido como su sitio, perdido en la inmensidad, mirando al vacío. Apenas se descuida me acerco al féretro.

Lo que suponía: tres girasoles.

—¿Pero por qué el uno? ¿Por qué el uno y solo el uno y siempre uno?

—Porque, porque es único, perfecto. No más, no menos. Uno.

—¡Pero todos los números son lindos! Vaya, ¡son números!

Katy soltó la carcajada caminando por el parque mientras trataba de evitar que cayera su helado. Gal estaba confundido, intentaba explicar sus razones sobre la importancia del número que prefería aunque ella siempre encontraba el modo de sacarle ventaja. Eso lo perturbaba aún más, se había propuesto mantener conversaciones desde que la había conocido y hacía un gran esfuerzo por coordinar sus ideas en voz alta. Además llegaba un punto en que podía encontrarle lo divertido de las situaciones, que ella sí era capaz de ver, incluso entender sus bromas. Se desesperaba, se turbaba, pero la sonrisa de su acompañante, en ocasiones, le hacía fácil aceptar y hasta ceder.

—Dos. Dos ojos para mirarte, para que me mires. Dos, tú y yo, caminando.

—Uno. Un hombre y una mujer. Una mirada. Una sola mirada.

—Tres: el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo.

—Uno. Un solo Dios. En el que no creo.

—¡Imagínate si fueras hindú!

Ambos rieron y siguieron su trayecto por la plaza. Disertaban sobre las cuatro patas de los animales, los cinco sentidos, el sexto. Las siete maravillas del mundo. La forma del ocho que si lo volteas es el símbolo del infinito. El nueve para el que ninguno de los dos tenía opción pero se asombraban revisando la tabla de multiplicar, cuyos residuos, sumados entre sí siempre daban nueve. El diez como sistema de medida. Los árboles, los pájaros, los niños jugando. Todo acompañaba la sublime tarde de sábado en un verano exuberante donde las cosas lucían sus colores halagando la vida. Esa sensación de placidez absoluta envolvía a la muchacha haciéndola sentir reconfortada, incluso feliz. La gente a su alrededor, paseando, conviviendo, descansando, enamorándose tal vez. Disfrutando de la simpleza del momento y la belleza natural que no costaba nada. Caminar y caminar sin más propósito que el de acompañarse. Lo observaba, se sentía satisfecha de tenerlo como amigo y de cómo, cada vez, se desenvolvía con mayor soltura. Él de pronto se alteraba, un pequeño mohín o alguna breve reacción se manifestaba, ella lo percibía y guardaba silencio.

Aun cuando le afectaba algo, cierto comentario, alguien que pasaba y se le quedara viendo, incluso cuando sentía que su mirada se escapaba a sus adentros, el hombre hacía un gran esfuerzo por no perder el hilo de la plática, de mantenerse alerta por si algo sucedía. Con todo, Katy no dejaba de reír y eso lo hacía pasar el rato muy bien. Gal llegaba a creer, por momentos, que se sentía completo, pleno, con el simple hecho de que un comentario ingenioso suyo hubiera promovido su risa bastaba para sentirse satisfecho. Hasta se atrevió a pensar que de alguna manera podría funcionar sin dificultad. Si al menos el sol no se retirara, pensaba de ponto.

No le incomodaba la gota de helado que escurría por la comisura de su compañera, ella notó su mirada y la limpió. Sabía que el desorden y la desorganización lo irritaban, lo sacaban de balance. Sabía que se retiraba con premura, siempre tratando de que no fuera muy tarde porque se sentía mal. Algo le pasaba al oscurecer, pero no quería preguntar por no herir sus sentimientos. Lo veía como un hermano menor, como su mejor amigo. Como alguien a quien debía procurar, cuidar

y proteger hasta de sí mismo. Su vulnerabilidad proyectada en el chico le hacía sentir una responsabilidad extraña, algo que la movía a no permitir que nada ni nadie lo dañara. Veía en él algo tan puro y sin dobleces que deseaba de la manera más profunda que jamás desapareciera. Con los meses de convivencia le había tomado un gran afecto. Una sensación de confianza le invadía cuando él estaba cerca o la acompañaba en casa. Incluso había logrado sonreírle en la oficina y que le devolviera una tímida sonrisa, era un avance. Al estar con él, sentía como si estuviera con alguien que conocía de muchísimo tiempo. Y le ayudaba a olvidarse de sí misma.

En un principio pensó que no era sano que los vieran juntos. Pronto las murmuraciones pasaron y empezaron a verlos con más normalidad. Incluso sirvió para que otras personas del trabajo también le dirigieran la palabra a quien siempre habían visto como un loco o chiflado. Accedió a acompañarlos a juegos de boliche o eventos futbolísticos. Pero, por más que Katy insistió, jamás aceptó ir de noche a bailar o a algún bar.

—¡Once! Más que diez, menos que doce. ¡Somos un once!

—¿Dos unos?

—Sí, tú lo dijiste. Somos dos unos.

—Mm, no, lo siento, primero tendría que saltar el diez. No, no puedo con eso.

—¡Ah! Ya sé, y a esto no te vas a negar... ¡El dos romano!

—¡Dos unos! Invariables, estables, ligados por una barra encima y debajo. Usados con reverencia, para la sucesión, el orden. Unidos por siglos y así seguirán.

—Eh, bueno, ¡sí así lo ves...! ¿Te vas a acabar tu helado?

Él solo se lo extendió con una sonrisa torcida y un mohín con movimiento de cabeza, porque siempre le hacía lo mismo. Recostados bajo los árboles, Katy se apoyó sobre su hombro y él sonrió tímidamente, pero satisfecho. Dos unos. No importaba cómo lo llamaran. Eran dos unos entrelazados. Muchísimo más que aceptable.

Ella, ella. Ella. Ella.

Ocupa en absoluto mi pensamiento.

No hay palabras, no hay expresiones. Es más que todo lo que se pueda decir y que las palabras que flotan en el aire luego de que su boca las pronuncia. Recargada sobre mi hombro finge que duerme. Pequeñísimos rayos de luz bajan esquivando las ramas solo para acariciarla. Es como esos destellos de sol que se filtran entre las hojas pero no tienen un nombre específico. Un fulgor, eso es. Chispazos de alegría que se cuelan entre los huesos y me borran de a poco la neblina de La Sepultura. Brillos de bienestar son sus carcajadas. Es como la sensación de los niños corriendo felices con sus mascotas.

El ondular del agua en el lago que hace la dicha de los patos. Yo soy el pato y ella el agua en que me sumerjo. Entonces el oleaje de las arenas se vuelve líquido y de oro transmuta en zafiro y ella es el ondular pausado y sereno. Es un destello sobre el agua, una ráfaga de deleite que logra filtrarse entre las tinieblas que me habitan y por un segundo lo iluminan todo. La sensación de júbilo, de gozo henchido de pronto, llena mi corazón, mi hígado, mis riñones. Y mis intestinos se convierten en algo parecido al regocijo, al contento. Algo que se mueve y aletea en las entrañas, busca un resquicio para salirse pero lo contengo para no perderlo. Me seduce por dentro el sólo hecho de verla. Eso que cambia en lo profundo, no sé de qué manera, pero sé que me hace bien. Que es bueno. Es mi agrado, mi gusto, esas cosas que hasta hace tiempo pocas veces poseí. Y es mi risa, y mi risa es ella porque de ahí proviene.

Es un decir: Y vio que todo era bueno, porque yo la he visto, y ahora sé que ese Dios debió

mirarla cuando lo pensó, porque ahora entiendo a qué se refería todo eso que dijo y observó. Porque yo lo vi también y comprobé que todo era bueno. Es un Uno y soy un Uno. Somos un dos romano convertido y basto. Ligado. Unido. Enriquecido.

Deambulo por el mundo y conozco todo. Sé de cada resquicio de tierra y de arena, de la cantidad exacta de estrellas que puedo ver por mi ventana en la noche que me oculta y de cada minúsculo grano en su desierto. Luego todo tiene sentido. El cosmos tiene sentido. Y la existencia vaga y la conspicua que deambulan en este suelo tienen un propósito específico. Es basto y simple. Insigne y vacío. Pero tiene sentido. Entonces sé qué hago sobre la faz de la tierra porque hasta antes de su llegada yo deambulaba sin curso definido. Es el antes y después. Mi principio y fin. Es lo que poseo sin tenerlo.

Ella, es más que el verbo presuntuoso que la nombra. Más que la decena ágil que sobre el marfil aletea en una alegría planetaria. Ella de pronto es el espacio, la guitarra a la distancia. Es mis manos, la sutileza de mis vanidades. La promesa frenada de mis querer. La luz de su mirada dora aún más la caricia solar que día con día me arma caballero. Es también el farallón milenarío ante el que estrello con solidez todas mis fragilidades.

Cierro los ojos y reposo en ella. Con Ella que es. Es. Es.

Suelto la mente, no la detengo.

No tengo miedo.

—Te siguen buscando, ya han hablado con mucha gente... ten cuidado...

De nada había servido huir, ocultarse. La voz de su madre angustiada le advertía. Colgó el teléfono sin decir palabra. Gal se había retirado ya, luego de esa hermosa y memorable tarde, llegar a casa y enterarse de que Lucio estaba tras ella no era precisamente lo que hubiera esperado para cerrar el día. Ya tenía mucho tiempo en su nueva ubicación, incluso meses en su casa y hasta se había sentido tranquila. Hizo amigos sin intimar con nadie para no correr riesgos. Excepto Gal, pero de él sí podía decir que era confiable.

Ahora todo le explotaba en la cara. Poner la denuncia por lesiones para que se burlaran, presentir que en Juárez no habría ley ni castigo. Dejar trabajo y escuela. Huir a El Paso, buscar empleo, apañarse con los papeles, para que la hallara de nuevo. Cambiar de sitio, perderse en México, buscar trabajo de nuevo. Ni siquiera quiso dedicarse a lo mismo que hacía con tal de no levantar sospechas. Había soportado un extraño noviazgo por presión, por costumbre, por miedo.

—¡Por Dios! ¡Qué es esto!

Gritó ante la casa vacía.

Ese noviazgo. Promesa de boda. Incluso con todo listo, porque si no aceptaba, aquel hombre arremetería contra ella. Era lo común, lo usual, y nadie decía nada. Es un novio, se decía, puedo dejarlo cuando quiera. Pero no fue así. Cada vez que intentó romper él volvió.

—Claro que todos son iguales, ¡lo único que quieren es coger!

Le había dicho a la Gringa, su compañera en la maquiladora, que vivía en El Paso y todos los días cruzaba para trabajar en Juárez. Llevaba algunos meses saliendo con Lucio y la presionaba constantemente, no era que creyera en la virginidad ni esas cosas, sabía bien que ya casi nadie llegaba virgen al matrimonio, menos a finales de los ochenta, y en especial cuando la mayoría se casaba con tres meses de embarazo como poco, insistía. Pero era una clase de complicación por la que no quería pasar. Se preguntaba si luego de eso seguirían juntos. O era tal vez porque no estaba convencida del todo. Él explotaba con facilidad, más de una vez lo había visto mirar con

intensidad a cualquier muchacho que se acercara en algún bar, o tomarla fuerte del brazo para decirle que era la hora de retirarse. Con todo, cedió. No supo bien si fue por amor o por efecto de las bebidas a las que no estaba tan acostumbrada, incluso llegó a pensar que él le había puesto algo. Pero se descubrió a sí misma entrando en la habitación de un motel sin recordar cuándo había dicho sí. Y solo se dejó llevar.

Era como debía ser, dijo su madre en algún momento sin que ella le hubiera dicho nada. Lo sabía, ella supo que lo sabía. Pronto las salidas al cine o a bailar se fueron reduciendo a cambio de las sesiones en privado, no podía con ese apremio, se decía a sí misma que sí lo amaba pero no a tal grado. Lo pensó mejor, era su derecho, repetía constantemente en su cabeza, era su derecho decidir si seguía o no. El hombre comenzó a insistir cada vez más en que debían casarse cuando apenas llevaban seis meses de novios. No, fue su primer respuesta y quiso poner tierra de por medio. Lucio llevaba mucha prisa y la estaba asfixiando. Intentó separarse del grupo de amigas por la influencia que ejercían y las constantes insinuaciones o mensajes que le hacían llegar sobre él. La buscó, le rogó. Mucho de ese convencimiento lo tuvieron las razones de su madre y la importancia que le daba al apoyo económico que alguien como él significaría.

En cada ocasión le suplicó, lloró, espero, y de una u otra manera había logrado persuadirla de que esa vez sí sería mejor. Incluso hacerla llegar a los mentados planes de boda, él quería tener vestido y salón listo. Pedirle que la dejara primero terminar la carrera en comunicaciones fue su argumento. Trabajar y estudiar, ella no sería una inculta. Se prometió. Pero no fue así.

Presiones, presiones. Insinuaciones, celos, sospechas, amenazas disfrazadas. En una sociedad flagrante el atreverse a pensar de distinta manera era una afrenta. Despreciar de tajo el partido que le era conveniente ante la mirada ajena, un atrevimiento que no se podía tolerar. Cierta grado de enojo en su casa, una acusación de egoísta por parte de la hermana: Agradecida deberías de estar, ni que estuvieras tan buena. ¡Aprovecha antes de que se arrepienta! Bromas de hermanas, insistía su madre. Esa imposición constante que hacía dudar si en realidad era lo correcto o estaba cometiendo un grave error. ¡Apúrate mi hijita porque te me quedas!, pedía la mamá. ¿Qué tanto le piensas, flaca

?

, ya no estás para andar de delicada, hasta la Gringa le sopló en el trabajo. ¿Y si tenían razón?

No le quedó más qué hacer. Lo aceptó.

Había escuchado en la escuela y leído alguna nota sobre agresiones y maltratos hacia la pareja, incluso una que otra desaparecía, pero nadie decía nada. Se fue con el novio, claro. Andaba de puta, obvio. Seguro cruzó para el otro lado, perfecto. Eran las justificaciones. Lo había visto en la fábrica donde hacía turno, un par de días hablar de la que no llegó y listo, a otra cosa. A mí me da miedo eso de que se roban a las muchachas, una de la maquila no volvió, le dijo a Lucio, como que ya son muchas.

Caminaban largos tramos y en ocasiones a altas horas de la noche por falta de camiones públicos. Las maquiladoras se encontraban en colonias muy alejadas y difícilmente conseguían traslado al trabajo. Largos trechos de baldío a ambos lados de la carretera, solo acompañadas del silencio del desierto y el ocasional silbido de los arenales. El mal alumbrado aunado a que la mayoría vivían en las orillas de la ciudad era una situación que las ponía en riesgo constante. La gente se había quejado, las trabajadoras pedían más transporte y mejor seguridad, pero las autoridades y los dueños de las maquiladoras hacían caso omiso. La mano de obra barata abundaba, si éstas no querían trabajar, ya vendrían otras; eran los razonamientos.

—No tienes de qué preocuparte, está bien que por flaca pareces chamaquita, pero para eso tú

ya estás vieja...

Le había contestado el novio burlescamente y se rio a carcajada limpia. No pasa nada, no pasa nada, la calmó. ¡Además a mí me encantas flaquita! Y comenzó la embestida amorosa.

Cierto era que tenía veintisiete años, pero también era verdad que más de una vez algún abusivo les había metido una nalgada “de pala mecánica”, como decía la Gringa, mientras iban camino al trabajo. De esas sobas que les daban con la palma firme, ente las piernas hasta tocarles el “chocho” y darles el levantón. Para enseguida escucha la carcajada de los vagos que iban presumiendo en sus carros polvorientos a ver qué tanto las habían hecho brincar. Cuando no faltaba el estúpido que luego del azote se llevara la palma extendida al rostro y le pasaba la lengua con lascivia. Solo de recordarlo le hervía la cabeza de nuevo. Sí, le había tocado. ¡Hijos de su pinche madre!, las chicas no podían decir más entre las lágrimas de ira. Sobraban las insinuaciones y los piropos mal intencionados, el ir a tomar una cerveza a algún bar era mal visto por cualquiera y había barrios a los que era mejor no entrar. Conocer a alguien entre el ruido del baile, un nuevo truco estaba de moda: Saludarlas de mano como formalidad para que, en un diestro movimiento, sentir que el tipo las jalaba con rapidez para frotarse la ingle con el dorso de la mano femenina en son de broma. ¡Muy gracioso, pendejo!, les habían dicho ellas más de una vez. Estar bailando con alguien en la discoteca, entre el ruido y las luces, y que se aproximara el chico considerablemente como para decirle algo y en otra jugada maestra sentir cómo le apretaban un seno. ¡Perdón!, creí que era tu hombro, decían. Clásica. Ni qué decir si adoptabas la moda de Madonna, con pantalones ajustados, blusas sin hombros y sin tirantes, o la de la serie *Beverly Hills* con sus minifaldas o vestidos cortos y entallados. Pero no hacía falta andar en las cantinas para correr riesgos, cierto era también que muchas mujeres eran golpeadas por el marido o el novio y no había autoridad que dijera nada.

—Nos tienen de sus pinches esclavas estos cabrones, nos pagan muy mal y encima nos tratan como si en cada muchacha tuvieran su puta... —les gritaba la Gringa, y luego soltaba en inglés cuanta perorata se le ocurría.

¡Pues lárgate a jalar para el otro lado! ¡Pero no te dan jale por mariguana! Vociferaba siempre algún capataz y seguía la maquila. Katy no podía olvidar las pequeñas notas a media página, perdidas entre las hojas del periódico, a las que nadie daba importancia. Alguna chica encontrada en un baldío, algunos padres buscando a su hija, la situación iba en aumento y obviamente pintaba muy mal, sobre todo porque la policía se empeñaba en verlos como hechos aislados. Problemas de parejas, celos. Mujeres que no hacían caso, que no cumplían en su casa, era la justificación para una golpiza. Hombres violentos y aguerridos que no tenían misericordia. Oír decir a la vecina: Déjelo que me pegue que para eso es mi esposo. Eso ya en estos tiempos es ridículo, pensaba. Como si el “cumplir con la casa” o “hacer caso” fuera cosa que se esperara de ellas. ¿Acaso no era eso una clase de esclavismo que nadie veía

? ¿Acaso no era tal vez ver a las mujeres como un animal amaestrado que debía hacer aquello que se le enseñó, y nada más? ¡Ay, me asusta cómo piensas! Le había dicho su hermana.

Aquí todos se creen Pedro Infante, ¡todos son bien machos!, pero con las viejas, le dijo a su madre. Dé gracias, mamá, de que Diosito la dejó viuda. ¡Pan de cada día!, le contestaba.

Era visto como muy corriente, como si aquella clase de sometimiento viniera unida al hecho fundamental de ser mujer. La casa, la escuela, la religión, todo apuntaba a que el femenino debía someterse a los menesteres que el masculino pidiera. No podía entender cómo, tan solo un par de años antes, cuando apenas había entrado a la universidad, los estudiantes de la UACH se inconformaron con la reelección del rector y todo el mundo había salido a quejarse. Tomaron

rectoría, secuestraron funcionarios, incluso raptaron autobuses y casi paralizaron la ciudad hasta que les hicieron caso. Era como si se tratase de dos realidades paralelas: Por un lado, la ciudadanía comprometida y entregada a la defensa de los derechos de los estudiantes. Por el otro, una comunidad secreta, una letra vaga, una hiper realidad torcida, sumergida en la consciencia, manipulada sagazmente para que solo se viera y se pensara lo que alguien decidía que debía ser.

No podía hablarse del secreto a voces que era el mal trabajo en la maquila, porque conocía los dos mundos, ser explotada en lo laboral y ser presionada en lo personal. Pero era triste darse cuenta de que a nadie le importaba. Mucho menos al Estado, que andaban muy ocupados con que al gobernador lo acusaban de espurio, así que traían a la policía calmando revueltas porque le hicieron un escándalo tal que hasta los gringos metieron su cuchara en Juárez.

Ya lo había observado, Lucio también perdía la cordura de pronto y la sujetaba con fuerza, la zarandeaba con insistencia cuando ella no compartía su idea o quería ir hacia otro lado, para luego disculparse torpemente cuando veía su cara de asombro. Yo no seré una de esas, se dijo, yo no quiero pasar a las estadísticas, como dicen en la escuela. Era un reproche que se hacía cada vez que algún exabrupto de carácter le llegaba al hombre. ¿Por qué me dejé llevar tan lejos? Se había preguntado más de una vez. Si bien era cierto, le preocupaba la situación de su madre y la manera en que fantaseaba continuamente con el lugar a donde se irían a vivir en cuanto Katy se casara. Pero llegaba un punto en que aquello ya no importaba.

—Si de verdad me amaras dejarías el estudio... —le dijo, luego de uno de sus accesos de ira.

La entumeció. Sentados en el coche, él siguió su reclamo pero Katy ya no escuchó. Una catarata de conceptos propios se precipitó inundando su mente, no necesitaba ser muy diestra para darse cuenta de que era un golpe bajo, una amenaza vedada de que esperaba absoluta sumisión. Una mujer encerrada en su casa, criando hijos y cumpliendo faenas mientras él seguía con su vida. No, no era así como se visualizaba para el resto de la existencia y tampoco quería especular qué sucedería si se atrevía a contradecirlo. Pensaba en su mamá y su hermana, sí, pero ya no por la seguridad económica sino más bien por la preocupación de que una explosión de Lucio pudiera llevárselas de encuentro a las tres, y no quería cargar con ello. Cuando por fin se preguntó por qué había llegado tan lejos, la respuesta solo fue el miedo, aunque no sabía bien a qué le temía. *Si de verdad me amaras...* esas palabras le pesaban como plomo.

—No, Lucio, no quiero casarme.

Lo interrumpió para decir por fin. En el coche, a la salida del bar en el que habían estado, un silencio aplastante reinó por unos segundos, y ni siquiera la estridente música pudo cortarlo como lo hizo la voz baja y profunda del hombre. Apisonó el volante como si quisiera arrancarlo, pegó su rostro hacia el aro, y con los dientes apretados le exigió.

—Repíteme lo que acabas de decir...

—¡Que no me caso contigo! —dijo Katy, con todo su valor.

Y fue la frase que la mandó al hospital con tres costillas y la nariz rotas, un ojo morado, la mandíbula dislocada e infinidad de contusiones. Ni los gritos, ni pedir auxilio, ni suplicar piedad, sirvieron de nada. Si alguien escuchó o vio algo, nadie fue en su ayuda. Había intentado escapar del hombre cuando lo vio estallar y comenzar a lanzarle insultos y puñetazos.

Logró bajarse del coche con rapidez pero él la persiguió como fiera a su presa. Le dio alcance. Arremetió contra ella como si jamás la hubiera conocido. Como si fuera un animal. Como si no valiera nada. Aun tirada en el suelo el hombre siguió embistiendo a patadas el débil cuerpo y no paró hasta dejarla inconsciente. Poco a poco, Katy percibió cómo la abandonaban sus fuerzas, la saliva se le confundió con la sangre y casi la ahogaba. Un golpe certero en el costado del ojo la

mareó y vio paulatinamente cómo todo desaparecía. Ni siquiera escuchó la frase de Lucio cuando abrió el maletero, la levantó en vilo y la aventó al interior de la cajuela.

—Pinches morras mamonas, todavía que les va a hacer uno el favor y se ponen sus moños. ¡Vieja pendeja!

La encontró un velador cerca de Lote Bravo, con la cara y el cuerpo destrozado. Apenas respiraba. Acaso Lucio fue y la arrojó hasta aquel rumbo pensando que estaba muerta. Ni todas las demandas ni solicitar órdenes de restricción funcionaron en su ciudad.

Más de una semana en cuidados intensivos y otro tiempo en recuperación; en cuanto salió del hospital comenzó a buscarla de nuevo. Fueron largos días en casa hasta que pudo moverse bien. Le prohibió a su madre que le abriera la puerta siquiera. Empezó enviándole flores con tarjetas de disculpa, se aparecía de pronto, a la distancia. En cuanto pudo caminar, lo vio a la salida de la escuela o el trabajo. Sentía el acecho a cada vuelta de esquina. Ya no solo temía por sí misma sino que el recelo por su madre y hermana se había vuelto una certeza, y con justa razón.

El guapo hombre que conoció, ejecutivo en una nueva empresa automotriz, había resultado un maniático. Su inicio romántico fue el más codiciado por cualquier muchacha de su edad. Serenatas, regalos, todo para estar con ella. Entonces Katy era chispeante y alegre, su esbelto cuerpo y su actitud resuelta y segura le daban un mayor atractivo. El hombre hizo todo lo posible por conquistar a la mujer más hermosa de todo Chihuahua, según sus palabras —las de él—, para hacerla sentir especial. Ahora sabía que no era más que el mismo perfil que los abusivos buscaban en sus víctimas. Muchachas de familias necesitadas. Chicas solas o sin padre la mayoría, de baja autoestima, susceptibles de ceder a los halagos y con muchas carencias. Así se veía a sí misma, luego de la paliza.

Regresó innumerables ocasiones a la policía para tratar de hacer algo. Ni el parte médico sirvió para que tomaran en cuenta su denuncia como intento de homicidio. Entre tantas vueltas vio con tristeza cómo, otros padres o familiares, acudían a las autoridades para hacer denuncias semejantes o peores. Nadie hacía caso. No hubo bufete jurídico que funcionara para un tipo con dinero ni en esa clase de denuncia, mucho menos para una chica sin recursos. *Son casos esporádicos, cuiden con quién andan sus hijas*, eran las respuestas. Pasarían años antes de saber que no era casos aislados.

—¡Gal!

Le saltó el nombre a la cabeza por entre los recuerdos. Apenas había cortado con su madre ante esa horrible advertencia y él fue en quien pensó. Si a ella la buscaban, ¿lo buscarían también?

Una llamada rápida le dijo que ya estaba en casa. Respiró tranquila. Cierto era que su mamá la había angustiado pero tampoco podía afirmar con certeza que ya hubieran dado con ella, andan preguntando, dijo la mujer. Solo han preguntado, se repitió para sentirse tranquila.

Gal y Katy jamás habían hablado por teléfono. Él lo agradeció. Conversaron larga y profundamente como si no se hubieran visto en años. Se dio cuenta de lo afable que sonaba y lo bien que se desenvolvía en la llamada. Así que por esto tienes tantos premios, le sopló en son de broma. Él le contó un poco de su infancia, el lugar donde creció y sus peripecias; y ella hizo lo propio hasta llegar a omitir los detalles de la salida y sus complicaciones. No hubo asombro cuando Katy escuchó sobre los problemas de melatonina y serotonina que tenía. Aun cuando él se inquietó al hablar, lo animó. Ese huir despavorido cuando el sol se ocultaba porque funcionaba mejor de día. No quería que ella lo viera romperse, llorar de forma inexplicable. Aunado a sus

trastornos de ansiedad y sus conductas obsesivas, esos prolongados períodos de angustia le invalidaban para funcionar normalmente.

Le habló brevemente de su padre, aunque con gran emoción. Del verdor intenso y mágico que recordaba de La Sepultura, ese lugar sumergido en la niebla, con sus bosques milenarios y sus bestias sagradas. De la maravilla del canto del Quetzal, de la ferocidad y sagrada presencia del Yaguareté. De las hondonadas y caídas de donde nadie volvía. De la abundancia del musgo abrazando los troncos que ni veinte hombres con los brazos extendidos podrían abarcar. Aunque era más aquello que su imaginación había creado a partir de los pocos recuerdos, en comparación con el nivel de angustia que en su infancia le producía. Pero Katy no tenía por qué saberlo.

Ella le contó de su manía de comer de madrugada, de cómo guardaba galletas en el buró, cualquier cosa en la bolsa, para lidiar con el estrés del día a día. Las pesadillas y la ansiedad. De la sensación de que la estaban siguiendo cuando iba al metro, al microbús o el pesero que tomaba cada día al salir del trabajo. Pero pronto regresó la plática al Desierto de Samalayuca y sus interminables médanos, y a la misteriosa y exuberante frondosidad en La Sepultura. Fue hasta muy entrada la noche en que cortaron la comunicación y descansaron como si ambos se hubieran desecho de un lastre. Katy olvidó de pronto el origen del llamado, se sentía en completa calma. Ya en la cama, aún resonaban en su interior las últimas frases que se dedicaron.

—Eres misterioso y enigmático, como tu selva.

—Y tú mágica y atrayente, como tus dunas...

Esa noche no tuvo pesadillas.

La gente sigue llegando, casi como si aquí vendieran algo. No sé por qué se acercan a Gal para darle el pésame y luego a mí. Será porque son de la edad. Ex compañeros de trabajo de ambos, vecinos muy acostumbrados a verlo. Y obvio que regresó a vivir a la casa en cuanto me fui a la universidad. Obviamente, también, porque Katy le rogó.

Me entero ahora, por la señora de la casa de junto, que los arreglos del funeral eran tema común entre ellos. Jugaban mucho con la idea de si tú te mueres primero, si yo me muero primero, cosas de viejos, digo yo. Pero era de esperarse que planearan hasta el último detalle, si este tipo iba con nosotros incluso de vacaciones.

El mar es bueno para ti, le decía mi madre con frecuencia.

No sé por qué le tengo tanto recelo. Es verdad que nunca me hizo nada. Que nunca trató mal a Katy, sino al contrario. ¿Entonces? Tienes celos, hasta me parece que la escucho diciendo. Y cómo no, si era como si mamá tuviera dos hijos en lugar de una. Quiero ir al cine, decía yo. No, porque Gal no puede acompañarnos. Mamá, ¿cuándo vamos a esquiar? No, porque Gal no tolera ese clima. ¿Podemos ir nosotras? No, porque quién nos cuidaría. Miles de veces pensé en que no necesitábamos quién nos cuidara, sino que mamá no quería dejarlo solo porque no sabía quién cuidaría de él. Tenía miedo supongo, de que algo le pasara. Casi como si el tipo fuera su responsabilidad.

Siempre asumí que él se iría en algún momento y jamás regresaría. Pensé que ella, de cierta manera, se hartaría de él y poco a poco lo iría desapareciendo de nuestras vidas pero no fue así. Esa extraña veneración que sentía era ridícula. Una especie de santo o alguien muy superior a los demás, así lo trataba, como si él fuera el mejor hombre del mundo. Quieres esto, quieres lo otro, está bien así el clima, vamos a tal o cuál lado. Siempre tratando de que estuviera contento. Pero a él parecía no importarles en lo más mínimo.

Sí convivía, conversaban y demás, pero todo era de que estuviera más gente y de inmediato se

descontrolaba, entonces nunca entendí la insistencia de Katy en presionarlo a salir si sabía que eso le hacía sentir incómodo. Qué necesidad.

El colmo de los colmos fue durante mi adolescencia. Ah, esa bofetada, no sé si me dolió más eso, o que cada vez que invitaba a mis amigas a pasar el fin de semana, él siempre tuviera que estar ahí y yo no encontrara la manera de justificar su presencia.

¿Es tu papá? ¡Claro que no! Tuve que decir mil veces.

—¿Acaso me veo igual de loca que él?

No. Por supuesto que no.

CUATRO

Para Katy habían sido dos meses muy largos desde que inició el otoño. Demasiado trabajo, aumento de las ventas, cambios de humor en Gal, que acortaban sus paseos pero lo compensaban en casa. Entre eso y los preparativos de las promociones para el cierre de año la oficina se había vuelto una locura. Catálogos y más catálogos que debían comprender, aprender y promocionar, reuniones sobre estrategias de venta, juntas administrativas y demás, habían dejado poco tiempo para las ya esporádicas salidas al bar luego del trabajo. Terminaban agotados. El estrés se iba haciendo presente entre los compañeros que comenzaban a reñir por cualquier cosa a causa de la acelerada carrera por un bono de ventas especial en Navidad.

Los chismes sobre el romance se reactivaron pero al ver que ya no les daban importancia cesaron de pronto. Ella se sentía verdaderamente agradecida por él, su presencia había traído un remanso de paz y tranquilidad que de tiempo atrás necesitaba. Con Gal no había exabruptos ni contratiempos, era afable y gentil, aún en el más complicado de sus días, esa mirada suave y generosa hacía pensar en aquello que iba más allá del entendimiento entre dos personas. La naturaleza sutil de su galantería y su saludo cordial cada mañana se habían convertido en algo que esperar en cuanto cruzaba la puerta del trabajo.

Una sensación parecida al venir de muy lejos; de aquellos lares donde la angustia y la devastación habían hecho presa de su ánimo mostrándole el lado más oscuro de la vida, la asaltaba de pronto. No, ahí en el profundo sitio del corazón donde habitaba el miedo, ese lugar donde alguna vez entró y del cual quería mantenerse alejada, dejaría toda esa zozobra, y permanecería cerrado si lograba mantener, aunque fuera un poco más, la agradable presencia de alguien como él. Porque muy en el fondo sabía, era consciente, de que a cada resquicio de vuelta, en cada esquina de la memoria, persistían esos recuerdos que marcaban la naturaleza del ser de la manera más aciaga posible, donde el llanto lastimero y triste había dejado un corazón acongojado y roto a causa del abuso. Con esas huellas intangibles pero tan abrasadoras como una quemadura, que hacen sospechar a cualquiera incluso del gesto más amable. Había quedado tocada pero debía luchar contra su propia tristeza. No era una presencia memorable. No era algo que deseara siquiera recordar.

¿Quieres una chimenea? Le había preguntado con los primeros fríos, y ella respondió solo un sería lindo, porque le evocó aquella que había visto en El Paso, el corto tiempo que permaneció ahí cuando el viento helado del desierto soplaba atravesando la frontera, llevándole las memorias de su casa. En algún momento le había contado cómo los lugareños encendían ese fuego que crepitaba armoniosamente. La vista de la flama consumiéndose los troncos le inquietaba y fascinaba a la vez. Entre esas noches fronterizas se perdía en sus pensamientos allá, en la distancia, y recordaba los reflejos dorados del sol sobre los arenales en el crepúsculo, incendiándolo todo. En un horizonte eternizado por los últimos rayos que le daba una presencia sobrenatural e indómita, como su ánimo, cuando aún no había sido ajado. El ondular de las llamas semejaban el serpenteo de las dunas luego del viento dorado, cuánto amaba ese desierto, recordó aquella noche igual que en la presente. El sentido dolor que le provocaba saber que ya jamás lo vería le palpitaba en los ojos, como esa lágrima silenciosa que abortó antes de nacer porque era la instintiva respuesta a todo lo que no quería recordar.

Repitió: Sería lindo, muy lindo. Lo que fue suficiente para que a la siguiente semana llegara,

él, con todo, incluyendo los trabajadores, para que le instalaran una hermosa chimenea y una decoración asombrosa. Además de un bellissimo juego para atizar, un artículo excepcional y nuevo, del catálogo exclusivo para clientes distinguidos, traído especialmente de los Estados Unidos gracias a sus influencias en el trabajo. Incluso con implementos decorativos que venían con el paquete de elegante mampostería. Mera decoración, le dijo extendiendo sus planos hechos a mano y su lista de acciones, mientras apresuraba a los trabajadores, cuidando los tiempos, e insistiendo que todo quedara extremadamente pulcro al terminar cada jornada de lo que su obra duró.

—Es tu regalo de Navidad... para que no extrañes tanto.

—¡Hay más chimenea que casa! —dijo ella, soltando la carcajada— ¿Pero por qué tan pronto? Falta más de un mes.

Lo entendió cuando se ausentó de la oficina: Tiene dos meses de vacaciones, el privilegiado, no volverá hasta febrero; le dijo con cierta envidia el segundo de recursos humanos. Él lo arregló con el jefe según le habían explicado, y siendo un empleado tan destacado y con mucha antigüedad nadie tuvo inconveniente en que siempre tomara su mes correspondiente y otro más sin sueldo a causa de su salud. Obviamente a la empresa le parecía mejor darle un mes sin goce de sueldo que pagarle una incapacidad por todo ese tiempo. Qué crueles, pensó Katy.

Gal lo compensaba con el trabajo. No le fue difícil entender que se ausentara por el invierno. La plática de aquella noche la había hecho zambullirse en la biblioteca pública en su tiempo libre, incluso buscó una asesoría profesional para investigar todo cuanto pudiera de su padecimiento y cómo poder ayudarlo. Fue así como supo que Vincent Van Gogh, Emily Dickinson e incluso Häendel, habían creado sus mejores obras durante el verano.

Él también, pensó. La mejor obra que podía haber hecho era resarcirle el ánimo y ayudarla a recobrar su vida. Buscó y rebuscó, leyó y relejó todo lo que encontró, y a medida que aprendía le era más fácil entenderlo.

Se lo propuso, tenía que agradecerle, y ya que no le había regalado nada de Navidad se avocaría a ello. Buscó en una tienda exclusiva lo más revolucionario, un disco compacto doble, de importación, con la obra de Häendel que incluía su famosísimo *Halleluyah*, al que le colocó el dos romano muy finamente elaborado. Para ello tuvo que adquirir un reproductor de CD, que no le fue difícil conseguir en el trabajo de las ventas televisivas. Luego, *Carta al mundo*, de Dickinson, en cuya envoltura colocó un I, y además, una modesta pero bella litografía de *Los Girasoles*, de Van Gogh, en la que estampó un uno romano más, así formó otro dos romano. Esto consistía su colección de regalos. Cuadro emblemático tratándose de él, murmuró para sí: Yo soy la carta, Gal es un girasol, y sonrió. El resto fueron dulces confitados, pastelillos y varios hasta completar un vistoso paquete. Coronó sus obsequios con una tarjeta que decía:

Mozart dijo: Häendel entiende los afectos mejor que cualquiera de nosotros. Van Gogh opinaba: Quien no cree en el sol no tiene fe.

Al igual que él lo hizo, se dio a la labor de conseguir su dirección y se sorprendió de que fuera un lugar tan retirado de su casa. También se preguntó por qué no lo había hecho antes, o por qué él se había dado a la tarea de conseguir la suya. Pero pronto entendió que aquello era retórica pura porque ya todo se había explicado solo. El muchacho le tenía un afecto que iba más allá de su propia capacidad de comprensión y ella se sentía tan cómoda con él que no pensó que fuera necesario. Por primera vez en su último y accidentado año se había visto segura y tranquila. Confiaba en las cosas que hacían juntos y aunque no tuviera un plan venidero ni un porvenir decidido, bien podría pasar el resto de su vida con esa amistad tan sencilla y desinteresada; simple y llanamente porque ella ya no buscaba nada. Sabía con claridad de dónde venía y lo que

quería para sí misma, el destino, bien podía decidirlo en el trayecto. Si eso no era el amor más honesto que había experimentado en su vida, entonces no sabía lo que era. Pero tampoco importaba. Gal era, por mucho, un ser con una bondad inalterable como jamás hubiera conocido.

Extrañaba su presencia y su acompañarse a la salida del trabajo. Siempre la llevaba hasta el metro y esperaba a que abordara, luego volvía por su vehículo para dirigirse a casa. Mientras que ella aún recorría trayecto en un microbús y un pesero, si no quería caminar en la noche para llegar a su hogar. Porque, por más que él insistió, ella nunca aceptó que la llevara diariamente hasta su casa, estaba muy lejos, además, tampoco quería abusar de su confianza.

En su ausencia, los rostros compungidos y agotados de los pasajeros esperando el vagón la llenaban de zozobra. Esa sensación de saberse perdida entre la masa informe de personas sin nada en común salvo la obligación de desplazarse. Ese escenario asfixiante, donde veía en cada protagonista no más que una isla de preocupación y desamparo, le producía un desasosiego constante ante la imperiosa necesidad de mirar a todos lados. Los días se hacían cada vez más fríos y oscurecía más pronto, la caminata hasta la estación, más pesada. Y la espera, una repetida sucesión de rostros inamovibles incapaces de reaccionar ni mostrar algo de empatía o consideración aún ante el más necesitado. Un vagón de muertos eso es lo que somos, pensaba.

Continuamente se sentía perseguida, vigilada, pero luego trataba de ignorar esas elucubraciones por creerlas infundadas, por darse ánimos. Había quedado muy inquieta desde la última llamada de su madre pero procuraba decantar esa sensación. Intencionalmente no le había marcado de nuevo. No quería saber, no le interesaba.

La regresión le había hecho mucho daño, esos recuerdos la quebrantaban y no les abriría la puerta de nuevo. En lugar de eso, se preocupaba por el amigo que debía estar pasando por dificultades a causa del clima.

—¡Eso les pasa por andar de putas!

Dijo un ayudante del ministerio público por lo bajo a unos policías, y soltaron la carcajada. Una señora, con los ojos enrojecidos de tanto llorar buscando a su hija, volteó a verle la cara aún henchida y amoratada. Katy, que había vuelto por enésima vez, tratando de poner una denuncia ante el continuo acecho de Lucio, se preparó para retirarse luego de mucho intentarlo sin respuesta, con una sensación absoluta de vacío a causa de las burlas y la negativa.

La otra mujer brevemente tocó su mano y detuvo sus pasos, la presionó con gentileza a manera de darle ánimos. Una mirada de dolor infinito y abandono fue la que se cruzó entre ambas. Quizás la madre vio en sus ojos a la hija que tanto buscaba, quizá Katy supo que la suerte de esa chica pudo haber sido la de ella, fuera cual fuera. Esa certeza de que se está vivo de milagro se le anidó en el corazón en ese instante y nunca la dejaría. La risa de los hombres no cedió y siguieron bromeando entre murmullos, sin importarles su presencia. Cada carcajada que acompañaba sus dolidos pasos era una injuria, un insulto a la atormentada madre que aún aguadaba, y a la muchacha vencida que clamaba justicia inútilmente. Un papel escrito, un garabato forzado en cualquier parte y un “lo vamos a investigar”, que no significaba nada, era lo que logaba.

Otro oficial, de gran estatura y cuerpo robusto, contempló la escena y no hizo más que ajustar sus anteojos oscuros y salir del lugar en señal de desaprobación. Ella comprendió que ahí no encontraría ayuda. Asustada, con un sentimiento absoluto de desamparo e indefensión y sin saber qué hacer, continuó su salida.

—¡Vete, muchacha, mejor vete de aquí antes de que te maten!

El hombre robusto, recargado y con un pie en la pared fuera del edificio, le dijo como una

ruda pero amable advertencia.

—No te metas, no le averigües. ¡Mira nada más cómo te dejaron!, da gracias a Dios de que sigues viva. No te imaginas la de cosas que hay detrás.

—¿Y quién va a detener al que me hizo esto

?

— No se trata de eso, le viste la cara, lo conoces y él sabe quién eres, no te arriesgues. Primero te mata antes de que lo atrapen, ya luego, ¡para qué! Hay hombres que nacieron sin alma. Te tocó aprenderlo de mala manera, y de primera mano.

¿Alguien sabe dónde anda El Prieto

?, preguntó una voz desde dentro, el hombre robusto se dio por aludido, hizo una seña de despedida y escupió al piso.

— ¡Hazme caso, muchacha, mejor vete! —luego entró.

Por más que lo pensó no encontró opciones. Buscar cómo desaparecer, arreglar sus trámites, irse a El Paso con ayuda de la Gringa, fueron las únicas alternativas. Quiso convencer a su madre y hermana pero no le hicieron caso. La amiga le prestó, con mil recomendaciones, la casa vacía de un familiar, tampoco era cosa de querer verse involucrada, le dijo. No batalló en encontrar ocupación porque el trabajo abundaba para quien estuviera urgido y no le importara gana poco. Lavar trastes, servir mesas, podía hacer eso. Le dieron el puesto en cuanto se le bajó la inflamación y lo demás pudo ser disimulado por el maquillaje. Caminaba desde su pequeño escondrijo por *Alameda Avenue*, hasta *Hammett Street*, donde se encontraba el pequeño café en que la emplearon. Ocasionalmente vagó con rumbo a *El Paso Zoo*, pero luego el miedo la hacía volver sobre lo andado. Vivía con el pecho en constante angustia; no dormía, no comía ni trabajaba con tranquilidad.

Sus temores no eran en vano, Lucio la encontró en cuestión de semanas apenas. Lo vio rondando el pequeño establecimiento y, cuando otra empleada lo distrajo, sin saber, le dio oportunidad para irse por la puerta trasera. Aunque no sabía si había llegado por casualidad o porque conocía de su presencia, tampoco era cuestión de quedarse a averiguarlo. Ni tiempo tuvo de dar las gracias. Si la hubiera atacado ahí no tendría ni medio ni modo de defenderse, no habría ley ni hospital que la atendiera. Era cosa de apurarse, recoger sus papeles de nuevo, algo de ropa y conseguir dinero. De puro milagro se salvó al meterse en un camión pollero y, aun teniendo papeles, regresar de ilegal a México. Él tenía muchos amigos por el movimiento de los coches del negocio, era bien conocido en las aduanas. No quería dejar rastro. ¡Ah, sí! ¡Te vuelves pa' atrás como dicen los pochos! Mojada a la inversa, le dijo al chofer de un camión pollero, y le pagó doble su precio. ¿Hasta dónde la llevo

? ¿Hasta dónde va usted? Era lo único que le importaba.

Años después de haberlo conocido, se enteraría por la prensa de que El Prieto había sido asesinado. Su cuerpo fue hallado en Lote Bravo, precisamente donde Lucio había ido a tirar a Katy. Guardó el recorte junto con otros que llevaba tiempo conservando. Sí, lloró, y se propuso hacerse una vida, por eso y por todo lo sucedido después. Donde quiera que pudiera.

El servicio religioso fue de lo más hermoso que haya visto. Claro, no tengo experiencia en muchos sepelios, menos en organizar alguno, pero los arreglos que hicieron Katy y Gal en verdad fueron bellísimos. Se ve que dedicaron mucho tiempo para planearlo. ¿Por qué? No sé, pero igual me encantaría tener un funeral tan hermoso como el de mi madre.

Siempre fue una mujer muy diligente. Entregada a su trabajo y con excelentes amistades. A mí

nunca me faltó nada. Bueno, casi nada. Salvo el nombre de mi padre, tuve todo lo demás. Agradecemos la vida, decía cada vez que yo insistí —en cuanto tuve uso de razón— en saber de dónde había venido. Fue una obsesión que se me fue clavando y a fuerza de tanta negativa un día simplemente dejé de preguntar. Pero ella lo sabía, bien que lo sabía. Como cuando me echaba esa mirada larga, como de quien ve a través de uno y conoce hasta lo más íntimo de la consciencia.

Constantemente tuve el temor de que de pronto dijera: Es Gal, tu padre es Gal. Pero no, nunca lo hizo. Cierto es que jamás le pregunté si él era mi padre porque obviamente eso no era lo que quería escuchar. Pero, ¡vamos!, ella era una mujer muy inteligente, sabía perfectamente a qué me refería. Aunque tampoco me dijo nunca: No, él no es tu padre. Tal vez por eso me generó más ansiedad. Esa ambigüedad eterna de no saber si quererlo u odiarlo y me incliné por lo más fácil. Tal vez lo único que buscaba era que me dijera, me asegurara, me confirmara, que no lo era.

Eso habría sido suficiente.

Se va acercando la noche. Aquí cerrarán la capilla. Ella así lo pidió y está dicho, no quería a nadie pernoctando, así lo escribió con letras grandes y escandalosas en la parte superior del contrato. Y en la parte de abajo, con letras mayúsculas y aún más enormes puso:

GAL, NO TE QUIERO AQUÍ DE NOCHE

Y muchos signos de admiración. Bueno, qué se le va a hacer, esos son los modos de Katy. Mañana a medio día partirá el cuerpo de mi madre para la cremación. Antes de eso alguien vendrá de su congregación, o no sé qué clase de club, a dirigir unas palabras, es lo que está programado. No dejaron nada al azar. Seguiré sus instrucciones al pie de la letra.

Luego ya veremos.

Definitivamente echaba en falta al amigo. Aun cuando recibía invitaciones para ir a beber algo o hacer una salida en grupo, Katy no estaba de ánimo. Incluso cuando había pensado esperar al veinticuatro de diciembre para llevarle sus regalos creyó prudente hacerlo antes por la simple razón de que ya tenía ganas de verlo. Había sido la primera compañía real y afable que aceptara en mucho tiempo y no quería perder eso, además sabía que a él le haría bien.

En eso pensaba cuando a punto de subir al vagón del metro le pareció ver a alguien del otro lado del andén y la sangre se le fue al suelo. Se precipitó a entrar al metro procurando no ser descubierta, se asomó por la ventana con precaución para ver, del otro lado de las vías, a un hombre que definitivamente jamás pasaría desapercibido. Lucio.

Después de transcurrido poco más de un año, aun sintió cómo se le congeló el alma. Batallaba para respirar; un constante ímpetu le urgía a salir de ahí, buscar cómo esconderse, pero el vagón había emprendido su marcha y ya no había modo de intentarlo. Sentía que en realidad sus miradas se habían cruzado. Ensayaba estrategias, mentalmente hacía hipótesis sobre qué haría para defenderse. Así pasó gran parte del tiempo. Aunque ya avanzado el trayecto dudó. ¿Estaba segura de que era él o solo su angustia le jugaba una broma? No supo qué contestarse.

Cierto era que había quedado muy nerviosa desde la última llamada de su madre aunque lo negara a ratos, el saber a ciencia cierta que la estaban buscando encendió sus alertas. Se repetía constantemente que el hecho de que la buscaran no implicaba que ya la hubieran encontrado, sin embargo la pregunta constante resonaba en su cabeza. ¿Era Lucio? No podía decirlo con precisión. Pero su mente ansiaba una negativa certera como respuesta.

—Las cenizas. Las cenizas. Las cenizas de tu madre, tienes que saber qué hacer con las cenizas. Yo no lo sé. Debes buscar sus instrucciones.

El hombre vacilante se me acerca. Ya no soy una niña, no me amedrenta su presencia como antes. No sé si es incomodidad o impertinencia de mi parte y otro tanto de la suya, pero me extraña que habiendo organizado todo tan perfectamente él no sepa qué fin tendrán las cenizas de mi Katy. De hecho pensé que me las llevaría conmigo a mi ciudad. Se lo hice saber.

—No, no, no. No. Hay una llave, un sobre rosa. Es lo único que sé.

Habla sin mirar de frente, moviendo su cabeza con ese modo tan molesto. Está bien, le digo, yo me haré cargo. Se retira a su sitio al lado de la puerta de entrada, desde ahí me observa intermitentemente. Está muy acabado. Viéndolo de esa manera me doy cuenta de qué fue lo que percibió mi madre. Se ve perdido entre tanto espacio, como quien no sabe qué seguirá después o qué le deparará el destino, como dicen por ahí.

Ciertamente esa sensación de abandono, ese verle ahí, minimizado, con su boina rara entre las manos dándole vueltas y vueltas, sin saber si irse o quedarse. Como quien no sabe cuál es su lugar, es doloroso de presenciar.

Recuerdo haberlo visto así en reuniones de mamá o en mis fiestas de cumpleaños. Veía a los niños jugar y reír. Inflaba globos, traía dulces, colocaba incluso piñatas. Todo festejo le agradaba pero en cuanto terminaba lo que le habían encomendado buscaba un rincón alejado y comenzaba a dar de vueltas a los botones de la camisa hasta que los arrancaba. ¡Ay, Gal, otra vez!, le decía Katy, ven, ven, insistía y le daba otra actividad, prometiéndole que al final de todo le arreglaría su

botón nuevamente. Supongo que era la gente, los desconocidos. Luego él volvía a sonreír y mamá reía también. Gal hacia brotar en ella esa inusitada ternura que sólo de niña pude disfrutar yo. Claro está, tampoco fui una chica modelo, al menos debo aceptar que criarme no fue nada fácil.

Pensándolo de ese modo, si el hombre no hubiese tenido tantos problemas tal vez hubieran hecho un buen matrimonio. ¡Oh, por favor! ¿Pero en qué estoy pensando? Estoy frente al féretro de mi madre, cierto es que no he derramado ni una sola lágrima. No es que no me duela, pero Katy ya estaba grande, ella misma lo decía en cada visita, durante los veranos o por las fiestas, que ya estaba cansada. Aun así, murió joven en comparación con otros, pero de eso a que siga alucinando con recomponer su vida, ya no tiene caso.

Lo único que no sé, me decía repetidamente, es qué será de Gal cuando me muera... Si acaso pretendía que yo le dijera que me haría cargo, ella sabía bien que eso nunca iba a suceder. Sí, claro, la adoraba, la adoro, nunca dejaré de amarla. Pero de ahí a hacerme cargo del hombre, jamás.

Tampoco fuimos muy afectuosas ni expresivas, ese nunca fue nuestro estilo, pero no puedo decir que fuera mala madre. Katy era una mujer fuerte y entregada. Me dio mucho y me lo dio con todo su corazón, me hizo muy feliz pero también muy independiente. Eso y con mi temperamento atravesado, como decía ella, ya era un gran mérito, hay que reconocerlo. Sé que estaba cansada de tantos años vividos. Supongo que su preocupación por el eterno amigo era real, aunque no entendí nunca sus motivos igual la respeté siempre. Bueno, es un decir, salvo mis exabruptos de la adolescencia, con mi partida a la universidad y luego mis estudios en el extranjero, hasta llegué a agradecer que no estuviera sola.

Falta averiguar dónde están las indicaciones si acaso las dejó y ver qué haré después. Pero si se me mete lo loca seguro cargo sus cenizas y la llevo conmigo.

Dos horas de luz imploro, dos cascabeles.

Dos estrellas por mi ventana. Dos platos apilados.

Dos campanadas luego de la media noche.

Dos romano, dos romano.

Dos Unos unidos por encima y por debajo. En el cielo y en la tierra. Eternos e incommensurables, sencillos y perfectos. Un Uno y otro Uno, una barra del destino y otra más en su camino. Uno y Uno, ¿dónde estás? Dos meses por transcurrir, dos esperanzas perdidas, hasta que vuelva el sol.

Un Uno y otro Uno, ¿qué soy yo, sin ti? Una espera y un vacío. Una vuelta de viento. Un centavo en el rincón perdido de un restaurante. Un centavo en el suelo al que nadie ve, que vale tan poco como para que alguien se incline a levantarlo. Aquí tirado en esta cama, mi condena, mi desvarío, ¿a quién puede preocuparle? Abandonar, esa es la idea. Dejar atrás el mundo y todas sus humanas complicaciones. Este mundo que nunca entendí. Que no entiendo. Una vuelta de viento, una vuelta de viento. Una vuelta de viento.

Una triste y desangelada vuelta de viento.

Una vuelta y otra vuelta. Un giro de ráfaga que aunque lo sientas no lo puedes ver. Viento helado del invierno que te hace apretar el cuerpo. Sucumbir al vacío. Que obliga a la gente a cerrarse el abrigo. Pero no lo ven, miran hacia otro lado cuando el viento helado golpea las caras.

Mi madre, de niño, mi madre obligándome a salir al aire y ver el frío. Ausencia de sol y de calor. Frío en los huesos, dicen, frío en el cerebro, digo yo. El cerebro que es uno y único, y el mío es tan útil como una coliflor. Y el viento helado de los pensamientos solitarios porque les

falta la calidez de la sonrisa.

Tu sonrisa. Esa sonrisa única que hace girar las galaxias y que las estrellas quieran integrarse a ellas pero no pueden porque son galaxias tuyas. Galaxias de palabras. Sólo de tus palabras, que seguro aún permanecen en el viento. Pero tú sobrevives porque tienes por dentro metido el sol de tu desierto hasta los huesos, mientras que los míos están impregnados de la melancolía de la niebla. Enigmática y contundente, pero triste niebla.

Allá donde tú estás todo es luz, sol y alegría acumulada en tus palabras. Las mismas que flotaban en el verano sobre nuestras cabezas. En cambio aquí todo es nostalgia. Porque no estás y el viento sigue soplando por tu ausencia. Una ventisca de agonías, ese ciclón sin principios ni finales que me arrastra lejos de tu sonrisa. Remolino, aire que levanta, yo soy sólo una hoja en este gélido invierno. Oscurecido por el torbellino de suciedad que eleva las histerias. Pero no soy el único.

Aquí, abandonados a su suerte están mis pensamientos. También abandonadas están las esperanzas de que este hálito de hielo se deshaga y permita llegar la luz. Pero ya dentro de mí las bocanadas de aire congelado han hecho lo suyo. No más qué esperar sino la muerte.

Esa eterna buscadora de espíritus para atormentar.

No tendrá novedades ante mis ojos que ya lo han visto todo.

Porque ni la muerte ha de espantar a quien ha nacido cerca de La Sepultura, donde la niebla se me entró en los huesos y anidó en cada articulación desde que la boca arrancó su primer grito a la garganta. Hasta llegar a la médula.

Bruma que cubre el bosque, el bosque que el francés que se dijo tu padre recorrió sin sentido para olvidarlo todo. Porque esa humedad que respiraste se ha adherido a tu alma y no cesará hasta que la haya ahogado por completo.

Cuando el canto del mítico quetzal desaparezca de los oídos y el chillido del yaguareté anuncie su presencia, entonces, sólo entonces se comprenderá el significado de la niebla y todas sus nubosas presencias entre los encinos.

Ven, levanta este centavo que no tiene valor. Ponlo en tu pulsera, échalo en tu bolso que ya te servirá después. Por lo menos para arrojarlo en una fuente de las tantas plazas. En una plaza de las tantas fuentes. Y que pidas un deseo. Y que tu deseo sea ser galaxia conmigo y espantarme el frío. Conjurar en mí tus nebulosas y que me sustituyan la niebla, crear universos paralelos, análogos, similares y equivalentes para tener opciones que sean recíprocas a mis sentidos. Símbolos que me acompañen durante tu prolongada ausencia. Estrellas equidistantes formando constelaciones que lleven tu nombre.

Saca el centavo de tu bolsa y arrójalo al afluyente.

Que tu deseo sea traer al sol de vuelta. Para estar frente a ti y a tu arce y verlo florecer por primera vez. A tu chimenea. Para verte sonreír y que me veas con esa mirada única. Y que seamos otra vez el dos de los romanos.

Y ya no quiero ser un Uno.

Un único patético y solitario. Ese uno desamparado y austero que gime por el dolor de la distancia. Ya no quiero ser más ese que previamente no era y luego fue para ser sólo uno. Porque antes de él sólo era el cero. La nada, la ausencia. Y cuando fue Uno alguna vez se sintió completo. Pero entonces no sabía que la ausencia era la misma porque se encontraba solo. Y era ese único ejemplar primigenio que creyéndose el origen de las cosas no sabía, no se había dado cuenta de que estaba deshabitado.

Es el sentido del principio que no tiene raciocinio.

Para nada le sirvió su unidad y plenitud. Para nada, salvo para ser un elemento neutro y lastimero. Un glifo empecinado en seguir siendo el mismo, sin darse cuenta que ni era un producto único ni era un conjunto absoluto. Lástima, sólo lástima es lo que inspira.

Y estoy en ese sentido sin juicio ni razón ni entendimiento.

Porque la lucidez quedó varada desde la última vez en que escuché tus palabras silbando en el aire. Pero ahora el aire es gélido y me lastima. Y no me trae tu voz a cada vibración constante y perfecta. Ese hálito congelante que hiere la yema de mis dedos para insertarse bajo mis uñas y llegar hasta los huesos y por su médula extirparme el ánima que me queda.

Ven porque me duele.

Ven porque no sé qué hacer para que el sol vuelva.

Qué sentido tenía la vida si no podías usarla. Ella tiene una vida y la usa. Ella sabe cómo usar su vida. Su única vida.

La vida que es de ella y sólo de ella y de nadie más. Y la usa. De vez en cuando descorrió las cortinas de su existencia para que la viera. Para permitirme sonreír con el eco de su voz y de su risa venido desde el interior de su hábitat primigenio.

Para redimirme de la niebla y arrancarme de La Sepultura.

Yo, que tengo una vida delgada como papel cebolla, extraviada vida en el perdido laberinto del departamento uno del primer piso, del primer edificio, de la calle primera de esta ciudad, que es la primera en población del mundo, pero soy el último en saber que estoy aquí. No soy más que piel sin cuerpo. Piel delgada. Piel con frío. Piel con ausencia de sol.

Y es ahora cuando empiezo a entender que el sol es Ella. Que Ella brilla. Y cuando brilla es como atardecer dichoso y eterno que no teme al ocaso. Como amanecer perpetuo. Como perdurable mediodía de sábado, en una plaza perfecta con niños y mascotas y árboles y canto de pájaros. Helados en la acera. Algodón de azúcar y palomitas de maíz porque por primera vez, contigo, fui al circo, pero tú no lo sabías.

Porque contigo han sido mis primeras veces de todas las primeras veces y todo tiene sentido porque, aunque lo haya vivido, todo ha sido primero y único porque lo vi y lo viví por tus ojos. Y sonrío porque recuerdo. Temblando de frío en esta cama plagada de lágrimas que corren y recorren mis mejillas, aun así sonrío. Y sonreí aquellas veces primeras de todas las primeras veces. Y ya no me importa si me entienden o no me entienden porque nada tiene sentido salvo si estás y estoy y los dos estamos.

Y somos uno y el otro pero somos únicos.

Porque dudo que haya otro yo, pero sé perfectamente que no existe en toda la bastedad del cosmos una más que se te parezca siquiera. Porque antes, nunca, ningún otro mortal compuesto de carbono, hidrógeno, oxígeno y nitrógeno pudo hacer que mis moléculas se alteraran para formar nuevos sistemas con respuestas nuevas. Entonces sentí mis electrones cambiando de campo, yendo y viniendo inalterablemente, sí, pero con patrones al antojo de tu sonrisa. Y todo fue una descarga, y mi piel produjo sensaciones extrañas que elevaron su textura y la alteraron eléctricamente. Una ráfaga constante de energía viajando por mi cuerpo. Ese es tu efecto.

Y éramos uno y otro pero nos conectamos.

Uno y Uno, extrañamente unidos.

Entonces todo tiene acepción y significado.

El dos romano tiene sentido porque, para el Uno primordial, se elimina la ausencia y es sustituida por otro Uno único y perfecto. Unidos por su base. Unidos por su altura. Así lo dijiste y así lo entiendo. Así lo hice mío. Aunque me cueste trabajo transitar los primeros razonamientos

me consuelo porque, llegado el momento, aparecerás como ese Uno benevolente y perfecto. Para acompañarme.

Porque somos un dos romano, que es Uno y Uno, así lo dijiste.

Y todo había estado bien porque tú me lo enseñaste.

Pero no.

Porque si no estás me cuesta trabajo entenderlo. Porque con la ausencia me cuesta mucho ver el alcance de todo esto. La vida, las moscas, los trastos, el frío, el polvo. El todo.

Yo, que estoy aquí sin estarlo.

Porque el cosmos no toma en cuenta a la molécula de polvo que se filtra suave y sutil por los resquicios de viento helado de mi ventana. Y va poblando el abismo que me habita. Cubriendo cada mueble y cada superficie estrecha en este váguido de tu alejamiento. Porque el abandono es igual aquí y en el infinito gélido de las galaxias distantes.

Es una soledad, es única ausencia, es lastimosamente única, eterna y aplastante. Dolorosa, únicamente dolorosa. Y el sol no acaba de salir para regresarme.

¿A dónde va, a dónde? ¿A dónde va el sol en tu ausencia

?

Porque el sol siendo uno, ignora que hay más galaxias y más soles. Y aunque lo supiera, ¿de qué le serviría? Siendo incapaz de dejar su órbita, clavado al designio injusto de vagar solo por los mismos senderos. Con sus mismas explosiones, con las mismas caras de planetas mirando cada día al mismo firmamento y las mismas estelas.

De nada serviría para el pobre y abandonado sol saber que hay más como él porque al fin y al cabo nada puede hacer para consolarse. Al contrario, más doloroso resulta saber que hay más como uno cuando ni siquiera puedes acceder al consuelo de la compañía. ¿Y a dónde irías, a dónde? Cuando eres como un sol apropiado a tu órbita y nada puede reacomodarte.

Porque yo sigo aquí, clavado a la cama sin poder levantarme. Y dos platos se acumulan sobre el polvo. Y sobre el polvo se acumulan también dos cadáveres de moscas que soy yo, y soy todas y soy ninguna.

El dos romano se ha fracturado y una parte de sí se ha quedado solo. Con ese polvo minúsculo y translúcido que se le va amontonando. Porque vuelvo a ser un uno simple y maltrecho. Golpeado por la lejanía. Por la separación y el polvo que se me almacena encima y pesa tanto que no puedo incorporarme. Porque el sol, que es uno, se ha marchado para no volver hasta el día en que decida hacerlo. Y yo seguiré aquí, esperando.

Y entonces ser un Uno huérfano y alejado ya no es maravilloso.

Porque esto que se ve es lo que me gobierna.

Lo que yace es lo que queda.

Soy un Uno sin propósito.

Distante y solitario.

—¡Gal!, ¿Gal? ¿Me escuchas?

La mujer de mantenimiento utilizó su llave maestra, la dejó pasar porque tenía tiempo tocando sin respuesta y le preocupó. Ya le había advertido del extraño individuo del departamento uno al que nadie visitaba. No importa, es mi amigo, le respondió cortante y casi la obligó a abrirle. Lo hizo a regañadientes y mirando a la chica con extrañeza, ¿cómo podía ser alguien como ella, amiga de alguien como él?, ni siquiera se atrevió a entrar al oscuro lugar.

Acomodó los paquetes en el primer mueble que palpó para luego encontrar a tientas un

interruptor. El que supuso pulcro departamento estaba en un orden excesivo salvo por la capa de polvo que lo cubría todo.

Escuchó balbuceos, voces extrañas y apagadas.

Fue encendiendo las luces una a una hasta dar con la recámara.

Ahí lo descubrió. Lastimero y triste como todo su entorno. Confundido entre sus propios pensamientos que no dejaba de pronunciar, lanzando una retahíla de palabras inaudibles y desesperadas; una jerigonza delirante y acelerada escapaba de sus apretados labios.

Frenéticamente abrazaba la almohada y seguía meciéndose sin ton ni son con la mirada perdida y a veces en blanco, el cabello pegado a la frente y todo el conjunto era sinónimo de su desvarío. Estaba hecho un ovillo sobre la cama, tiritando en un pijama empapado por el sudor.

Katy tomó su rostro con ambas manos, le movió con energía para obligarlo a verla. Lo sujetó con fuerza mientras gritaba su nombre. Le hablaba porque él no dejaba de temblar y agitarse arrebatadamente. Hasta que logró que la mirara.

—¡Dios mío, Gal, estás ardiendo de fiebre!

—Esto que aquí ves, esto que aquí ves...

¡Esto que aquí ves es lo que soy!

Los escuché.

Los vi sentados en el suelo, frente a la chimenea, él recargó su cabeza sobre el regazo de ella. En su mirada se veía lo infortunado de su pensamiento. Mamá me había abofeteado y me di cuenta de que Gal se sentía culpable.

—Yo... necesito, necesito irme, Katy, tú sabes, Lilith.

—¡No! No es necesario, es solo una niña. Ya ha pasado antes.

—Pero lo de hoy. No, no, no. Eso no. Además, viene el invierno.

—Tenemos la terapia, estarás bien. Yo hablaré con ella.

No entendía, por más que intentara entender no podía hacerlo. Él no concebía lo que había sucedido ni la actitud de mamá, y yo tampoco. Ambos sabían eso, hasta yo lo sabía, pienso ahora, a la distancia, que conocían más de mi incomodidad que yo misma; así como ese efecto adverso que él causaba en las personas, pero era solo porque no lo conocían, decía ella para justificarlo. Los dos eran conscientes de que cada vez que se alejaba volvía maltrecho. Se desgastaba, se agotaba y al regresar tardaba en recuperarse. Igual, ella lo tenía abrazado, lo arropó con su chal favorito y se quedaron así mucho tiempo; tanto como para no darse cuenta de que yo estaba ahí. Entonces ella lo besó. Ella. Y subí a mi cuarto enloquecida y asqueada. Si supieron que lo vi todo, tal vez no les importó.

—La fototerapia es una buena alternativa en estos casos. Eso y antidepresivos podrían ayudar a su amigo a funcionar casi en total normalidad. Produce algunos inconvenientes pero nada que no pueda aprender a tolerar con el tiempo, una vez que genere resistencia.

Katy se sintió feliz de que el médico dijera eso, se encontraron cuando iba entrando al piso del hospital en que Gal había sido internado a causa de una bronquitis aguda y su crisis de ansiedad. Entre otras cosas, sus palabras significaban que ya había despertado luego de varios días semiinconsciente por la fiebre, y el doctor había podido hablar con él. Por mera suerte lo había hallado en su casa, el servicio de emergencias lo condujo hasta esa institución ya que era la más cercana y, casualmente, la misma en que se atendía. Inconfundible por sus características lo demás fue fácil. Su expediente estaba ahí y su tratamiento también. Era muy disciplinado en ello pero reacio a las implementaciones y nuevas técnicas de terapia. Además, con lo que pagaban en esos sitios, malo hubiera sido que no lo identificaran de inmediato, pensó.

—¡Ah! ¿Con que engañándome con otra amiga? ¿Rosas rojas? ¿Eh, alguna enamorada?

—Son tuyas. Gracias... Dos rosas. Le sobraban diez, se las di a la enfermera que me las trajo.

—¡Lástima, Galileo! Me gustan los girasoles. Lo de las rosas ya está muy gastado —dijo soltando una carcajada, sólo para fastidiar.

Él apenas podía hablar porque el medicamento lo aletargaba, aún estaba delicado y ella le pidió que no se esforzara. La enfermera de guardia entró a darle otra medicación y sonrió con picardía. No fue difícil darse cuenta de que ella era quien se había encargado de traer el ramo y la feliz ganadora de la decena sobrante. Gal podría irse a casa a la mañana siguiente pero con precauciones. Faltaba poco para Navidad.

El médico insistió en que aún estaba débil pero no quería dejarlo solo en el hospital durante las fiestas porque ya tenía varios días y no quería exponerlo a nada que fomentara su depresión.

Ella suplicó que le permitiera llevárselo a casa. Aunque el doctor le hizo ver lo complicado de su caso y demás precauciones que se debían tener, aunado a la dificultad de Gal para aceptar y adaptarse a los cambios, no la hizo cambiar de opinión. Cuidaría de él, el tiempo que fuera necesario. Con reservas, y bajo mil condiciones para Katy, el médico aceptó, siempre y cuando el paciente también accediera a una sesión de fototerapia y nueva medicación para ayudarlo con su estado depresivo. A regañadientes el otro accedió, más por la presión de la amiga que por la del mismo galeno. La programaron para esa misma tarde, ella no se retiró de ahí hasta dejarlo ya entrada la noche acomodado en su cama, prometiéndole que iría a recogerlo al día siguiente.

—Sé que has vivido muy bien sin mí pero, por favor, déjame hacer esto. Tú ya has hecho bastante. Además tenemos una chimenea que estrenar.

Le dijo antes de abandonar el cuarto. Gal sonrió levemente, entre sus mareos por la terapia.

Era demasiado tarde, en el hospital deambulaban unos cuantos empleados. Los familiares habían sido despedidos temprano y solo aquellos de quienes estaban muy mal permanecían en las salas de espera. Indudablemente era una institución costosa, pero con lo que conocía de él, su extremada eficiencia en el trabajo y su cuidado en gastar lo que tenía, podía costear eso y más, se había dado cuenta.

Salió del elevador para descubrir que la entrada principal ya estaba cerrada. Tuvo que dar un rodeo para buscar la puerta del área de urgencias. Avanzaba por pasillos iguales que le causaban confusión, cuando sintió el peso de una mirada. Volteó pensando que sería alguien a quién pedirle orientación pero nada. No había nadie. Escuchó algunos quejidos que creyó provenían de la sala que buscaba y se ubicó para dirigirse a la salida. Alguien le hizo alguna observación de que no debería estar ahí y le orientó sobre cómo llegar al estacionamiento, así lo hizo. Intentó pedir un radio taxi a alguna central desde los teléfonos de monedas pero nadie estaba cerca. Tendría que buscar otro modo para ir a casa.

El lugar estaba casi vacío. Salvo los vehículos de algunos empleados o familiares, la mayoría de los cajones para aparcar se hallaban desocupados. Esporádicas luces mercuriales se extendían a lo largo del estacionamiento marcando sendos círculos de luz desteñida entre el oscurecido asfalto. Escuchaba el ritmo de sus propios pasos retumbando entre la amplitud, cuando creyó ver algo que se movía por un tiesto de plantas a la orilla del edificio. Estaba oscuro. Al principio creyó que era un perro pero no correspondía el tamaño. Era alguien, no cabía duda, alguien estaba ahí, y la observaba.

Caminó deprisa por el centro del lugar sin atreverse a voltear más que lo necesario. Buscaba algún vehículo de alquiler porque era ya muy tarde para el transporte público, pero tampoco veía nada. Intermitentemente dirigía la mirada para cerciorarse de que todo estuviera bien. Ya no había ninguna figura entre los arbustos que había percibido. Por mero instinto de supervivencia volteó hacia atrás para revisar lo andado, y el corazón le saltó con fuerza. Una punzada atroz se le clavó en el pecho. El golpe de angustia le bajó por el esófago como un ácido corrosivo y vil que revivió el recuerdo del aciago sabor a su propia sangre quemándole por dentro. Le zumbaron los oídos y se encendieron todas las alertas.

A la distancia pudo ver una silueta enorme que la seguía sin alcanzar a distinguir bien por efecto de las farolas mercuriales. Pero no hacía falta. Ella ya sabía de quién se trataba. Esa figura inconfundible la acosaba aún en sus pesadillas. Era imposible olvidarla. Apuró el paso sin atreverse a correr.

Apretó la mandíbula e intentó repasar mentalmente qué podría traer en el bolso para protegerse. Por más que buscó con la mirada un teléfono público en la acera distante o la entrada

del hospital, para llamar al número de emergencia, no lo encontró. Los nervios y la prisa no la ayudaban para avanzar, sentía que las piernas se negaban a seguir sus órdenes aletargando sus pasos con un insensible propósito. La invadió un miedo incontenible, la memoria de la saña conocida. Giró nuevamente para comprobar que su perseguidor caminaba más de prisa, acortando la distancia. Desde ahí pudo contemplar su sonrisa y la sangre que sintió en su lengua se le fue a la cabeza.

No lo pensó. Ahora corría, corría para llegar a la acera. Detrás, el enorme individuo avanzaba decidido a sabiendas de que podría darle alcance en cuestión de segundos, si lo quisiera. Ella volteaba y se apresuraba, una y otra vez, sin acertar a gritar para pedir auxilio. Más deprisa, más deprisa, más deprisa, se decía incesantemente.

Por fin logró llegar a la avenida, saliendo del estacionamiento. Vio a lo lejos un taxi amarillo en su base, frente a la entrada principal del edificio que antes encontró cerrada. Había poca luz. Corrió desesperadamente. Volvió atrás para verificar si aún le seguían, pensando que en cualquier momento sentiría una potente manaza halando sus cabellos pero, de pronto, ya no vio a nadie. Titubeó confundida, sin acertar a saber del todo qué había pasado. Se detuvo. Giró en todas direcciones, desconcertada.

¿Qué estaba sucediendo? Nada.

Lo había visto, sí, lo había visto, su cerebro lo aseguraba. Lo sintió cerca, su sonrisa, ella la había observado, repetía sin cesar. Grande, fuerte, cruel y despiadado como la última vez que lo tuvo cerca. Amenazante como cuando llegó a El Paso. Sí, lo vio. Estaba segura. Pero dudaba. ¿A dónde se había ido

?

Tomó aire. Pausadamente, comenzó a contar a cada inhalación. Son mis nervios, se dijo. Estoy nerviosa por aquella llamada.

Recuperó la marcha para acercarse al automóvil y justo cuando su mano tomó la manija de la portezuela otra mano se afianzó sobre la de ella, lastimándola. Era él, enorme, gigantesco, descomunal. Emergiendo de entre la oscuridad con su rostro en penumbras y la expresión inconfundible de quien busca venganza a toda costa. Con ese aliento ardiéndole en el rostro. Invadiendo su espacio, impidiéndole respirar. Aprisionando con bestialidad su esquelético cuerpo. Ahí estaba. Aquel con quien no se quiso casar. El hombre que de una golpiza casi la mata.

—¿Tienes mucha prisa por irte, Katy?

—¡Lucio!

SIETE

Mamá pensaba que mientras no estaba con nosotras abandonaba la fototerapia e incluso la medicación. A cambio, los últimos años había logrado convencerlo para que pasara sus vacaciones en lugares cálidos y soleados.

Eso lo leí en sus diarios, y por los montones de fotografías y postales que le traía. Playas y desiertos fueron los primeros. Pero luego, a causa de sus propias inquietudes, Gal comenzó a elegir destinos cada vez más lejanos. Conocía del mundo y sabía mucho de él, aunque no lo hubiera visto, porque siempre fue un ávido lector. Viajó al Sahara, al Himalaya, a China y a muchas partes más, tan solo para probarse a sí mismo, decía mamá.

Siempre he pensado que cuando alguien escribe un diario es porque, inconscientemente, quiere que otro lo lea. Tal vez no de inmediato, pero sí, eso creo. Por eso nunca sentí cargo de consciencia de haberlo hecho.

Escribió mamá, que Gal descubrió una facilidad tremenda para los idiomas, aprendiendo lo suficiente para interactuar con las personas lo mínimo indispensable y salir airoso. Si bien, a ella, todo aquello le parecía fantástico y se alegraba por él, no dejaba de estar con la angustia de cómo le estaría yendo y cuándo volvería; si es que lo hacía.

Creo que ahí empezó su costumbre de sentarse en el sillón de la ventana. Con la mirada perdida hacia su árbol favorito. Siempre esperando a que volviera Gal. Y que volviera bien.

—Ay, mamá, ¿cómo es que lo llevamos a nuestras vacaciones pero él no nos lleva a las suyas?

—le dije, alguna vez.

—Oye, tampoco se trata de abusar. Gal ha hecho más por ti de lo que te imaginas. ¡Ya nada más faltaba que te pagara el viaje por el mundo cuando ni siquiera le hablas!

Me dejó muda. Katy nunca se tentó el corazón para soltar las verdades.

No sé por qué recuerdo todo esto ahora que la gente salió de la funeraria. Él se ha quedado en la puerta y yo preferí meterme en el auto; lo observo desde hace rato. Será que pretende esperar ahí, afuera, toda la noche. Mamá le dejó bien claro que no lo quiere aquí y él jamás la desobedeció, vaya, es un decir. Todo lo que deseaba siempre fue un decreto para él.

Pero ya ha oscurecido, su vehículo está en el estacionamiento. Parece como paralizado. Estático. No sé siquiera si es adecuado que le pregunte si necesita algo. Han cerrado la capilla, tal como ella lo pidió. Aunque lo sabe, permanece de pie mirando a la nada.

Tengo que ir a casa de mi madre, por eso que Gal me encargó buscar. El destino de sus cenizas. Si le ofrezco ayuda, tampoco quiero que se venga tras de mí pero, en realidad, si siento tristeza de verlo ahí, tan desolado. ¿Por qué no se va?

Se lo dijo al médico y estuvieron de acuerdo. Ella, ella se lo dijo.

Vendrá por mí, vendrá por mí por la mañana. Eso lo oí, y su voz me llenó de luz por dentro, más que la luz del aparato en el que me han colocado. Esa luz tierna y sutil que viene de Katy. Una luz primigenia. Como la que se produjo cuando dijeron: ¡Hágase la luz!, y todo quedó iluminado.

Es ella quien la crea, su sonrisa, su voz, su aliento cálido cerca de mí. Su beso de despedida que me invita a quedarme en su casa, y el médico ha dicho que sí. Si tomo la terapia y me siento bien. Y que me cure y me reestablezca. Porque tal vez un día la luz que entra por mis ojos me llene

por dentro y me borre la neblina de los huesos. Entonces no habrá oscuridad ni vacío.

Porque ahora he conocido que hay dos tipos de vacío. Yo, que todo lo leí, que todo lo entendía si en un texto se hallaba, he descubierto que hubo antes un vacío que era como el del universo, la antimateria, la profundidad donde sólo hay energía y posibilidades.

Bien sé, pues, que ese es el vacío que tuve, el que me envolvió durante años hasta el día en que, en aquella junta, escuché su voz, su risa. Luego, yo, era la nada en el vacío y en las tinieblas, y en seguida de haberla conocido y conocer el todo, tomé forma.

Ahora es distinto. Otro espectro. He descubierto el vacío de su ausencia. Un vacío doloroso y nada tierno; no energético sino carente de energía.

O tal vez con esa energía de hoyo negro que todo lo absorbe, que todo se lleva. Esa singularidad que arrastra a cualquiera y que ni a la misma luz deja escapar. El vacío de su ausencia, su no verte, su no oírte, su no estar junto a ti a cada instante. Un vacío sin dios y sin diablo. Un vacío carente de promesa, no como el del cosmos que promete creaciones y nuevos comienzos.

No. Un vacío absoluto y allanado. Carente de ti. De tu risa. Tu aliento como aleteo de colibrí. De cristales de roca en el brillo de tus ojos. De cuarzos tornasolados de la sonrisa que ella es y respira y siente y vuela y termina para volver a comenzar. Un no tener nada. Un vacío distinto. Un vacío de su ausencia.

Por eso ella es tan importante. Porque en ese vacío supe perfectamente que ella era la luz. Y el amor y las cosas que sólo había escuchado y consideré inalcanzables o jamás pensé. Porque no fui, sin saber qué era o qué sería. No fui un soy, un ser, un individuo. No lo fui hasta que supe que ella sí sabía quién era. Entonces supe también que todo lo demás era carente de sentido.

Ella será pues la luz, esa, la misma, la única. Primordial. Originaria. La que me invita a que pase Navidad en su casa. Y compraremos un árbol y también se llenará de luces. Como yo, que tengo luz en los ojos y tengo luz de ella. Luz por dentro y por fuera.

El cosmos ha dado un giro, las galaxias han cambiado de dirección. Porque ahora las tinieblas que me habitan están retrocediendo y será liberado mi cerebro. Entonces, sí, entonces, su luz fundamental dará a luz en mi día, y será un día eterno y sustancioso. Porque teniendo su luz junto a mí no precisaré jamás del sol. Ella vendrá por mí. Vendrá mañana.

—Te has escondido muy bien.

Dijo Lucio, dejando caer sobre ella el peso de su cuerpo, presionándola contra el coche, mientras con su diestra continuaba apresando su mano, ya torcida, y su izquierda se afianzaba con fuerza al ligero cuello. Quiso besarla y ella intentó esquivar sin mucha suerte.

Pretendía gritar pero tenía miedo de que algo ocurriera. Él hablaba, con un tono sucio y tergiversado le reclamaba lo mucho que le hizo batallar para encontrarla, pero habría de cobrarle las molestias.

Comenzó a susurrarle al oído cuanta vulgaridad absurda se le podía ocurrir. Katy apretaba los ojos tratando de pensar, en esa fracción de tiempo, todo cuanto estuvo ensayando mentalmente en caso de que se diera este encuentro. El sujeto lamía con lascivia sus mejillas, le olisqueaba el cabello, mordía la nariz, los labios, mientras seguía hablando del daño que ella le había hecho, el ridículo al que lo había expuesto, la severidad de su abandono.

—Te di una oportunidad —le decía— te di la oportunidad de regresar y hacer bien las cosas, pero me despreciaste.

Tenía que pagar por todo eso, sentenció. Para nada servía el gas pimienta en su bolso, el

teléfono público que ahora sí veía a junto a la puerta cerrada del hospital. Las ansias de gritar para pedir auxilio contra el dolor conocido de sentir su puñetazo en la cara. La manaza continuaba en la garganta obligándola a mirarlo.

Tenía miedo. Un miedo atroz y envolvente, como el del animal herido que se sabe malogrado ante el depredador. Como el miedo que ataca las entrañas cuando se intuye que el final está cerca.

Sentía cómo, cada vez más, presionaba también su mano sobre la manija hasta hacerla palidecer de dolor. Cómo la caricia brusca que pretendía sobre su cuello se volvía cada vez más hostil y aguerrida.

Y el cuerpo, ese cuerpo que alguna vez fue motivo de su lujuria, la aprisionaba como la peor cárcel que se pudiera imaginar.

El pene erecto no pasó desapercibido. Ahora entendía que era su arma preferida. A medida que presionaba con su cuerpo, se lo hacía sentir a la altura del ombligo por su baja estatura.

Pero no tardo en intentar mayor ventaja para descender al pubis y, soltándole la mano sobre la manija, buscar el modo de levantarla e intentar desabrochar el pantalón de mezclilla, que ella usaba.

Con la mano ya liberada, Katy, trató de jalarle los cabellos pero le resultaba imposible, la superioridad física del hombre era contundente. Hizo fuerza, ejerció palanca, pero Lucio solo se reía, mientras continuaba buscándole la boca y hurgando entre sus piernas.

Lloró, lloró al sentir cómo introducía completamente la mano en el encuarte, la lastimaba a propósito, le hacía daño. Katy percibió las lágrimas de angustia que comenzaron a escurrir por sus mejillas. No distaba nada en que él la elevara y la arrojara a los matorrales de alguna jardinera o a cualquier sitio entre la oscuridad. Si acaso gritaba, conocía la contundencia de su puño. Ya una vez había sobrevivido de milagro. En esta ocasión sabía muy bien que nadie la encontraría.

—¿Viene con usted?

Una voz ajena se alzó detrás, preguntando con ímpetu, y activó sus sentidos aunque no supo de dónde provenía.

—¡No... no...! —gritó, y Lucio apretó su cuello con fuerza.

En cuestión de segundos alcanzó a ver volar un bate de aluminio estrellándose en la cabeza del gigante, con el tiempo justo para agacharse y escapar, ante el desconcierto del sujeto.

No supo quiénes, de dónde o cuántos eran; ni de qué parte habían salido.

Con la rapidez de un relámpago se subió al coche mientras otro arrancaba y varios quedaban atrás haciéndose cargo del agresor. Sólo pudo ver cómo el hombrón se defendía mientras ella le gritaba al del volante:

—¡Apresúrese, apresúrese, sáqueme de aquí!

El taxista no entendió el por qué negarse a la denuncia.

Ella sabía que por miedo. Porque ya había vivido la experiencia de ser ignorada. Y porque de hacerlo tendría que dar datos personales, nombre completo, dirección, teléfono, y de ahí a que la localizara, bastaba un respiro. Aunque sí lo pensó, si él no lo sabía ya, no se lo iba a facilitar.

Al contrario, le hizo dar, al chofer, un rodeo enorme.

Le agradeció encarecidamente su apoyo y el de quienes supuso eran sus compañeros de base, esperando que no salieran perjudicados. En tanto, lo dirigió hacia el otro lado de la ciudad.

Ahí, en un nuevo y elegante centro comercial que aún permanecía abierto por la temporada navideña y sus ventas nocturnas, descendió.

Se perdió entre la multitud sin más explicaciones. Cruzó la tienda volteando atrás intermitentemente, asegurándose de no ser seguida. Adquirió una blusa, una chaqueta, se metió en

un restaurante para cambiarse de ropa procurando protegerse de algún modo y salir por el lado contrario.

Emergió por la puerta que daba a otro estacionamiento, ahí sí pudo encontrar un taxi que de inmediato abordó y se dirigió a casa.

Le hizo dar un rodeo aun mayor, dirigiéndole por los trayectos más insospechados. Recorrió cuadra por cuadra, colonia por colonia, para hacer su ubicación aún más difícil.

Llegó por fin y le pidió que la dejara apenas entrando a su cuadra. Desconfiaba de todo y de todos. Abandonó la unidad y caminó lentamente hasta que la vio perderse, luego cambió de acera y se dirigió a su casa.

Revisó puertas, asegurándose de que estuvieran bien cerradas. Recorrió la casa confirmando lo mismo venta por ventana. Concluyó su frenético recorrido en la cocina. Miró hacia todas partes, y sin saber qué más hacer, tomó su cuchillo más grande y subió corriendo a la recámara.

—Mamá, mamá... ¡me encontró!, ¡me encontró!

Fue lo último que alcanzó a decir al teléfono, antes de romper en llanto.

La casa se siente enorme. Vacía y silenciosa.

Cómo es que la ausencia de una persona inunda el ambiente de esta manera tan implacable. Antes, siempre, llegar a casa de mamá era saber que algún aroma delicioso emanaría de la cocina. Que habría tres girasoles en su jarrón favorito, de su ventana favorita, junto a su sillón favorito, donde se sentaba a ver su árbol favorito. Saber que cada cosa estaría en su lugar, el mismo lugar que habría ocupado desde que tengo memoria, porque los cambios alteraban a Gal. Tener la certeza de que Katy conocía cada uno de nuestros gustos y todas nuestras pequeñas manías. El platillo preferido listo para la hora en que yo llegara de visita. El postre delicioso que me embebe desde que era niña. Las sábanas con ese aroma a lavanda que te inspira a la tranquilidad y te brinda buenos sueños, como siempre me decía. Ese saber que ella estaría ahí, si le preguntabas por algo tendrías la respuesta, si necesitabas algo estaría lista para atenderte. Incluso si enfermabas, sabría siempre qué remedio darte y qué precauciones tomar, ya fuera que se tratara de un cólico menstrual o un mal de amores. Ese ser mamá, que tan bien se le dio durante toda mi vida. Ese ser mi mamá. No la de nadie más. Y ahora se ha ido.

Hago consciencia en este momento de que jamás volveré a ver a Katy. Mañana, una vez que se haya retirado el cuerpo para llevarla a la cremación, ella habrá desaparecido del todo. Irremediablemente.

Una caja de madera con cerrojo, forrada en tela con preciosos adornos, bordados y listones, aguarda sobre la chimenea. En el centro dice: Lilith, labrado con una caligrafía hermosa, en letras brillantes y adornadas. Una llave con un listón rosado sobre la caja, y en el listón, la misma caligrafía con mi nombre bordado. Todo igual, todo precioso. Uso la llave.

Dentro hay diferentes objetos: mi pulsera de recién nacida, uno de mis zapatitos de bebé, una sonaja, un cofrecito con mis dientes, fotografías nuestras, de los tres, siendo yo muy pequeña, en la playa, en parques, en ciudades coloniales. ¡Sí que habíamos viajado! Un pequeño libro sellado, también con cerrojo, para el cuál no veía con qué abrirlo. Un sobre rosa.

Fue lo que encontré al entrar a la casa. Gal tenía llaves, seguro había estado ahí. Lo más probable era que él fue quien dejó la caja porque, antes, nunca la había visto. ¡Y vaya que siempre registré todo y en todas partes! La carta es de mamá, obvio. Un montón de fotografías envueltas con cuidado, mamá vestida de trabajadora, muy joven, una especie de filipina celeste, junto a otras compañeras. Katy, muy guapa de noche, afuera de un bar con una rubia alta que parece estadounidense, cada una con su bebida. Un apunte detrás dice, muy a su estilo:

Aquí se inventó la Margarita y teníamos que venir a probar. ¡Y que nadie les mienta diciendo que es de Tijuana!,

*Club Kentucky,
septiembre, 18, 1987.*

Otras más con mi abuela y mi tía, en el puente Paso del Norte, en *el otro lado*, como decía ella. Muchas, muchas fotografías. Pero las que más abundan son del desierto. Hermosas.

Cada foto de las arenas tiene una frase que le hace honor a su belleza. Apuntes que refieren a los efectos del viento sobre su superficie, capaz incluso de desenterrar fósiles marinos. El esbozo de las dunas es tan impresionante que más pareciera que se encontrara en el Sahara, pero no, dice Samalayuca, Chihuahua, y tienen distintos años. Luego mamá, de estudiante típica, con libros y

cuadernos, sentada en el pasto afuera de una facultad, no sabía esto. Mira nada más, pensándolo bien, no conocía todo de Katy. Ni siquiera vale la pena que me pregunte por qué guardó estas fotografías puesto que si lo hizo fue para que no las viera. Me sorprende.

Tomo el sobre.

Si ves esta carta significa que he muerto primero que Gal o que, a fin de cuentas, no tuve tiempo de destruir las cosas más pesadas. Nunca me sentí muy segura de hacer esto... empieza. En ella me dice que siempre supo que leía sus diarios. Novedosa, Katy, muy graciosa, hasta después de muerta tiene que reír de último. Siempre tuvo la intención de decírmelo todo pero nunca encontró el modo, no sabía cómo iba a reaccionar. Que le hubiera sido muy fácil inventar cualquier historia pero ella no quería mentiras en nuestra vida y prefirió un prudente silencio. Insiste en que nunca tuvimos el momento propicio, no quería hacerle daño a nadie y deseaba que yo creciera lo más feliz posible. Se lo había prometido a Gal. ¿A Gal? ¿Por qué a Gal y no a mí? ¿Por qué no a mi abuela o a mi tía, por qué a él?

Por eso me ha dejado el diario negro, sellado. Pero sólo si estoy lista, porque sabe que no me va a gustar. Dice que, de su parte, jamás encontró el valor por tal de no lastimarme. ¡Me asustas, Katy! Me deja la opción de decidir, no se arrepiente de nada. Me ama, me lo dice muchas veces, y pareciera escuchar su voz susurrándome al oído, en este instante. Sobre sus cenizas, desearía que parte de ellas acompañaran a Gal hasta su último día. Desearía que Gal estuviera protegido y bien, que no acabara solo. Que le debemos la vida. ¿A Gal, la vida?

Vaya, ya paso de los treinta y no me asusto fácil. Mismos o más años tienen ellos de haberse conocido. Se saben tantas cosas en internet, la televisión, el cine, la radio, la prensa, con tantas olas de miseria y violencia que ya casi nada me sorprende.

Nos hemos insensibilizado a tal grado que no nos admiramos de nada. Hemos perdido la capacidad de asombro. Pero entiendo que mi madre es de otro tiempo. Entiendo que para ella todos los asuntos de ser madre soltera y esas cosas fueron muy pesados en su época. Sobre todo porque se la jugó sola. Mi abuela y mi tía no la apoyaron, eso no necesitaba ni decírmelo. Más aún, entiendo incluso por qué, en caso de haber amado tanto a Gal, como para pasar su vida cuidándolo, no se hubiera casado con él por su discapacidad. Aunque fuera funcional. Aunque la tratara tan bien. Porque la conozco y sé bien cómo se maneja, sé perfectamente que eso de “deberle la vida” a Gal lo dice muy en serio.

Pero esto de dejar un diario negro y aparte sellado, es como muy de sus películas preferidas. Es fulano. Punto. Con eso era suficiente. Y vaya que supongo que todo esto se refiere al nombre de mi padre, si no ¿qué otra cosa podría ser? No entiendo por qué tomarse tantas molestias; encima sin dejar fácil la forma de abrir, sobre todo después de tanto año. O será acaso que no estaba segura de quererlo decir. Pues sí, eso es lo que dice. Igual, me insiste en que si tengo el más mínimo resquicio de duda mejor lo destruya y santo remedio. Si ya he vivido media vida sin saberlo para qué me serviría ahora. Puede ser, también, puede ser.

Decido pasar la noche en su recámara. Es curioso, siento mucha tristeza pero nada más no puedo llorar, no sé, de alguna manera es extraño. Claro que me duele que se haya ido, claro que me afecta su muerte, pero no sé qué pasa, tal vez sea porque siempre me resisto a hacer lo que hacen los demás.

Ahora veo fotos viejas, pero las nuestras, álbumes y más álbumes repletos de recuerdos; esa es la Katy que conozco, que me encanta. Fotos de la caja rosada, también, insisto, todas muy bellas. Gal siempre andaba con su cámara para todas partes. En todas las fiestas, en todos los viajes, en todas las presentaciones de mis escuelas mamá y Gal siempre estuvieron juntos, no

faltaron a ninguna, siempre sonriendo. ¡En verdad que fueron muy felices!

¿Qué fue lo que pasó?

Tengo la sensación de que son dos mujeres distintas, miro la foto de sus amigas en Juárez y luego veo nuestras fotos. En su mirada se nota la diferencia. Era una joven delgada y hermosa. Morena, del tono que tiene la arena mojada, su cabellera larga y abundante, fácilmente pudo haber tenido todo lo que quisiera con esa pinta. Esos ojos brillantes. No es precisamente el prototipo de chica de calendario o pasarela internacional, claro, pero es muy guapa y tiene una mirada tan limpia y clara que te hace pensar que aunque tuviera a lo mucho unos veinticinco, igual pareciera una muchachita inocente. Ese candor que ya no se ve en las chicas desde hace tiempo. Luego veo su mirada en las otras fotos más intensa y oscura, no sé, podría decir que más madura pero no expresa lo que quisiera. Indudablemente sonrío, siempre sonrió, se ve feliz. Sólo que distinta. Algo debió cambiarla muy profundamente. Sigo mirando las fotos y me doy cuenta. A medida que iba creciendo, yo también fui cambiando, foto tras foto se me fue borrando la sonrisa. Es verdad. Ahora recuerdo con claridad. No tenía ningún problema con Gal y con mamá cuando estaba pequeña, de hecho lo pasábamos muy bien juntos. Nunca he sido muy afectuosa pero sí recuerdo de muy niña haberle tenido algún cariño.

Veo año por año, imagen tras imagen, claro que sí. Mis mejores regalos me los dio él. O él y mamá en conjunto. Mis mejores viajes, y por supuesto, mi mejor ropa y calzado, porque él no era de ir a tienditas, como cuando mamá y yo íbamos a los almacenes de descuento a comprar víveres, él se molestaba y le decía muy firme: ¡No le des comida vieja a la niña!, recuerdo que siempre estaba revisando las caducidades con una obsesión enloquecida y desechaba lo que estaba a punto de vencerse incluso aunque le faltara una semana, ella le decía: ¡Eso todavía sirve! No para ustedes, le contestaba, y lo echaba a una bolsa. Mamá se molestaba pero no le decía nada. Igual siempre reponía lo que tiraba o sacaba con cosas frescas. Pero Gal, ahí donde la gente lo ve de apacible e inseguro, era muy firme con ello. ¿Y lo que vas a donar?, le soplabla de pronto cuando íbamos a las compras, y ahí va doña Katy, bien obediente, a sacar las latas o cosas que él había separado y que aún servían para que las entregara a la beneficencia.

Lo mismo la ropa, lo mismo los muebles. Gal nunca fue alguien que dijera las cosas dos veces. Vaya, no sobre sus manías, sino lo que esperaba que se hiciera de facto. Creo que a mamá le gustaba eso de él, esa autoridad amorosa y firme que nos contagió, ese orden, esa disciplina sencilla y práctica. Nada exigido, qué pena que apenas ahora lo entiendo. Si hubiera quedado sólo en manos de ella seguramente habría sido un completo caos; Katy por sí sola era muy desorganizada, después de todo, sí era Gal quien la guiaba a las mejores soluciones. Si él estaba fuera nosotras flojeábamos bastante. Ja. Me acuerdo y me da risa. ¡Apúrate, Lilith! ¡Mañana llega Gal! Y a recoger nuestro desorden como locas. Y debo confesar, aunque me dé vergüenza, que el día que llegaba de su viaje yo no me iba como siempre porque esperaba a ver qué me había traído de las lejanas tierras por donde andaba. Era algo de lo que presumí siempre en la escuela. Sólo que decía que iba por trabajo y nada más. “El amigo de mi mamá”, así le llame toda la vida.

Estaba en todo. Recuerdo cuando ella se sentaba a hacer sus cuentas interminables y yo me levantaba medio dormida, claro que sí, yo lo vi, ella venía a acostarme de nuevo y lo vi poniéndole dinero a la bolsa de mamá sin que supiera porque ella no se lo aceptaba. Siempre preguntando ¿qué te falta? ¿qué necesitan? ¿Lilith tiene tenis? zapatos, traje de baño, abrigo. Siempre fue así. Había olvidado todo eso. Me cegué. La adolescencia o la pubertad o los celos o el no quedar mal con las amigas, todo ello me perturbó porque me abochornaba. ¡Gal me avergonzaba!

Ya está, lo reconozco. Y me siento miserable.

Por eso fue, cierta clase de *disfobia* que fui desarrollando porque me acosaban y se burlaban de mí, desde antes de la secundaria, diciendo que era mi padre, y de ahí empezó mi rechazo. Pero él sí llegó a vivir aquí. Ahora lo recuerdo. Haciéndome el desayuno, cuidándome cuando mamá enfermaba. Pero luego ya no quise que me llevara a la escuela ni nada más porque me decían cosas o me hacían preguntas que yo no quería contestar, ¿era una niña! Me avergoncé de Gal por su discapacidad que en materia solo es un síndrome o algo así, una cosa de esas, insignificante, un padecimiento o yo qué sé cómo se le llame. Pero él no lo pudo superar. Le gritaba, le gritaba con frecuencia y le decía: ¿por qué no te largas de una vez? cada que mamá se descuidaba. Y él no pudo con eso. No tenía recursos para hacerlo. Mi madre en realidad lo amó, por lo que fuera, y yo le deshice el mundo. ¿O acaso no merecía él que también le quisieran? Ahora es muy tarde para poder arreglarlo.

Miro todas las cosas regadas sobre la cama, de inmediato me viene a la mente la imagen de ese pobre hombre desvalido y abandonado a su suerte afuera de la funeraria. Aquí está su vida, toda sintetizada en mis recuerdos. Y él está allá entre la noche fría velando a la entrada de aquel sitio sin poder hacer nada porque se ha ido la única mujer que amó. La única que verdaderamente lo amó.

¿Qué será de él ahora que Katy ya no está?

Me levanto como impulsada por un resorte.

¿Quieres un café? dos de azúcar, dos de crema, dejando libres dos deditos antes del borde para ponerle agua fría, porque si no... Sería imbebible, me dice al tomar el termo y sonrío levemente. Aguado y azucarado. Así te lo hacía mamá, lo observo detenidamente, ¿ha llorado?

No podía dejarla sola, Lilith, no podía, simplemente no podía, el velador me abrió la puerta. A mí también, le respondo. Katy se va a enojar, me mira con sus ojos tristes. Es lo más seguro, comenté mientras le echaba un chal sobre los hombros y me sentaba a su lado para acompañar a mi madre.

Algo tarde, algo tarde, solo es algo tarde. Viene algo tarde. El tráfico, las prisas, las calles llenas por las compras de Navidad. Es sólo algo tarde, pero Katy no se ha olvidado de mí. No, ella dijo que vendría, yo espero. Espero, sí, eso lo sé hacer muy bien. Sólo que no me angustie. Dijo el médico: si tienes mucho estrés no te dejaré salir. Me calmo. Me calmo, es lo mejor que puedo hacer.

Las ráfagas de viento se han quedado afuera, entre estas paredes blancas con olor a desinfectante y torundas en alcohol el viento no podrá tocarme. No sé si la felicidad ha regresado porque no lo ha hecho ella, pero no queda más que aguardar a que la máquina del tiempo termine de torturar los segundos, descorriendo sus impasibles agujas por encima de la cara del reloj. Entonces, sí entonces. Respiro. Cuento los cuadros de cielo falso que cubren el techo, calculo los metros lineales del aluminio que los sujeta a una estructura, imagino cada palmo de los ductos de ventilación. Ir y venir de partículas de polvo que ahora ya no pueden tocarme. Estoy blindado. Me han cubierto de antibióticos y litio para adelgazar la enfermedad y la angustia. He perdido un tiempo precioso entre el desosegado lamento de la agonía que pensé eterna. Nuevamente he escapado de La Sepultura, estoy listo. Katy, estoy listo.

Esperar a que llegue y venga, y abra la puerta y vea que estoy listo. Litio, ha dicho el médico, ahora se usa litio, lo están probado. No sé bien qué es ni cómo funcione, pero le digo: Sí, démelo, por Katy. Astutos que son. Lo tomo, tomo lo que quieran, espero y tomo eso y aguardo a que venga

ella. Porque la puerta se abrirá y ella sabrá que estoy listo. ¿Hace cuánto tiempo no festejo estas fiestas? No lo sé, pero sé bien que esta será inolvidable porque estaremos juntos.

Ella, ella, ella, es Katy y viene por mí. Y será la Navidad. La mejor.

Qué se hace, qué se dice, cómo se festeja. No he conocido los nuevos protocolos. Eso es lo que son; formas, tradiciones, protocolos sociales que la gente cumple en las fiestas. Y vienen los familiares y amigos y visitan. He preguntado. La enfermera ha platicado de su Navidad y su casa, su familia y los sobrinos. Su fiesta de Nochebuena, algunos rezan, otros no, otros solo se alcoholizan. Qué comen, qué beben, que me diga todo, le dije. Espero. Mientras espero repaso y elaboro un plan. Es que debo buscar dónde apuntar. Protocolos, guías, como las preguntas para vender un producto y las posibles respuestas. Algo que me ayude a no echar a perder la Navidad de ella. Algo que la haga especial y mágica, inolvidable. Como en las películas. Espero. No digo nada. No me inquieto. Sólo espero. Primero la Nochebuena, luego la Navidad. Los rezos, no los conozco, el nacimiento, no lo sé, no lo creo. Mejor espero, espero. Yo la espero.

El médico de guardia le mencionó que las lesiones eran leves, pero si consideraba que no estaba en buenas condiciones sería mejor que Gal permaneciera en el hospital. Intento de robo, le dijo al galeno que la vio entrando con enormes gafas oscuras para que no se notaran las huellas del llanto y la falta de sueño. Le afirmó reiteradamente que estaba bien, que sólo había sido un susto y no pretendía cambiar sus planes. Además estaba segura de que en cuanto Gal estuviera con ella se sentiría más tranquila.

—Yo sé lo que te pasa —le dijo un poco aturdido ya su camioneta, que ella conducía— a ti te duele el alma, Katy.

—No, ¡ja! Sólo me asusté mucho...

—Ya no debo dejarte sola.

—¡Ay, Gal, qué tierno!

Pero era verdad. Si no hubieran llegado los hombres probablemente estaría muerta. No podía dejar de recordar y la piel se le erizaba simplemente con eso. A pesar de todo, se aseguró de que nadie la había seguido la noche anterior y tampoco esa mañana, tarde se le había hecho confirmándolo. En cuanto llegó a casa, luego de contactar a su madre, llamó a emergencias de seguridad pública, nada más para decir que oía ruidos en su patio, que tal vez era algún tipo de animal. Pero además, que era demasiado ruido para un perro o gato y no podía ver nada. Lo había hecho para tratar de que aumentaran la vigilancia o que mínimo hicieran algunos rondines extra. Se sentía mal por inventar esa historia, pero era eso o ir a poner la denuncia. Se repetía, dar nombre completo, teléfono, dirección, nombre de él, toda la historia, la descripción, buscar a los taxistas como testigos ¿y si no accedían? No quería pasar por todo eso. Menos con el amigo en casa. Además, si no funcionaba ya habría dejado datos suficientes como para ponerse en riesgo. Tenía que pensarlo bien.

Ya que no pudo dormir, arregló la habitación contigua para su huésped. Puso especial cuidado en el orden y la distribución, buscó hacer todo de la manera más armoniosa posible para que Gal no se alterara. Cuando el muchacho la vio quedó fascinado. Habían pasado antes por su departamento para traer algunas cosas que necesitaría. Aún estaba débil por las fiebres altas y las complicaciones respiratorias que había tenido en su autoexilio, pero estaba mejorando. Así que seguiría con el tratamiento, además, el médico les dio indicaciones de dónde podrían encontrar alguien que les rentara un aparato portátil para las fototerapias. A Gal le provocaban dolores de cabeza pero era momentáneo. Además de un ligero mareo, algo de náuseas por el litio y mal de

estómago; el médico le había asegurado que desaparecerían en cuanto su cerebro se acostumbrara a ello y a la terapia lumínica. Él se recostó un breve momento para reponerse del vértigo y le pidió algo para escribir. Katy le indicó el sanitario y detalles que ya conocía, y le suplicó que intentara dormir al menos unas horas. No lo hizo.

—No tenemos árbol... —dijo mirándola con ternura, al regresar tiempo después a la sala.

—No, es que se me pasó, además... mis gastos. —Él sonrió, un *¿puedo*
?

fue la señal para usar el teléfono y enseguida una transformación ocurrió.

Llamó con soltura y mucha capacidad. Su lenguaje fluía, el tic desaparecía por completo y cada una de sus frases se hilaba coherente y nada repetitiva. Estaba asombrada, pensó que tal vez se debía a que no había estrés de por medio al usar el aparato; su voz sonaba varonil y sugestiva, jamás lo había visto de esa manera porque en realidad sólo habían hablado por teléfono una vez y nunca lo había observado durante el trabajo. Era eso. Gal estaba trabajando. Lo tenía muy ensayado y más que aprendido. Vio sus notas. Entendió que esa fluidez se debía a que su interlocutor no estaba presente o tal vez porque ya tenía tantos años haciéndolo que la manera de hablar y convencer eran parte de su sistema. Se transfiguraba. Una destreza adquirida con los años, como las habilidades sociales, le había mencionado el especialista cuando solicitó aquella asesoría.

El caso es que, mientras hablaba, con su papel y pluma comenzó a tachar en su lista: árbol, luces, adornos, víveres de la época, que suplicaba al encargado le hicieran el favor de adquirir alguna cosa relacionada. Todo cuanto fuera necesario para pasar las fiestas como era costumbre, remarcó, “de la manera correcta”, hizo hincapié. En realidad, ella se preguntaba si existía esa *manera correcta* de celebrar las fiestas porque tampoco podía decir que tuviera mucha experiencia al respecto, al menos en el último año. Más le sorprendió escuchar que pedía que se cobrara aquello de su bono navideño que aún no recogía. Todo lo que pudiera comprarse ahí mismo, en la empresa, lo agradecería, y obviamente daría una propina sustanciosa a quien le hiciera tan enorme favor.

Resultaba fácil darse cuenta de la autoridad y la desenvoltura que mostraba. Aun cuando fuera un instante aislado y el resto del tiempo lo pasara divagando, le daba gusto que él hubiese encontrado, en el mundo, alguna de sus fortalezas y pudiera vivir de ello. Era sorprendente. Gal funcionaba en base a un patrón establecido que le permitía desenvolverse en el entorno con un orden determinado. Por un momento palideció, se avergonzó de sí al aceptar que ella era un caos en la mayoría de las cosas. Actuaba de manera automática e impulsiva, es más, ni siquiera se detenía a reflexionar en sus acciones, reconoció. Menos en el último tiempo. Incluso tuvo que asumir que había llegado hasta ese punto en su vida de manera errática.

Pensando en esto le dio por levantarse del sillón desde donde lo observaba y se dirigió a la ventana. Nada. Fue a la cocina a revisar el pequeño patio, tampoco. A tientas buscó una olla para poner café; el aroma del grano hirviendo, como en su tierra, le tranquilizaba. Agregar canela, eso le hacía sentir bien, le recordaba a su padre. El frío en el exterior aumentaba y regresó a la sala con dos humeantes tazas en una charola y un pequeño servicio de complementos dispuesta a encender la chimenea. Siguió contemplándolo un rato más mientras él terminaba de hablar con la persona que se haría cargo de la diligencia y daba los últimos detalles. Terminó su llamada. Colgó el auricular mientras rectificaba el final de su lista, palomeó con satisfacción. Se puso de pie cuando largo era y se relajó.

¡Listo! Dijo estirando la espalda con las manos en la cadera como para desperezarse. Giró

para encontrarse con los ojos de Katy que le contemplaba con una sonrisa automática y llena de admiración; con un brillo en los ojos como de quien ve algo por primera vez y se asombra. Él se sorprendió también. Por un momento el silencio sólo quedó acompañado por la lluvia que comenzó a caer afuera con intensidad. Algo en ese instante disipó, aunque fuera unos segundos, la niebla de sus huesos y las arenas de aquellos recuerdos como un relámpago. La sonrisa de ella iluminaba lo gris de la tarde, así que también le sonrió. Pero esta vez fue diferente. Una sonrisa amplia y afable, llena del brillo y satisfacción que Galileo había mantenido enterrado, y ahora escapaba de golpe porque en verdad se sentía contento.

Cuando lo hizo, la muchacha tuvo que retirar la vista de manera titubeante, la abrumó. Era demasiado. Esos ojos, esa boca, esa expresión perfecta. Acompañando la mirada limpia y relajada que pocas veces había percibido hasta entonces, y le transformaba en alguien completamente seductor. Un chico con una mezcla extraña de extranjero y mexicano que le hacía sumamente peligroso. Se sintió mal, exageradamente flaca y sin chiste, sobre todo después de que la angustia se le había instalado en el rostro. Tuvo que reconocer: Gal era hermoso. Qué suerte que no es así siempre, porque más de una hubiéramos caído redonditas ante tanto encanto, se admiró de pensarlo siquiera. Seguramente seríamos nosotras quienes anduviéramos como arpías tras él, suplicando su atención. Durante una fracción de segundos desfilaron ante sus ojos todas las figuras e iconografías simbólicas que hubiera conocido en una vorágine de comparaciones aceleradas tratando de encontrar un símil. El David y San Miguel Arcángel hubieran sido apenas una combinación aproximada, pero ni aún con toda su maestría y sus grandes autores tenían su candor y su pureza. El aroma de las tazas la volvió de pronto y le hizo recuperar el ritmo.

—Eh... ¿Cómo quieres tu café?

—Dos de crema, dos de azúcar, lleno hasta dos dedos antes del borde para agregar un poco de agua fría, porque si no, sería imbebible.

Había vuelto, sonrió entristecida. Por un instante pareció cien por ciento normal. En cuanto regresó a la rutina, su leve movimiento de cabeza acompañó el ritual de la descripción del café con ambas manos, reiterativo y constante en cada inclinación. Le hizo repetir las instrucciones. Sin saber por qué pensó en la justicia divina, esa sería la razón, se insistió, un Galileo enteramente normal hubiera sido demasiado para este mundo y no lo merecían. Además, en esas circunstancias, Gal era lo más parecido a un ángel que hubiera podido conocer. No importaba, como quiera que fuese, contemplarlo actuando con esa naturalidad y destreza en todo su esplendor había sido algo hermoso. Como él.

Las personas comenzaron a llegar temprano, pareciera que tuvieran cita para almorzar o algo así. Una puntualidad fuera de lo común. A diferencia del día anterior, todos están más relajados. Gal pidió un servicio de bocadillos y los miembros de la asociación, que hasta ahora supe que era algo relacionado a personas que han sido víctimas de delitos, trajeron una foto hermosa de mi madre, enorme. ¡Ahora entendía por qué tanta gente! ¿Cómo nunca supe nada de eso?

Bueno, es cierto que mamá salía a las reuniones pero si no eran de tejido, eran para ir a comer con amigas y cosas así, jamás pensé que Katy fuera asesora o algo por el estilo. Tal vez desarrolló esto en los últimos años pero, ¿por qué nunca me lo dijo? Sólo decía: Voy al grupo, en mi grupo, las amigas del grupo, y yo siempre pensé que se trataría de algún club de señoras.

Luego del orador principal que dirige al tan mencionado grupo, y además dijo palabras hermosas sobre ella que a todos nos sacaron —ahora sí— las lágrimas; uno a uno fueron pasando y hablando sobre cómo los ayudó a superar sus retos y a *reconstruirse*. Usan mucho esa palabra. Es muy bonito escucharlos mencionar esto. Me muestran una faceta que no conocía aunque bien es cierto que tengo muchos años de estar fuera de casa. Igual, las veces que venía de visita o que iban a verme nos la pasábamos hablando de nosotras, visitando sitios y haciendo cuanta locura se le ocurriera a Katy, siempre fue muy intensa.

Pero todos parecen hablar entre líneas de haber sido víctimas de maltrato, violencia, o algún tipo de cuestión semejante, claro que nadie lo menciona directamente y yo no seré tan burda como para preguntar. Aunque sí queda claro que están muy agradecidos con ella por lo que les brindó. ¡Y con Gal también! para mi sorpresa. Se llaman a sí mismos sobrevivientes, y algo muy duro debió ser eso para utilizar una palabra tan pesada. Una mujer, en el final de su discurso, me señala, me indica como la prueba más grande de amor que una sobreviviente pueda tener. Katy es un ejemplo, agrega. Aplauden, lloran, me llaman.

Tuve que decir unas palabras, la verdad jamás fui buena para eso. Gal había ocupado su puesto a la entrada en cuanto comenzaron a llegar las personas y no lo vi de ánimos para nada más, y tampoco creo que hubiera podido. Con todo, agradecí la presencia de ellos y reiteré los afectos de mi madre. Entonces me avisaron que el cuerpo saldría a la cremación.

Se despidieron.

Me ha sonreído, me ha sonreído. Sonrió y su sonrisa no era para mí sino por mí. Me he dado cuenta, y la electricidad de mi cerebro se alteró, se movió, y otra vez los electrones comenzaron a recorrer sus campos de manera errática y luego acompañada. Acompañada al ritmo de los electrones de ella. Porque la vi. Lo noté. Y en sus ojos vi algo que antes no había visto. Y su sonrisa no fue la sonrisa para el amigo. Porque me vio y la vi. Porque me di cuenta.

Mi piel y su piel se sintonizaron, y los electrones se me fueron hasta los ojos y se situaron en los de ella, y sus ojos respondieron también. Y su cuerpo. Su cuerpo que es de ella y lo usa y lo cuida con perfección y refinamiento. Ese cuerpo suave de ver y seguro también de sentir, se estremeció y yo lo vi. Porque mis electrones y los suyos se unieron en la atmósfera y otro cosmos fue creado apenas hace unos instantes. Mi piel, mi corazón, incluso mi miembro lo sintió, aunque me avergüence. Y toda ella. Porque lo sé. Porque su cuerpo femenino y distinto irguió su espalda, y la suavidad de sus senos se elevó con su respiración y pude apreciarlo. Ella me miraba y su

cuerpo también. Y fue algo distinto.

Luego su rubor de niña volvió y le hizo entornar los ojos. Entonces es tan mágica y perfecta como la lluvia que cae en este día frío, te llena de sólo verla. Pero la lluvia ya no me molesta. Y el frío no me ocupará más porque he visto los ojos de ella. Y la electricidad y la energía de su cerebro se convirtieron en estímulo definido en su cuerpo y pude percibirlo. Luego su ser completo se elevó y flotó hasta la cocina. Pero estos ojos míos se han transformado, y no pude evitar que mis ojos siguieran sus pasos depositándose en sus caderas también suaves y gentiles, que se dirigían a recomponer el café y a formular hipótesis nuevas. Ahora el cuerpo no me responde, porque siento cosas que antes no he podido descifrar y menos ahora, que los electrones se me han ido entre las piernas. Tengo entonces un severo problema. Porque debo buscar qué se tiene que hacer para que toda esa energía se regrese a mi cabeza. Este cuerpo que ya no me obedece. Este cuerpo y estos ojos alucinados y locos que sólo quieren que vuelva para poder ver de nuevo esos senos y esas caderas. Tengo serios problemas. Los electrones de sus ojos me han causado serios problemas.

—¡Mírate! ¡Con razón tienes tantos premios! ¡Eres muy profesional!

Dijo, trayéndole el café renovado, y sonrió con Gal de manera pícaro para salvar el anterior momento; por primera vez lo vio alegrarse con amplitud y de manera espontánea, incluso sonrojarse. Algo le hizo pensar que los días de tratamiento en el hospital, más la nueva terapia, le estaban ayudando muy aceleradamente.

Lo vio pasear la mirada por el entorno, pensar con detenimiento observando cada rincón de la sala y elucubrando a una velocidad sorprendente, lo que intuyó por la forma en la que su mano entrecerrada se colocaba junto a la comisura de los labios mientras el índice se paseaba de un lado a otro indicando el rumbo de sus pensamientos. En cuanto hubo terminado le dirigió por fin una mirada decidida. Le hizo un resumen de lo solicitado y se organizaron. Comenzaron a mover muebles para despejar el área sin importar las quejas de la joven por su condición de salud, él no quería sentirse un inútil.

La Navidad se celebraría sin faltas, pensó Katy, y le agradó. Sería la primera que pasaría fuera de casa, sin su madre y su hermana, se extrañó del hecho de no volver. Igual ya la habían encontrado. Pero no quería arriesgarse ni ponerlas en riesgo. Era mejor dejarlo así por el momento. Tal vez Lucio pensara que lo primero que haría era volver a su casa, y se habría marchado. No quería invertir energía en eso, se sentía bien ahí y aunque no sabía qué hacer ya estaba comprometida con su amigo. Además, luego de pensarlo bien, si aquel hombre intentaba algo estaba segura de que en la gran ciudad de los palacios y las miles de plazas sí podrían encerrarlo. Pero si no sabía dónde hallarla ella no iba a facilitárselo. Prefería dejarlo que se perdiera, la capital era enorme, total, con cambiar de rumbo a la hora de volver al trabajo, pedirle a Gal que la acercara más a casa o cualquier cosa por el estilo era suficiente para recuperar su paz. Ellos iban a celebrar las fiestas y no había nada que pudiera evitarlo.

Después de todo al menos Gal sí tenía conocidos, gente que le apreciaba sinceramente por su eficiencia. No tardó en llegar una camioneta. Resultó que el amigo había hablado nada más y nada menos que con el jefe de personal, que a su vez le envió a un señor del área de embarques de toda su confianza. Un árbol navideño, luces, esferas, víveres y hasta obsequios envueltos se hicieron presentes. Con la ayuda de Katy, y un chico que le acompañaba, el hombre hizo entrar las cosas porque ninguno de ellos permitió que el licenciado se esforzara. ¿Licenciado? La chica se asombró pero luego simplemente sonrió. Sí, administrador de empresas, dijo el aludido.

—Bueno, licenciado, sólo siéntate y disfruta... ¡Pero bebe de a poco!

Le indicó mientras ponía en sus manos una taza de chocolate caliente con malvaviscos y le prestaba su chal favorito. Tú solo quieres que esté bebiendo cosas, alegó. Es para espantarte el frío, respondió y ambos rieron. Comprendió por qué tanta consideración hacia él, de parte del jefe, cuando el hombre mayor le explicó, discretamente, que éste tenía un hijo autista, que Gal era como una luz de esperanza para el futuro que le aguardaba a su propio muchacho. Le había tomado afecto y era una especie de reto personal que el joven lograra sus metas. Había sido el mismo jefe quien le sugirió utilizar los protocolos. En cuanto se convirtió en el vendedor estrella, fue algo así como un orgullo propio. Sabían que el joven trabajaba por dedicación y no por dinero porque desde hacía tiempo se le olvidaba y no cobraba, así que le recomendaron abrir una cuenta para que depositara su salario y sacara de ahí cuanto necesitara.

Tenía su carrera en administración que, en teoría era excelente, pero nunca había logrado ejercer. Fue en el intento, cuando recién su mentor lo recomendó con el ahora jefe, pues conocía del caso, que empezó a apoyar en el área de inventario y control, pero la dificultad de tratar con subordinados y superiores obligó al muchacho a pedir que lo ubicaran en las llamadas telefónicas. El jefe accedió pero no le cambió el sueldo porque, aprovechando su estatus en la empresa, siempre que requería una auditoría interna era él quien las realizaba. Así que decidió que las hiciera mensualmente, de tal manera que el chico pudiera conservar el sueldo y el puesto, aunque se desempeñara en ventas.

Katy tenía temor de que se le presentaran accesos de tos o que la bebida le hiciera daño, pero no fue así. Pero intermitentemente volteaba al exterior, sólo por precaución. Gal se dio cuenta. No pasa nada, le respondió, cuando le preguntó si sucedía algo. En cuanto se retiraron los mensajeros, se dirigió a un cajón y buscó un audio casete viejo de temas de temporada, lo puso para ambientar y procedieron a decorar el árbol. Eso redujo su estrés considerablemente. Se sentía motivada y complacida, el amigo era como un niño grande al que todo le maravillaba y sorprendía. Ella, gustosa, respondía a sus dudas y comentaba cuanta ocurrencia se le venía a la cabeza para entretenerlo. Se había cuidado bien de ponerse una blusa con cuello alto que ocultara las marcas de la agresión de la noche anterior. No valía la pena mortificar a Gal con semejante cosa.

Era una necesidad imperante el no pensar, alejar a los fantasmas de sí lo más posible. Titubeaba entre canción y canción, se recriminaba si había sido lo correcto no ir a poner una denuncia como le sugirió el taxista. Pero ni siquiera sabía cómo hacerlo o dónde localizar al hombre. Un retrato hablado, tal vez, se repetía, pero el sólo hecho de describirlo la llenaba de pánico. Sus pesadillas se habían reducido desde que mantenía contacto con el amigo, no quería tenerlas de regreso. Más de una noche despertó gritando desesperada, añorando que alguien estuviera a su lado para decirle *no te preocupes, todo va a estar bien*. Pero ni su propia madre la había querido escuchar cuando le dijo eso.

—Es que tú estás mal, mi hijita, cómo le dices así nomás a un hombre que no quieres casarte. Como eso de no dejar la escuela, pues te está diciendo que él lo que quiere es una mujer de su casa.

Qué era eso, acaso estaba mal por no acceder a las demandas de otro, se preguntaba. Acaso a eso había de servir, dedicar el propósito de su vida a satisfacer a un hombre que le pedía que renunciara a lo que más anhelaba. Que él dijera: ¡Salta! y ella preguntara ¿Qué tan alto? No, esa no deseó nunca que fuera su vida; y aunque a fin de cuentas había logrado su objetivo de sacarla de la escuela no le concedería el gusto de seguirle atormentando la existencia. Se había cuidado bien de dar un gran rodeo. No, no era probable que la encontrara siquiera.

Como medida de seguridad, se había tomado la precaución de platicar con la vecina de al lado, mientras bajaban las cajas de la camioneta, sobre si había escuchado alboroto o ruidos la noche anterior; a lo que la mujer, sorprendentemente, respondió que sí, que llevaba varias noches oyendo ruidos extraños. Katy sonrió, con eso y la llamada que había hecho a la policía, ya tenía alguien que la apoyara en caso de alguna situación. La señora verificaría la historia. Así que ya no se sintió mal por una llamada de mentiras. Además, para evitar rumores, le contó que tenía a un amigo enfermo en casa y que este no tenía familiares. La mujer se mostró solidaria, como cualquier vecina interesada en ver por qué tanto ajeteo, queriéndose enterar de todo, pero ella sólo le brindó la información que necesitaba.

Sonrieron, charlaron, Gal acomodaba unos ganchitos a los adornos, mientras ella los colocaba y le contaba historias navideñas de cuando aún vivía su papá. Él, hijo único, su padre los había abandonado antes de que cumpliera cinco años, según la versión de su madre, que jamás lograría corroborar. En realidad no podía juzgarlo, cierto tipo de biólogo francés, venido al país a estudiar el bosque de niebla, en Chiapas; se unió a su madre, una mujer normal, decía ella, nacida en Villa Flores, un ejido a poco más de una hora de La Sepultura, el lugar que su padre adoró. Ese bosque cubierto de niebla, con sus paisajes salidos del sueño más rebuscado. Sus árboles gigantescos y la variedad inmensa de especies de plantas y animales le arrobó desde el comienzo, el estudioso pasaba horas y horas embebido en sus hallazgos y registrándolo todo, se perdía por largas temporadas adentrándose cada vez más y más, con la única mira de alcanzar la cumbre y conocerlo por completo. Nunca supo si se casaron o no, lo único que sabía era que el hombre pasaba largo tiempo en la sierra y la madre, harta de las murmuraciones en un pueblo donde todos se conocían, decidió irse con él a la sierra para no tener que seguir esperando en el pueblo, mientras los demás comentaban sin mesura que en cuanto le había hecho el hijo la había abandonado a su suerte. Vivieron en una tienda de campaña y luego construyeron una especie de choza.

El francés permanecía arrobado por el paisaje, los trinos de la gran variedad de aves eran su despertador y su delicia. La lluvia cayendo constante, filtrándose por entre el espeso follaje de esos árboles milenarios. Caminar, caminar y caminar, a más de dos mil metros de altura, los azules del hombre se abrumaban con tanta belleza. Barrancas profundas y altas serranías envueltas en neblina todo el año, lloviendo todo el tiempo, líquenes y musgos en bastedad absoluta dominando el paisaje como si fuera su obligación divina abrazar cuanto tronco apareciera por la tierra para embellecerlo. Gigantescos árboles de más de cincuenta metros, imposibles de abarcar con ambos brazos, resumiendo agua, velando la vida. El extranjero no podía pensar en nada más que la veracidad de todas las historias místicas que su mujer le había contado, porque ante semejante paisaje no era posible la existencia de otra realidad como no fuera aquella mágica creencia en que todas las leyendas eran ciertas.

El culmen llegó el último día en que se le viera cuando, por la noche, en un éxtasis fervoroso contó a su mujer y su hijo que se había topado, en lo alto de un acantilado, frente a frente con un jaguar. Cómo, luego de escuchar un quedo chillido vacilante, elevó el rostro de los especímenes que aun registraba para toparse a un par de metros con sus intensos ojos amarillos, como de cristal.

La piel blanca del francés, curtida por la tierra y el frío, palideció aún más pero no se agitó, permaneció de cuclillas, como había estado, maravillado ante la hermosura de esa aparición divina y perfecta, con sus músculos pulcramente dibujados bajo la piel manchada en un patrón sublime. El hombre no hizo más que respirar pausadamente y contempló la bella mirada de la

bestia por largo rato. Apenas se atrevió, y porque así le nació desde su espíritu, a hacer una leve reverencia con la cabeza, en señal de respeto. No se movió, no podía, y aunque lo hubiera hecho no habría servido de nada.

El legendario Yaguareté lo había ligado. El guardián espiritual de los ancestros. El cuidador del bosque de niebla observó a su vez al hombre, como quien se sabe admirado, como quien está seguro de su superioridad; le permitió contemplarlo un tiempo más y luego, soltando un chillido de advertencia, de un veloz salto se alejó perdiéndose entre la verde espesura, mientras era devorado por la bruma.

Aquel pequeño de cinco años atesoró esa historia como si fuera propia, como el mejor cuento de su infancia. Fuera de eso, Gal, lo único que apenas recordaba era cómo salían a dar largas caminatas mientras el padre recolectaba especímenes y tomaba notas. Y el miedo. Sobre todo eso. El atroz miedo que le producían los ruidos de la noche ocultos en la neblina. Era un niño muy pequeño. Se sentía aterrado a cada movimiento, a cada sonido que escapaba de lo profundo del bosque cubierto por una capa espesa de blancura insondable que nunca alcanzó a comprender. Esa niebla que la mayor parte del tiempo lo cubría todo. Que al respirarla sentía que le llegaba muy adentro, que le provocaba una aguda presión en el pecho que no podría olvidar; y aún ahora, a tantos años, seguía siendo parte fundamental de sus pesadillas.

El rugir de las bestias allá afuera, el ocelote, el tigrillo, el puma, cualquiera podría salir al encuentro del desprevenido usurpador de la sierra; el canto del quetzal era lo único maravilloso que escuchó y su último recuerdo grato. El grito espeluznante de los zopilotes al acecho era requisito indispensable en sus malos sueños. La mayor parte del tiempo lloviendo, la mayor parte de la vida sumida en una tristeza profunda de la que no podía escapar.

Ocasionalmente bajaban a la población por víveres y otras cosas, el recorrido era arduo y pesadoso en el descenso, y aún más en la ascensión. Ahí sí había sol, pero era para regresar lo más pronto posible porque la mujer, se enteraría luego, presentaba una clase de celos enfermizos que le hacían pensar que aún entre aquella bruma espesa el biólogo podía serle infiel. No soportó la presión. Si se fue porque concluyó sus estudios, si lo hizo porque no aguantó la situación, tal vez porque le aterró ese niño que no respondía a las cosas como él estaba acostumbrado; porque entre el francés, la lengua y el mexicano no se podían dar a entender, o si se perdió en alguna de las tantas caídas tremendas, ocultas entre la neblina, él nunca lo sabría. Simplemente, un día salió a recolectar especímenes y jamás volvió. Aunque era más infame la historia divulgada por su madre.

Prefería pensar que se había ido buscando a la bestia y tal vez la había encontrado. El caso es que nunca se supo de él. Ni siquiera recordaba su nombre, porque no sería registrado hasta mucho tiempo después y llevaba los apellidos de su progenitora que, en venganza, decidió borrar al francés para siempre de su historia, omitiendo especialmente la parte en que figuraba como el padre de su criatura.

Enojada con la vida y obsesionada por su situación, arremetió contra el hijo, quería convertirlo en un niño lo más normal posible, decía, y lo forzaba a hacer grandes recorridos por la noche, aun cuando no había llegado a la adolescencia. A salir en temporadas frías, a levantarse de la cama aunque su ánimo no se lo permitiera. Lo abofeteaba cada vez que tartamudeaba o repetía palabras. Cada vez que ese extraño movimiento le dominaba la cabeza. Lo encerraba en un ropero viejo, según ella, para que se hiciera más fuerte, que aprendiera a controlar su miedo. A la mujer le desesperaban sus crisis de ansiedad y lo que hacía era enclaustrarlo para que se le pasara. Esas eran sus historias y, por supuesto, no quería que Katy se enterara de ellas.

Aún con todo, resultó muy hábil para las matemáticas, una maestra de secundaria encontró esta habilidad y lo incluyó en competencias y eventos que sirvieron para que fuera considerado como un buen alumno. Ya que en Villa Flores casi nadie se daba la oportunidad de concluir la secundaria, un pueblo olvidado entre la sierra, decía la profesora, tuvo todo el tiempo del mundo para dedicárselo a él, además le apoyó para que consiguiera una beca y se fuera a estudiar la preparatoria a la capital del estado. Le siguió el rumbo y lo recomendó con un amigo que se convertiría en su guía a fin de que llegara a la enseñanza universitaria. Su mentor se fue a la ciudad más grande del país por un postgrado, y le sugirió que lo siguiera. Así lo hizo. Fue como concluyó bachillerato y carrera en administración sin requerir de su madre. Eran números, confiables y apacibles números, podía con eso. Se hizo independiente, aprendió a vivir de las becas y a trabajar medio tiempo, y una vez que salió de la casa jamás regresó. Salvo para el funeral de su progenitora. Se había suicidado. No le quedaban muchos parientes y nunca mostraron interés en buscarlo. El desapego era mutuo.

No sería hasta que estuvo en la universidad en que un catedrático de psicología le preguntó si quería participar en un estudio piloto. Un protocolo. Lo había observado con cierta frecuencia. Técnicamente era un alumno modelo y de excelentes calificaciones. No hablaba, no se distraía y pasaba mucho tiempo en la biblioteca. No hacía amistad con nadie. Ese chico pretendía pasar desapercibido, pensó el maestro, pero para el ojo experto no podía ocultarse.

Fue ahí cuando Gal descubrió exactamente qué le sucedía. Disociación de personalidad, crisis de ansiedad, depresión crónica. Mostraba además conductas autistas y depresión estacional avanzada, algo que casi nadie tomaba en serio a principios de los ochenta. Ese último trastorno afectivo era más común en las mujeres, los jóvenes y quienes vivían lejos del Ecuador. Cosa justificada si se tomaba en cuenta que el chico había pasado la mitad su vida en el campo, en un sitio aislado, y el inicio de su existencia le había marcado con un clima generalmente frío y lluvioso, atrapado entre el miedo. Por su charla, el médico detectó cierta predisposición familiar a la depresión. Se volvió estudio de caso e indagaron más profundamente. Los investigadores le enviaron un reporte por escrito, encontraron que tenía un desequilibrio de serotonina y afectaba su estado de ánimo. Su cuerpo producía demasiada melatonina, que le perturbaba los ritmos de sueño, y no producía suficiente vitamina D.

Él tuvo que pasar muchas horas de lectura por su cuenta para darle sentido a toda esa información. Fue cuando por fin entendió por qué siempre se sentía extremadamente solo y triste, por qué se angustiaba con frecuencia y prefería estar aislado a arriesgarse a que lo rechazaran. Desgraciadamente su madre nunca lo supo, esa congoja eterna, el no saber cuál era su lugar en el mundo, que se agravaba si pensaba en su padre. La perspectiva sombría sobre todas las cosas que le rodeaban, los sentimientos de desesperanza que empeoraron con la adolescencia, ese pesimismo e irritación constante, le impedían convivir con cualquiera por demasiado tiempo. Y a medida que crecía iba decayendo.

La pérdida de interés en actividades que antes solía disfrutar, lo que de niño le hacía feliz, si es que algo hubo, de adolescente le irritaba y aumentaba su ansiedad, con eso y vivir lejos de cualquier poblado hasta los quince, sólo había recrudecido su situación. Lo entendió entonces y todo fue tomando sentido conforme aprendía de su caso. Su madre se quejaba siempre de la poca energía, el hecho de no concluir nada de lo que empezaba. La dificultad para dormir o dormir demasiado, los deseos de comer en exceso durante el invierno y su aumento de peso en la adolescencia fueron constantes motivos de rencillas con la mujer. No acabó ahí, en los primeros años de escuela ya había sido víctima de abusos y burlas en el ejido por la situación de su mamá,

a grado tal, que le llamaban el hijo de la niebla porque su padre nunca apareció. Luego el acoso se recrudeció durante la preparatoria. De no haber obtenido la beca y contando con la ayuda de su mentor, seguramente hubiera acabado vagando en las calles o ya habría muerto. Fue cuando se reforzaron los pensamientos y las ideas de suicidio. Tuvo tres intentos fallidos, el primero en la secundaria, el segundo cuando pasó el más cruel de sus inviernos, luego de terminar la universidad y no conseguir empleo, el último había sido meses antes de conocer a Katy, la Navidad anterior por estrés y ansiedad. En verdad no sabía cómo seguía vivo.

Nunca terminaría de agradecerle a los que lo apoyaron sin conocerlo, tampoco acabaría de dar gracias a lo fortuito por la llegada de la mujer que ahora terminaba de colocar la estrella y le sonreía como si él fuera la persona más importante del mundo.

Él la imitó. Al paso que voy, reír se me irá haciendo costumbre, pensó. Iniciaron los preparativos para la cena navideña, pero Katy insistió en que él tenía que descansar. No batalló, el sueño lo había invadido en cuanto declinó el día, y verdaderamente le costaba mucho mantenerse despierto, tenía nueva medicación y batallaba para acostumbrarse. Aunque aún era temprano había oscurecido, y no podía resistir la tentación de irse a acostar y cubrirse la cabeza hasta un nuevo día. Pero algo había funcionado distinto, ya fueran las luces, los adornos, la charla o la música navideña, algo estaba teniendo un efecto positivo en él. Aunque el médico había recomendado utilizar la fototerapia en las mañanas, él tenía dispuesta la lámpara blanca junto a la cama que ella le había preparado, y no quiso perder la oportunidad de probar. Su recámara estaba a dos puertas de distancia de la de Katy, ella le acompañó hasta verificar que todo se encontraba bien y bajó a terminar de preparar algunas cosas.

Gal se sentía extraño, si bien se encontraba algo eufórico, sus manías le tiraban fuerte para que se acurrucara y no se levantara más. Incluso le asaltaba la tremenda necesidad de irse a casa. Debía esperar, quería obligarse a esperar. Una infrecuente combinación de tristeza y alegría se debatían en su interior, algo distinto a la paz que tenía cuando estaba con Katy, esto no lo había experimentado nunca y le causaba una gran extrañeza. En su cerebro experimentaba cambios que aún no podía explicar y estos estaban muy vinculados a un cúmulo basto de sensaciones y emociones que, si bien conocía de alguna manera, tenía mucho tiempo que no las sentía; semejantes a un recuerdo lejano, a una memoria falsa, algún pasaje sacado de otro tiempo al cual no podía acceder. Luego los sentimientos, porque eso debían ser, agolpándose unos tras otros y provocando reacciones desconocidas. Debe ser el invierno, pensó. Por eso no dudó en que si ella continuaría abajo él aprovecharía para darse un baño y tomar la medicación del hospital, aunada al litio, para sentirse bien por la mañana y, por qué no, tal vez media hora de fototerapia contribuirían a estar más alerta y pudiera ayudarle a aclarar aunque fuera un poco, sus ideas.

Le pareció un buen plan. Tomó una hoja y comenzó a escribir su programa de medicación. Brevemente se miró en un espejo situado frente a la cama. ¿Dónde estaba la niebla? Acaso hubiera regresado con los recuerdos y aguardaba, agazapada en algún recodo de la memoria, para echarse encima sin el menor miramiento. Pero esta vez no la tenía fácil, se enfrascaba en una lucha interna contra lo vivido ese día. La ráfaga de la sonrisa, pensó. Que bien podía significar eso que la gente llamaba una feliz Navidad. Tal vez, ¿por qué no?

Katy acabó de acomodar las cosas en la sala, verdaderamente el árbol se veía hermoso. Los montones de regalos al pie del pino, sensacionales, también habían sido motivo de risas porque ellos sabían que eran productos de la oficina. Un “Mixer 2000”, señaló Gal, sintiendo una de las cajas. “Súper herramientas Herman”, dijo ella al sentir otra, y jugaron con eso regalo tras regalo, riéndose alocadamente, aunque agradecían el detalle del personal que se había tomado el trabajo

de envolverlos, si bien, no sabían quién los iba a pagar porque no estaban en la lista que él había solicitado, pero pensaban que ya se habían incluido en el costo de todo lo demás. Después de todo, el jefe y los ayudantes, tampoco eran conocidos como quien regala los productos de la empresa. Terminó en la cocina y creyó escuchar a Gal saliendo del baño en la planta alta. Ella se dirigió al frente para asegurarse de que la camioneta estuviera bien cerrada y aprovechó para tirar la basura. Sirvió la oportunidad para ojear un poco. No había nada extraño, todo en su sitio. Instintivamente se llevó la mano al cuello y de solo recordarlo algo en su interior le estremeció las entrañas. Ya era tarde y también deseaba descansar. Encendió un cigarro en el fresco de la noche. Miró hacia ambos lados de la acera, nada fuera de lo común.

Dejaba escapar el humo confundiendo con su propio vaho, mirando infinitamente los arabescos que se formaban en el aire como tratando de encontrar en ellos algún presagio. Una respuesta favorable. Los carros de siempre estacionados en su sitio, los vecinos en sus casas, las luces exteriores encendidas y solo unas pocas interiores también. Creyó entonces que Lucio se había encontrado con ella por algún vínculo del trabajo, tal vez las llamadas hechas a la casa de su madre o algo así. La bocanada de humo escapando de su boca se confundió con el viento helado hasta desaparecer. Ojalá y él también desapareciera, susurró. Hacía mucho frío. Después de todo, si supiera dónde vivía ya se hubiera presentado en lugar de seguirla hasta un hospital. Volvió a mirar con insistencia a ambos lados pero todo se veía tremendamente tranquilo, pensó que no había de qué preocuparse. Probablemente se retiraría un poco por las fiestas, en tanto, ella averiguaría cómo protegerse, qué hacer, incluso si era necesario, a dónde iría. Por la mañana llamaría a quien estuviera de guardia en el trabajo y pediría unas semanas para acompañar al amigo en su restablecimiento hasta decidir qué pasaría después. Por lo pronto, se sentía segura con él en casa. Sonrió dándole un último vistazo a la calle y tiró la colilla apagada al cesto. Se aseguró bien de que todas las puertas y ventanas estuvieran cerradas, apagó las luces y subió la escalera. Lucio buscaba una chica sola, ahora ella estaba acompañada.

DIEZ

Cuando Gal y yo estuvimos en privado con el administrador nos preguntó si queríamos hacer alguna cosa de último porque ya retirarían el cuerpo. Él pidió que le abrieran el vidrio del féretro y depositó dentro los tres girasoles, no sin antes situar un cariñoso beso en la frente de Katy y permanecer ahí largo tiempo. Esperé en silencio observando sus facciones, su semblante entristecido, la manera en que se inclinó hasta unir su cara con la de ella, las manos que tomaban ese rostro amorosamente y le susurraban mil cosas inaudibles para luego acariciarlo con una ternura insospechada.

Me dolió, me dolió terriblemente.

Recordé cada cumpleaños de mi madre, cada Navidad y cierta fecha que no preciso, en que me sorprendía ver en el florero de la entrada tres enormes girasoles. Siempre me pareció extraño, se supone que la gente acostumbraba a regalar docenas de rosas, arreglos espectaculares, porque así los venden. Pero no tres desparpajados y nada estéticos girasoles.

No es que no me gusten, claro, son hermosos, incluso alguna vez mi madre los tuvo en casa, pero esos varejones tan largos y esa flor que el tallo apenas puede sostener se me hacían tremendamente exagerados. ¿Acaso el hombre había sido tan poco romántico para regalarle semejante cosa? O tan tacaño, durante todo ese tiempo, como para no obsequiarle una docena.

Le pregunté eso a mamá infinidad de veces, ella solo soltaba la carcajada con ese ímpetu de muchacha que le entraba de pronto y decía: ¡Es cosa nuestra! ¡Son cosas de Gal!, o algo por el estilo. No me los imaginé nunca de esa manera, pero indudablemente habían tenido una historia y mi madre la atesoró mucho. Esos tres girasoles se convirtieron en un aspecto místico de su vida. Un atributo fundamental de su existencia, suficientemente poderoso como para haber llegado hasta este día y ser el símbolo que el pobre hombre utilizara para despedirse.

Ten, me dijo, y extendió ambas manos hechas cuenco, yo lo imité automáticamente. La cadena de tu madre y sus aretes, consérvalos. Una delgada hilera de eslabones perfectamente cuidados que mamá siempre llevaba puesta, de ella pendían un corazón, un girasol pequeñito, un minúsculo tres romano de oro algo parchado, y una pequeña llave.

Cada uno era significativo e importante para ella porque pertenecían a diversos momentos de su vida. Los aretes que yo le regalé un día de madres —y desde entonces jamás se los quitó— me vibraron en las manos. Eran cosas primordiales en su existencia y ahora eran el efecto tangible de que Katy no volvería a pisar jamás su casa. Jamás.

Fue en ese instante en que tomé conciencia. Sin extraños, sin formalidades. Mi madre acababa de morir y nunca volvería a verla.

Había abandonado su hogar, sus cosas, sus amigos. Su jardín, sus flores, su árbol favorito, sus amores. Nosotros, Gal y yo, éramos lo último que quedaría del recuerdo de Katy sobre la faz de la tierra. Sus vínculos con lo viviente.

No me casé, no tuve hijos, así que no hubo un nieto a quien mimar ni habría alguno a quien contarle sobre lo maravillosa que había sido. Yo volvería a su casa a disponer de su ropa, sus objetos personales, sus muebles, su propiedad y luego... Luego todo se habría ido.

Si como lo pensé desde el principio, en un arrebató vendía todo, no quedaría un sitio a dónde volver a recordarla. Katy, mi dulce madre, fuerte y terca a morir. Empeñada en disciplinarme a

costa de mí misma. Nadie en el mundo sería capaz de regañarme. Ya no habría ninguna voluntad por encima de mí en toda la faz de la tierra. Ninguna que verdaderamente me interesara. No habría alguien como ella para decirme cuánto me amaba. Era una verdad categórica. Todos se habían marchado y ya no importaba. Una realidad aplastante y contundente que me abatió de pronto.

Mi madre había muerto.

Y me sentí la persona más sola sobre el planeta.

El movimiento del féretro me devolvió a la realidad. Gal no se iría de ahí y pasarían muchas horas antes de que nos entregaran la urna. Ya no había más que hacer. Él debió ver algo en mi rostro porque me dijo: Ve a casa, yo la recojo.

De inmediato un absoluto dolor me invadió sin que pudiera resistirme. Una punzada en el pecho, un no poder respirar, un estar congelada en el sitio incapaz de reacción alguna. Las lágrimas se agolparon ante mis ojos y cayeron desenfrenadas, ligeras y ágiles sin emitir ningún sonido.

Ese llanto terriblemente doloroso que saca todo lo de adentro. Ese no ser, no sentir, y no querer que alguien se convierta en un recuerdo. No. No. No, no quería que se volviera sólo un recuerdo. No, no mi madre, no mi Katy.

Gal me tomó amorosamente de los hombros, diciendo: Ven, ven. Giró conmigo y me encaminó a la salida. Aunque no en ese instante, se lo agradecí profundamente porque yo no sabía qué hacer.

Caminé como autómatas, aún con la manos echas cuenco, conteniendo en ellas la cadena y los aretes. Temblé incluso a la hora de abrir el coche, por un momento me sentí desconectada. Estaba ahí, parada en el estacionamiento junto al vehículo y veía alternadamente mis manos, la manija, mi bolsa, sin saber cómo proceder. Cómo tenía que moverme, qué debía hacer primero.

Reaccioné.

Abrí el cierre lateral de mi cartera para echar sus pertenencias pero se me hizo inapropiado. En lugar de eso saqué las llaves, con mi preciosa carga en un puño, me senté al volante. Encontré un pequeño pañuelito y envolví las cosas pero luego decidí y rectifiqué, guardé bien envueltos los aretes, moví el retrovisor y me coloqué la cadena. Ahora llevaría puesta a mi madre hasta mi último día. Eso era lo correcto y me haría sentir que aún estaba conmigo. Para siempre.

Un *para siempre* que hubiera deseado que fuera eterno.

Pensaba en eso mientras miraba con detenimiento el reflejo de sus dijes. Cuánto de ella había en esas pequeñas figuras. Qué tanto significaban que los llevó puestos hasta el día de su muerte. El corazón que le dio mi abuela, el girasol de mi tía, el tres de Gal.

Fue cuando me percaté de algo sin pensarlo siquiera: la llave.

La pequeña llave, pendiendo junto a la flor, no era un adorno simplemente. No, no era solo un dije. Encendí el coche y me dirigí enloquecida hacia la casa.

—¿Pudiste descansar bien?

—Pues... pastillas para dormir, pastillas para despertar, luz para sentirse aquí, litio para no perder el piso, más los otros medicamentos. Sí, digamos que sí.

—¡Vaya! Y con humor de hacer bromas.

Gal se sentó en la mesa de la cocina y de inmediato ella le acercó un café. El desayuno estaba ahí, ante él, no dejaba de admirar el plato como quien no había visto algo igual jamás en su vida. Esa mezcla de tristeza y alegría no se iba, era como ese tipo de golosinas agrídulces que no acertaba a decidir si le gustaban o no.

Claro que sentía muy bien tener frente a sus ojos algo que no fuera de una cafetería, comprado

en una caja de congelador, o que no hubiera preparado él mismo. Pero la única mujer que había preparado comida para él había sido su madre y ya hacía muchísimo tiempo de todo aquello.

¿Listo para festejar?

Sonrió, la mirada brillante de ella, aunque con cierto acento extraño, no dejaba de asombrarlo. Cada vez se le hacía más frecuente externar un gesto de alegría si ella lo miraba directamente con esa expresión y ese tono de voz particular que le hacía sentir calor por dentro. Viéndola ahí, frente a sus ojos, trayendo a la mesa una gran cacerola con el pavo que preparaba ya para la cena, oliendo los hervores de las ollas que presagiaban una gran noche navideña, no podía ser de otra forma.

—Sé hacer galletas. Galletas de jengibre, dijo de pronto.

—¡Tú! ¡Gal, me sorprendes!

—Mi madre nunca hacía esas cosas, allá no se conocían. Crecí y me fui. Las vi en las películas y yo quería, así que aprendí. Club de cocina, me colé en el centro comunitario.

—¡Uy! Ya me imagino...

—Pues sí, pero quería galletas, ¿sabes? Las galletas. Las galletas son importantes.

—¡Claro que lo son!

Ambos rieron y, luego de terminar su desayuno, continuaron con los preparativos para lo que se propusieron sería una gran noche. Las galletas son importantes, Katy repetía la frase en su cabeza. Tal vez no se refería al hecho de que la combinación de masa y jengibre lo fueran, sino lo que representaba, lo que le habían enseñado las películas.

Una familia, alguien que hacía algo por uno de sus miembros desinteresadamente. Algo que se hace en un momento especial para una ocasión especial, que tiene un significado. Una sensación de hogar y de celebración.

Era a lo que se refería, aquello que él había deseado y al parecer no había podido tener, probablemente nunca en su vida. Ella misma, en ese instante, preparaba la receta de pavo que hacía mucho le había dado la Gringa para festejar en su casa, muy al estilo de los *Unites States*.

Algo se le movió por dentro. No podía olvidar todo lo bueno de vida que ella sí había tenido por un evento doloroso y triste. Le atrapó la añoranza, la nostalgia. Luego de poner el ave al horno, se levantó. Ese día llamaría a casa.

¿Y no sientes miedo?

Preguntó su madre al teléfono, ya cayendo la tarde. No de Gal, se apresuró a decir de pronto.

Él había subido a descansar un poco porque se fatigaba con facilidad. Estar mucho tiempo de pie le costaba trabajo, sentía el mareo regresando con intensidad, las náuseas y el deseo de volver el estómago, aunado a que su malestar intestinal no cedía a causa de la nueva medicación, lo debilitaba demasiado. Con todo, estaba dispuesto a hacer un gran esfuerzo para pasar su velada navideña lo mejor posible. La primera vez en su vida que estaría acompañado de una chica. Y eso era sumamente importante.

Todo estaba listo.

Se despidió de su madre luego de un largo recuento de afectos y saludos, de mil cosas hermosas y positivas que les habían sucedido en los últimos meses y de reiterarle cuánto las amaba, subió a arreglarse de la manera más refinada posible, su ánimo estaba al tope y no podría haber nada que empañara esa celebración.

Afuera, el frío arreciaba y la lluvia no dejaba de caer, se preocupaba por el estado anímico del chico y le sugirió la fototerapia por la tarde pero él se negó alegándole que la había tomado por la mañana, y aunque no estaba indicado, prefería usar la lámpara antes de dormir, igual que en

el hospital, no quería dejar caer su ánimo y tampoco que el mareo y los efectos del litio le fastidiaran el festejo. Lo haría después.

Más tarde, él bajó a la sala.

Elegantemente vestido con un traje formal, una corbata perfectamente anudada y una apariencia impecable. Nadie diría que apenas unos días antes estaba hospitalizado. En su mano llevaba un par de girasoles, que hábilmente solicitó al encargado sin que Katy lo supiera, y un pequeño estuche.

Viéndose al espejo de la entrada, acompañado su imagen el sutil titilar de las luces del árbol, el jugueteo cálido de la chimenea, la iluminación indirecta del comedor y la acogedora mesa puesta tras de sí, se sintió distinto, como atractivo o inteligente, pensó, algo que de alguna forma no había percibido antes. Como los hombres que salían en las películas. Hizo un par de poses. No sabía bien cómo describirlo. Pero la imagen devuelta por el cristal le gustó. Tal vez era esa misma imagen la que ella había visto el día anterior, esa que le provocó semejante mirada y a él una desbandada de corriente eléctrica recorriéndole el cuerpo. Ya fuera la nueva medicación, el cambio de ambiente, o la presencia de Katy, algo en él estaba surtiendo un efecto impactante y se propuso disfrutarlo.

Se entretuvo un poco con el juego de aditamentos para chimenea, le pareció cómico. Natural y espontánea se le escapó una risilla, hasta él reconocía que había sido exagerado que a causa de verlos en el catálogo se le ocurrió hacer una chimenea. Una pala, una escobilla, un atizador de leña, todos primorosamente brocados en bronce y latón. Muy garbosos fulguraban frente al fuego emanado de los troncos con su característico olor. Sonrió de nuevo, en verdad había sido exagerado, pero tenía que aceptar que todo lucía extremadamente elegante.

Buscó un jarrón y colocó las flores en el centro de la mesa y echó la cajita en el bolsillo. Se sentó en el sofá y se dejó llevar por el ritmo de las luces navideñas. Viajó, tal vez al momento en que pensó que era feliz de niño, aunque sus primeros años siempre estuvieron cubiertos de una melancolía desastrosa que se acentuaría cada vez más en los inviernos de su vida.

Miraba sin ver, como si una película particularmente triste se proyectara en su cerebro y él era el único asistente. Un rictus se dibujó lastimero en su boca, de inmediato sintió venir el cambio de ánimo. No, no lo permitiría. De pronto recordó la película infantil en la que decían que buscaran su momento feliz. Hizo memoria. Tal vez un abuelo, tal vez un verano en la plaza de Villa Flores o el mítico canto del quetzal, eran eventos aislados.

La mayoría de sus momentos felices se habían construido en el transcurso de ese año. La plática, las plazas, las películas, lo compartido hasta ese día, era el paquete en que bien podría organizar, analizar, ordenar por alfabeto o por fecha, cada instante de dicha que hubiera tenido y del cual fuera consciente. Y todos, absolutamente todos respondían a un sólo nombre.

—¿Ya estás listo?

Volteó.

Y sus ojos descubrieron una visión portentosa en vestido de lentejuelas rojo. Unos zapatos haciéndole juego, un maquillaje perfecto y la sonrisa más encantadora que él pudiera imaginar. No dijo nada. Se puso de pie al tiempo que, de lo profundo de su conciencia, o su corazón, emergió un estremecimiento que no conocía o si lo había sentido jamás había sido con semejante intensidad.

Y sí, por primera vez estaba consciente de que era un sentimiento, no una emoción, no un cálculo, no un razonamiento para analizar. Un sentimiento con todas sus letras que podía medir, tomar forma, asumir como propio y, sobre todo, disfrutar.

La paz, la tranquilidad, el confort, se unían gloriosos con ese semblante equilibrado y sencillo,

que a la vez era lo más perfecto que él hubiese visto en su vida, adquiriendo tintes de gozo, de satisfacción de ganas de hacer cosas.

Estaba extasiado, caminó lentamente los pocos metros que lo separaban de la escalera y se mantuvo ahí sin poder apartar la vista de su rostro. No requirió decir nada. Katy tomó su mano y lo dirigió al comedor, juntos se sentaron a ambos lados de la mesa y sonrieron mutuamente con la timidez de jovencitos que recién se conocieran.

¡Girasoles!, dijo ella, sorprendida. Ambos seguían con la sonrisa plasmada, sin dejar de mirarse y sin explicación alguna.

—¿Y quién servirá? —indicó él de pronto.

Y soltaron la carcajada que rompió el encantamiento.

Cenaron, bebieron, conversaron aménamente, la plática fue viajando de las familias al trabajo, los regalos navideños de niños. Lo que desearían para el presente y qué les depararía el futuro. Gal se escuchó a sí mismo, por primera vez, haciendo planes. Ella logró separarse del miedo para disfrutar una velada que le sorprendió. Pero aún más asombrada se sentía, de que en mucho tiempo no había hablado del futuro como una cosa cierta, y ahora lo hacía.

Terminaron comiendo galletas frente a la chimenea mientras abrían los regalos que les habían traído. No fue sino hasta que ella dijo: Faltan los míos, que él recordó aquello que creyó ver en su casa fuera de lugar y de contexto, ciertos paquetes que no había llevado ahí.

Katy le entregó uno a uno sus presentes, y fue viendo cómo esa mueca de tristeza que intermitentemente aparecía iba aligerándose hasta convertirse en un gesto afable y relajado. Cuando al final le entregó la tarjeta, Gal no pudo evitar derramar una lágrima. Pero esta vez era de auténtica emoción porque al igual que todas las primeras veces que había experimentado, también era la primera vez que se sentía comprendido.

Ten, le dijo, y le extendió el pequeño estuche que ella abrió con avidez de niña. Un bello dos romano en oro, pendiendo de una exquisita cadena le llenó el alma y los ojos de emoción. ¡Pónmelo!, pidió con entusiasmo.

Gal sintió, también por primera vez, la tersura de su cuello esbelto, que ella había maquillado con precaución por las huellas del ataque, pero el muchacho solo recordó la mirada de la tarde anterior y ambos, sin decir más, se quedaron así por largo tiempo. Katy jugueteaba con el dije entre los dedos sin atreverse a pedirle siquiera que soltara sus cabellos, que él aún mantenía entre sus manos para aspirar todo el aroma posible. Para que le llegara hasta los pulmones, para que le impregnara por dentro, para que le borrara la niebla de los huesos, pensaba.

Ella sentía su respiración cálida en la nuca, el roce de sus dedos todavía en contacto con su piel y no se atrevía a decirle que ya era suficiente, que se moviera, por temor a dejar de percibir esa sensación tan placentera y novedosa.

Fácilmente, imaginó, podría girar y tomarlo por sorpresa, atrapar esos labios entre los de ella y decirle que nunca había conocido a nadie como él por muy trillado que pareciera, pero pensó de pronto que, dada su peculiaridad, podría resultarle ofensivo. Se detuvo sólo el tiempo suficiente para percibir que fue Gal quien reaccionó primero y suavemente le susurró al oído: Dame otra galleta.

En la vida hubiera pensado qué de sensualidad había en una petición semejante, qué de incitante y lujurioso le parecía la sola idea de imaginar el bocadillo entre sus labios. La morbosa necesidad de contemplar las migas en su comisura e intentar retirárselas con la boca le parecía perturbadora y exagerada. Se regañó a sí misma por semejantes elucubraciones y retiró su cuerpo para seguir la charla.

La había afectado, ese breve instante de contacto había inquietado su juicio. Infinidad de posibilidades pasaron por su cabeza como una ráfaga de ideas susceptibles de realizar.

Sería un abuso, se repitió con obstinación, sería un terrible abuso de mi parte. Yo no sería capaz de aprovecharme de su inocencia de esta forma. No. Al menos, no, si él no lo quisiera, justificó para no sentirse mal por la idea. Pero no, nunca, si no supiera con certeza que él también lo quisiera, insistía. Ella sería incapaz de menoscabar ese espíritu que desde siempre percibió tan puro.

Se despidieron frente a la recámara de visitas no sin que antes le preguntara si estaba seguro de que estaría bien.

Ella quería darse un baño, lo necesitaba.

Él tomaría su medicación y usaría la lámpara al menos un rato. Le mostró el discman y el juego de discos compactos que le acababa de obsequiar asegurándole que sí, estaría bien. Lo estaría.

Vacilé muchísimo.

El diario negro estaba en la cama junto con lo demás que había dejado. Las fotografías, el zapatito, la pulsera de hospital. Todo seguía esperándome desperdigado. Tomé con lentitud cada una de esas cosas y, probablemente con más veneración que nunca, fui depositándolos tal como los encontré dentro de la hermosa caja de madera rosa. Excepto aquello que tanto me inquietó.

Intenté pensar pero no podía. Era consciente de que si Katy había guardado el secreto por tanto tiempo tendría una razón suficientemente válida. Pero también lo era el hecho de que toda la vida le había formulado la misma pregunta que ahora tenía la posibilidad de contestar ante mis ojos. Pero claro, estaba dando por hecho que se trataba de la misma cosa. Quedaba en mí el querer o no la respuesta. Además, era mi derecho.

La voz de Katy parecía sonar amorosa y precavida en mis oídos: *Lilith, hijita, no te va a gustar. Piensa bien lo que haces.* Era el efecto de su carta.

Sin cavilar me vi caminando hacia abajo. Acomodé algunos troncos que estaban por ahí y, con un truco que me enseñó Gal, encendí la chimenea, tentada por un momento a ver cómo arderían esas páginas sin que yo jamás las viera. A ver luego cómo lo limpiaba o si me arrepentiría. Estaba en una especie de limbo sin poder tomar una decisión. Pero yo había pedido algo y por fin lo tenía en mis manos. La oportunidad de hacerlo era completamente mía, la respuesta que podía darme la tranquilidad que durante tantos años pedí me pertenecía.

Tener clava la idea de qué tan grande sería aquello que ocultaban esas páginas como para que mi madre lo guardara por tanto tiempo. Ella era una roca en ese aspecto, no le gustaba la gente mentirosa, grosera ni tramposa. Menos la gente violenta o abusiva, incluso se avergonzaba de sí cuando tenía algún exabrupto y luego no hallaba la forma de remediarlo. Cuando alguien escribe un diario es porque espera que algún día alguien más lo lea, esa siempre fue mi idea.

Pero para qué me serviría ya. Ahora que el tiempo había pasado y no habría más burlas que me pudieran afectar. En este momento en que Katy ya no estaba y no podría preguntarle nada, qué lista, muy de su estilo. Tirar la piedra y esconder la mano, como dice el refrán. Preguntarle de una vez por todas por qué lo había hecho, por qué esperó tanto tiempo. Muy astuta mi madre.

Todo fue atreverme a probar. Sentada, frente a la chimenea de Gal, titubeé un poco. Apenas introduje el pequeño colgante en la cerradura del diario negro y embonó perfecto.

Sólo bastó girar la llave.

La niña se ha ido, Katy, la envié a casa para que no sufriera más. No sabes cuánto se ha resistido, cómo ha aguantado, típico de ella. He visto sus ojos nublarse y no entender. Cómo las lágrimas se han agolpado a distinto tiempo y se presiona para no verterlas. Dura como el silencio, Lilith se obliga, se arma de valor para no aceptar tu ausencia. Yo, ya sabes, como siempre, trato de no hablarle más de lo necesario para no importunarla. Para que no salga corriendo como aquella vez. También en mi silencio he aprendido a amarla.

Ahora está en casa, mi amada Katy, le he entregado todo como me dijiste. Será su decisión y no la nuestra. Cuánto de bueno habrá en esta despedida y cuánto se perderá en el infinito de las tristezas. No quiero que la neblina me cubra de nuevo. No quiero que la lluvia de aquella noche empañe los recuerdos de la niña y no se sienta más lo que era. ¿Habrá sido correcto? Por qué mejor no conservar el silencio y mantener la fe, no importa ya lo que crea o piense, al fin que la

vida se ha ido porque tú ya no estarás en ella. Pero mira, hermosa, que si esta nena que amamos y cuidamos tanto queda con su alma dolorida, me moriría. Yo sé bien de la angustia y la desolación, de llegar a la vida y no sentirse bienvenido. Andar de más por el mundo, como sobrando. Entre estos recovecos de tiempo, de gente, de memoria, a los que quizás no debiera acceder. Por eso la cuidamos, Katy, por eso aguardamos. Espero que te sientas satisfecha porque ni toda la niebla de mi mundo, ni todas las arenas de tus desiertos, serán siquiera semejantes al dolor que estamos a punto de causar.

Y digo estamos, sí, estamos, porque tú me lo encargaste y yo pude haberlo evitado, pero no, porque tú así me lo pediste. En mala hora todo lo que tú pidieras se volvió mi devoción. No, no, no es así. No me escuches esas horribles palabras. Pero al menos en esto debí ser firme y evitar que se completara. Pero no lo pensé, este dolor que me agobia me nubló de más el cerebro. Casi igual que la niebla.

No, nena, no. No creo que haya sido una buena idea. No quiero que la tristeza de aquel diluvio de agonías se le impregne en la piel ni en las ideas. Traté lo más posible de que esa presencia siniestra se desvaneciera en tu memoria para que no colmara la de ella. Para que también la amaras. Así como soy, así como estoy, no importa. Era simple y sencillo de ver que había cosas que era mejor que no supiera. Por qué entonces, ahora, echarle de golpe un caudal de llanto y de miseria que no la abandonará hasta su propia muerte. Para qué se tiene vida si ha de embriagarse de forma tan lastimera y pesarosa. Demasiados torrentes de lamento hay ya en el mundo, lo sabemos, los compartimos y tuvimos el alma resquebrajada por todas esas presencias. Pero sobre todo por las dolorosas ausencias que fueron mellándote el alma. Porque siempre te relegaste. Y lloraste cada una de las pérdidas como si fueran propias aunque nadie lo supiera. Vivías como de prestado, dijiste. Estabas viviendo de milagro, gritabas. Cuando viste que en realidad el auténtico milagro había sido ella. ¿Acaso no aprendimos nada? No sé cómo has podido. Yo no podría. Y sin embargo lo he hecho.

Pero es tu hija, lo dijiste siempre, tú sabías bien lo que hacías con ella, me gritabas. Pero es mía también, te lo dije a cada instante. Aunque no me quiera, aunque le dé pena. Es mi niña también porque de mi voluntad férrea es su cuerpo el que vibró en tus venas. Porque las abracé a ambas el día de la promesa. También es mi niña, Katy, es mía.

Sea como sea.

Gal se cambió de ropa, colocó sus audífonos y acomodó el discman para disfrutar la bella música de Händel, empezaría *Messiah*, le interesaba en particular el *Halleluyah*, que era una fascinación. Aunque bien sabía por su obstinado afán de perfección, que no era necesario ser creyente para conocer que un ofertorio para la pascua de resurrección no se debía usar en Navidades, pero igual lo disfrutaría.

Vio sobre la mesa las sales de litio y pensó que no habría problema por un par de copas durante la cena, y si acaso ocurría algo, el especialista le había dado su tarjeta. Se apoltronó en la cama, ajustó el volumen, encendió la lámpara y se preparó a recibir la luz. En algún momento confuso escuchó a Katy abriendo el grifo de la regadera, muy a lo lejos. Era la paz que él necesitaba. Saber que todo estaba bien porque ella estaba cerca. Se sorprendió de que era su segunda noche en cama ajena y, al margen de un leve desvarío y traer sus propias sábanas, no había tenido molestias siquiera. Contempló los girasoles de Van Gogh que ella había colgado frente a la cama para que los viera. Luego cerró los ojos y se dispuso a disfrutar de la música, aún con el leve mareo que ya intuía, decidió dejarse llevar sin pensar en nada. Los primeros compases

comenzaron a iluminar su cerebro. Resplandeciendo en sus oídos con todo su mágico portento.

El vestido rojo quedó extendido sobre la cama, Katy se ajustó el cinturón de la bata y se recogió el cabello. Salió de la recámara para dirigirse a la ducha y creyó escuchar un ruido, pensó que sería Gal acomodándose para la terapia. No importaba, era sólo un ruido, se dijo. La noche había sido verdaderamente una sorpresa de emociones y se sentía satisfecha. Por fin entró al baño para ver si ya estaba lista la temperatura en esa fría noche y tuvo que esperar un poco a que calentara, bajó la tapa para sentarse sobre el inodoro y revisar la temperatura intermitentemente. La puerta se abrió de golpe e intentó detenerla.

—Gal, me estoy bañando...

Subió el volumen. *La vibración de las cuerdas rompió el aire.*

Un puñetazo certero la aventó al suelo impidiéndole terminar la frase. Lucio la levantó en vilo, ella quiso correr despavorida en cuanto lo vio e intentó gritar pero una bofetada la estrelló contra la pared. Pretendió escapar de nuevo, su respiración agitada y el pánico se reflejó en el rostro. Tampoco el hombre daba tregua, golpe tras golpe; al intentar salir huyendo de nuevo, este la tomó por la cintura. La puso con violencia frente al espejo del baño echándola adelante sobre el lavabo y sujetándole ambas manos, con una suya por la espalda. Tomó una prenda íntima que ella había dejado, y se la insertó en la boca profundamente. Entonces sucedió.

Hallelujah! hallelujah! hallelujah!
hallelujah! hallelujah!

De una tremenda embestida la penetró con salvajismo. El grito de Katy se perdió en el sanitario, sordo y ahogado, las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas, en tanto su llanto lastimero se perdía sofocado en la mordaza, el tipo sujetó su cabeza contra el espejo estampándole la cara con violencia en la superficie fría. Ella gemía de dolor, intentaba liberarse pero no podía. Quería gritar pero le era imposible. Él continuaba con su acometida sin detenerse en contemplaciones. Una, otra, otra y otra vez. Sin interrumpir esa tortura constante para hacerle el peor daño posible.

For the lord god omnipotent reigneth.
hallelujah! hallelujah! hallelujah! hallelujah!

Le gritaba, la insultaba, no le importaba nada. En tanto seguía lastimándola bestialmente. No le había sido difícil regresar a buscar al taxista y ofrecerle cualquier cantidad a cambio del sitio donde la había dejado. Éste no cantó, dijo, así que le sacó el destino a puñetazos. Al ser un centro comercial, le llevó más tiempo investigar quién había sido el otro tipo que la había llevado a casa. Lo demás fue esperar. Aguardar pacientemente a ver qué sucedía. Y en efecto, la había visto llegar con el enfermo, un enclenque individuo insignificante, según él, que no valía la pena. Si por ese tipo lo había cambiado bien merecía todo lo que le hiciera. Le reclamaba mientras seguía en su ataque. La había visto fumando afuera y se le había escapado la oportunidad.

For the lord god omnipotent reigneth.
hallelujah! hallelujah! hallelujah! hallelujah!

Pero esa noche, esa noche viéndola por la ventana tan feliz y sonriente con ese vestido tan elegante que jamás había usado para él, fue el colmo. Ese sujeto oliéndole el cabello, ella cerrando los ojos como esperando que algo sucediera. Sí, claro que la había visto. Estabas esperando que el tipo te cogiera ¿verdad? le gritaba. ¿Qué le pasó a tu amigo? ¿No se le para el pito o qué? Ves, eso te pasa por no escoger un hombre de verdad. Sí, le gritaba que se merecía todo lo que le pasara, y a cada palabra la envestía con mayor rudeza. Katy sintió la sangre recorriéndole las piernas. El insufrible dolor continuaba y su plañir perdido en ese espacio le dijo

que no habría nadie que lo detuviera.
the kingdom of this world
is become the kingdom of our lord

Lloraba tremendamente y por más que intentaba huir no podía. El tipo se daba el gusto de menoscabar su frágil cuerpo como se le antojaba y ella era incapaz de escapar de semejante fuerza. Cuando Lucio, confiado en su poderío, trató de cambiar de posición, ella tomó rápidamente un spray para el cabello de la superficie del lavabo y se lo descargó en los ojos. Él gritó. Katy corrió por el pasillo aprovechando la situación y sacándose la mordaza para alcanzar el teléfono pero la siguió con agilidad, parcialmente enceguecido, y aun así de otra bofetada la hizo caer hacia adentro de su recámara. La aventó boca arriba sobre la cama. Miró el vestido con saña y lo tomó para romperlo.

—¡Gal, auxilio! —alcanzó a gritar.
and he shall reign for ever and ever,
for ever and ever, forever and ever

El tipo metió de nuevo un trozo de tela roja en la boca y repitió su ataque, abriéndole completamente la bata, atándole las manos con la banda que la ceñía y riéndose a carcajadas de sus lágrimas.

—¡Pinche piruja, hija de tu perra madre! —le gritó, y los insultos no cesaron— ¡Vieja pendeja!, creías que te ibas a olvidar de mí tan fácil. Vas a ver cómo te parto en dos, hija de la chingada. Y cuando acabe contigo, voy a ir a partirle la madre a este pendejo que tienes en tu casa, nada más para que veas quién manda.

Apretaba sus senos con fuerza usando su manaza, con la otra seguía manteniéndole las manos atadas por encima de la cabeza, y arremetía contra su pubis con una saña incontrolable haciéndole sentir toda la naturaleza de su odio. De nada servía intentar gritar, ya no podía, estaba exhausta y maltrecha, adolorida y humillada. Un dolor inmenso se le incrustó en el alma y quebrantó su espíritu. No dejaba de llorar. Pero la endeble mujer no sabía que su condenación apenas empezaba.

King of kings! and lord of lords!
hallelujah! hallelujah! hallelujah! hallelujah!
hallelujah!

Gal abrió los ojos. De pronto creyó escuchar un ruido por encima de la música y se retiró los audífonos. Esperó. Algo no andaba bien. Apagó la lámpara e intentó levantarse con rapidez, pero el efecto del medicamento se manifestó y las piernas se le doblaron yendo a dar al piso. Quedó tirado junto a la cama, el vértigo, el mareo, la náusea estaban de vuelta. A esto se agregó la poca coordinación de sus músculos y lo encandilado por el efecto de la terapia de luz. Había intentado levantarse demasiado rápido. Con avidez trató de repasar en su pensamiento sus protocolos, las notas que había tomado sobre las órdenes médicas para saber qué hacer en caso de que el mareo persistiera.

Tirado en el suelo, entendió. Escuchaba llantos, sollozos ahogados, era Katy sin lugar a dudas, pero tampoco podía responderle porque no alcanzaba a articular palabras con claridad. El litio. Su cerebro ofuscado por la medicación se negaba a responderle. Pero la escuchaba, la escuchaba, y su corazón se llenó de angustia. Algo estaba sucediendo.

Ella estaba sufriendo y aunque fuera una de sus pesadillas no permitiría que eso la lastimara.

Como le fue posible se apoyó en la cama, hizo esfuerzo en ambas piernas para controlar sus rodillas. Se sujetó de las paredes y con gran empeño logró abrir la puerta de su recámara.

Las sales y el alcohol le habían afectado demasiado, sentía que le retumbaba la cabeza y una taquicardia enloquecida se apoderó de su corazón a medida que se esforzaba. Le dolía el pecho pero tenía que ver a Katy. Alcanzó la puerta del cuarto de ella y apenas atisbó con dificultad a un enorme tipo de espaldas. ¿Qué estaba haciendo

?

Quiso gritar pero no podía. Con todo su esfuerzo se acercó más y lo que vio le horrorizó. Amordazada y con el frente de su cuerpo al desnudo la muchacha era agredida brutalmente por el sujeto que no se había percatado de su presencia. Los ojos de ella voltearon a verle como advirtiéndole que no se acercara. Gal tenía la mirada borrosa, aun así sabía que debía hacer algo para salvarla.

Reunió fuerzas de donde pudo y con un grito que por fin salió, se dejó caer con todo su peso sobre la espalda del sujeto, dándole un contundente golpe para que la liberara. Lo que brevemente logró.

Pero el gigante volteó, lo sujetó del cuello y comenzó a darle tremenda golpiza hasta sacarlo del cuarto. Mientras el hombre arremetía contra su amigo, Katy se levantó dificultosamente, se soltó las manos, y vino tras él tratando de golpearlo con una lámpara para que soltara a chico que ya llevaba a estacazos al pasillo sin permitirle reaccionar. Pero Lucio sí lo hizo, volteó y la envió de nuevo al suelo asestándole otro puñetazo. Gal se levantó apenas e intentó golpearlo también, pero el otro se dirigió hacia él y le propinó otra tunda a guantazo limpio dejándole molido el rostro, hasta hacerlo caer. Para luego agarrarlo a patadas y verlo rodar por las escaleras.

Pero no era suficiente. El hombrón ya no podía detener su furia. Fue dándole puntapiés, uno tras otro, tras otro, hasta sacarlo de la casa mientras le gritaba que esa mujer era suya y que ni él ni nadie podían tocarla. Afuera, la noche fría y la lluvia intensa, que no dejaba de caer hicieron reaccionar a Gal, apenas cubierto por un delgado pijama, de manera que empezó a temblar incontrolablemente. Su crisis se había disparado. El sujeto lo miró extrañado sin comprender y comenzó a burlarse de él.

—¡Por esta cosa me cambiaste!

Gritó al aire entre carcajadas, mientras lo veía intentando controlarse. Katy apareció de pronto a espaldas del individuo, aún con la bata abierta, con la pala de la chimenea en alto, y la estrelló contundentemente en su cabeza. Él se dolió, viró hacia ella y de un manotazo furioso la arrojó contra el vehículo de Gal, para continuar golpeándola sin misericordia por donde quiera que cayera.

Los vecinos se dieron cuenta y comenzaron a lanzar voces pero sin salir de sus casas, amenazando con llamar a la policía por el escándalo. Eso enfureció más al hombrón.

La chica se le deslizó de las manazas, sin fuerza, imposible se le hacía sostenerse en pie, intentar huir, defenderse. Se resbaló quedando tirada junto al vehículo. Yacía de nuevo en el suelo húmedo sin siquiera poder levantar la cara, los brazos ya caían a los lados del torturado cuerpo. La lluvia descendía copiosamente sobre ella, confundiéndose con la sangre, imitando su tristeza. No podía pensar, reaccionar ni mover un solo músculo. Supo entonces que moriría. Y su amigo también.

Ya a punto de explotar de ira, el gigante la elevó de nuevo hasta su propia altura. Esta vez no la dejaría escapar. Sujetó su frágil cuello con ambas manos, mientras sus dedos comenzaron a presionar.

—Cuando oigas un ¡crack! será tu hora —le dijo al oído.

Y presionó, presionó, presionó. Los ojos de ella se abrieron mucho, su cara se alteró, la falta de aire comenzó a hacer que sus venas se elevaran inyectándole el rostro. Lucio la miró con recelo y odio esperando a oír el deseado chasquido que marcara irremediamente su final, su momento de retorcida justicia, mientras le decía entre dientes:

—¡Esto te pasa por puta!

La bestia apretó y apretó cada vez más. Katy sentía sus ojos a punto de explotar, el rostro hinchado, el aire que dejaba de circular hacia sus pulmones, y por más que intentó manotear o pedir piedad, ninguna palabra salió de su boca. La frágil muchacha percibió cómo la vida se le iba al momento en que escuchó tronar sus propias vértebras.

De pronto se detuvo. La presión de las manos sobre el débil cuello cesó. La fuerza de esos brazos que la sostenían iba desapareciendo y los pies de Katy lograron llegar al suelo, sin anticiparlo. Las manazas que le atenazaban la habían liberado y respiró de nuevo con dificultad. Vio cómo, Lucio, tenía los ojos muy abiertos, cayó sobre ella pesadamente mirando por un segundo el frágil rostro despavorido, y de inmediato se desplomó de bruces contra pavimento mojado.

Lo miró estupefacta sin saber con exactitud qué había pasado.

Detrás de él quedó el amigo, de pie. Impregnado de un líquido rojo intenso que había salpicado sus manos, su rostro y ropas profusamente, con la mirada perdida, los dientes y los puños apretados, temblando de manera incontenible y jadeando con angustia.

—¡Katy! —fue lo único que salió como un susurro de sus labios.

—¡Gal! —alcanzó a articular ella casi sin fuerza.

Ambos se abrazaron para sostenerse, cayendo también desfallecidos al suelo, inundados de pánico y llanto bajo la tormenta helada del invierno.

Del cráneo de Lucio manaba un espeso y oscurecido borbotón de sangre que no se detenía. Justo en el sitio donde tenía clavada, hasta lo más profundo, la aguda punta del atizador de leña.

Yo estoy aquí, yo estoy aquí.

Estoy aquí solitario y viejo. Yo estoy aquí ahora. Esperando.

Ahora en este mismo instante en que te pienso y tú estás ahí dentro.

Tu féretro se ha internado a través de esa puerta desde hace ya tanto tiempo que he perdido la cuenta. Polvo eres... han dicho. Polvo es lo que yo he sido.

Te estás desintegrando, me doy cuenta. Te colocaron en una superficie de cartón tal vez, te metieron en ese gran horno. En cuanto termine, entonces te habrás ido del todo. Pero no será de esa manera. No. El fuego no puede quemar tus recuerdos ni los míos. Porque tú me llevas en la memoria, y a Lilith también. No importa si ya no puedes hablarnos porque tu esencia ha trascendido.

Pero yo estoy en tu memoria y tú estarás en todas y cada una de las mías. De todos los días, de todos los años, de todos los segundos hasta que vuelva a encontrarte. Porque fuiste tú el ser que cambió el color de las hojas de los árboles cada otoño. Y la calidez de tu sonrisa me espantó el frío durante muchas temporadas. Porque el cosmos completo, las galaxias, las constelaciones, las estrellas, las nebulosas y todas y cada una de las cosas en el espacio tuvieron sentido gracias a la melodía de tu risa. Y de tu risa conmigo.

Le diste un significado a muchas circunstancias que antes no lo tenían.

Me diste un significado. Una esencia.

Una persona. Un propósito.

Porque hasta antes de ti mi vida no podía llamarse así. Porque estuve oculto en este firmamento de concreto mientras los demás iban pasando por arroyos de calles embalsamadas. Pero yo no estaba, yo yacía. Iba deambulando por los días a cada vuelta de viento tratando de no ser visto.

Y veo ahora, y siento el fuego en tu cuerpo como si fuera el mío. Y la caja de madera o de cartón o lo que sea que encierre tu cuerpo rodea también mi organismo y me incinera contigo. Porque aquí sigo yo, afuera, esperando a que salgas de nuevo para ver tu sonrisa. Pero no sucederá.

Porque ahora te has ido y de pronto ya nada tiene sentido. Porque esa ausencia que tenía cuando me alejaba de ti era promisoria. Tenía la claridad de conciencia de que, sin importar cuánto me apartara, siempre podría volver a encontrarte en un sillón junto a la ventana. Y tu sillón y tú me esperarían. Junto a tu abrazo, a tu casa, a tu cuerpo, a tu sonrisa. Y yo te sorprendería con cosas nuevas y te platicaría de lo que hice o dónde anduve.

Entonces estaríamos así, como siempre, tú sentada y yo junto a ti, o los dos platicando afuera como aquel primer día. O en el jardín, en la sala, en la cocina, en la recámara que me preparaste y siempre tuviste lista. Yo así, ahí, cerca de ti. Porque lo único que le daba sentido a mi mundo era tu sonrisa.

Tu sonrisa. Tu sonrisa que ya no es mía.

Eras fácil de amar, de seguir, de ver.

Porque el tenerte cerca brindaba seguridad y consuelo. Tu nariz recta y tu boca haciendo mueca se volvieron el ánimo de mi tiempo. Y ya no hacía frío ni hacía calor, ni afectaba un cielo nublado. Hacía día de sonrisa fresca, tarde de cara malhumorada, fin de semana de ella viendo la

playa. Hacía tu sol y tu ánimo todos los días, y en cada uno de ellos yo fui dichoso. Yo, que hasta entonces pensé que jamás había sido persona, tuve un yo, un soy, un ser, porque tú me miraste y me hiciste visible a mis propios ojos.

Porque por fin pude saber qué era el amor con todas sus letras y nomenclaturas. Porque me diste el tiempo y la oportunidad de estar listo. Y fue entonces que tu cuerpo privilegiado me brindó el consuelo que yo no sabía que necesitaba.

Y fuimos una esencia palpitante y poderosa.

Y de tu desierto y mi neblina se formó un vapor iridiscente que alcanzó las estrellas. Entonces supe que todos los horizontes nos pertenecían y aprendí a amarte en cada una de tus dunas. Amaste tú también mis arcos y mis recuerdos. Todos y cada uno de mis temores fueron arrojados por el cálido aroma de tus besos.

Y fui cuerpo contigo. Y fuiste cuerpo conmigo.

Entonces tuvo sentido aquel adagio de *hasta que la muerte los separe*. Sin saber ciertamente si la misma muerte que nos unió ahora nos cobra la partida siendo también quien nos distancia. Pero en tanto, todos los horizontes fueron nuestros, todas las bocas y todos los mañanas.

Amaste cada uno de mis lamentos y poco a poco los sustituiste con sonrisas. Me hiciste ligero el tiempo y la existencia. Y te amé, Katy, como lo que en realidad has sido y yo sí tengo el privilegio de decir por encima de todos los mortales:

El único amor de mi vida.

Pero ahora tengo que esperar aquí y no me muevo.

No me muevo.

Porque lo verdaderamente cierto es que aún no he encontrado las palabras propicias para esta despedida. Porque no estoy listo. Porque no lo entiendo. Porque hubiera sido más fácil que me dijeras: Vayámonos juntos, y yo lo habría hecho con alegría. Pero me dejaste aquí encargándome de todo. No sé por qué. No sé hasta cuándo quieras que siga haciéndome cargo. Aunque pensándolo bien creo que sin ti yo no puedo.

Yo no puedo, yo no puedo. Yo no puedo.

Sin ti no soy y no puedo.

Katy, mi Katy, no eres la única que ha perdido la vida.

El departamento de policía extendió su cordel amarillo en la propiedad. Mientras ella era subida a la ambulancia, él fue introducido en la patrulla casi en shock. La vecina de junto dio la información de los ruidos y les hizo hincapié en que la chica los había reportado con anterioridad pero no le hicieron caso.

Era la madrugada del veinticinco de diciembre y nadie quería estar ahí. Por eso las diligencias se efectuaron de manera rápida y bastante eficiente. Los vecinos, que por fin habían salido, completaron con lujo de detalle los reportes por lo que la situación quedaba muy en claro. Un hombre loco había seguido a su exnovia para atacarla.

El médico que lo había atendido en el hospital, halló a Gal en la celda casi en estado catatónico, le llamaron porque los peritos encontraron su tarjeta, las anotaciones y el medicamento. El joven tuvo que ser internado de emergencia en el área de psiquiatría y no sabían cuál sería su pronóstico.

Afuera, el año nuevo llegaba entre fuegos artificiales y algarabía. El doble ocho de la suerte, decían las enfermeras del hospital, que intentaban animar a los pacientes, en especial a la chica delgada que habían atacado días antes, pero ni siquiera reaccionó.

Katy estuvo quince días internada y durante ese tiempo ni Gal ni ella, supieron del otro. Su madre y su hermana trataron de convencerla de que se volviera a casa pero no quería saber de nadie. Firmó su alta voluntaria. No fue sino hasta la tercera semana en que pudo dar con el amigo.

Entró y lo que vio le acabó de partir el ánimo.

Con la mirada perdida, las aun terribles huellas de los golpes, un rictus de tristeza como jamás le había visto y ambas manos hechas muñón sobre las rodillas, ni siquiera percibió su presencia.

Sentado frente a la ventana, los ojos clavados al cristal, parecía congelado en un momento preciso, muy lejano en su memoria. Lo miró largamente desde la puerta. Se acomodó en un sillón del otro lado de la camilla sin saber con claridad si podría acercarse ni decir palabra pensando que ella se sentía igual, pero también sintiéndose culpable por su retroceso. No quería causarle más daño. No sabía si su presencia pudiera ser un detonador o una ayuda ante su precaria situación.

Lo veía y se veía a sí misma sumergida en ese marasmo de dolor inconmensurable que no sería borrado con nada. Katy llevaba aun el collarín al cuello y el vendaje en el torso, que debería conservar al menos un mes. Sus propias marcas en brazos, muslos, rostro, le señalaban ese grado de abandono al que habían llegado.

Y una marca imborrable en la memoria. Como esa huella permanente de angustia que le había anidado en el pecho aquella noche, al salir del bar en Juárez, y ahora tomaba forma convirtiéndose en una gigantesca mole de zozobra y pánico. De asco de sí. De prueba irrefutable de indefensión y llanto.

Sí, se veía y lo veía, y no tenía ni la más mínima idea de cómo ayudarlo porque no sabía ni cómo ayudarse siquiera.

La empresa había enviado a un asesor para el chico, que a su vez le recomendó un abogado y este alegó legítima defensa, con eso y los exámenes médicos de ella, así como el proceso que intentó la primera vez que la agredió en la otra ciudad, lo enviaron al hospital y los trámites seguirían con rapidez sin que él saliera perjudicado.

Ella aguardó largo tiempo, pero ni siquiera pudo encontrar un tema qué tratar, algo qué decir, que no tuviera que ver con toda esa fatídica historia. No pudo más y prefirió marcharse.

—¿Te volveré a ver? —preguntó luego de mucha indecisión.

—Tengo que ir a tu casa por mis cosas.

Fue lo único que él contestó sin siquiera mirarla.

Nos han quebrado, Katy murmuró sin darse cuenta. Somos dos personas rotas.

Se levantó del asiento en silencio y salió de ahí como si su corazón no existiera. Perdóneme por haberte involucrado en esto, quiso decir, pero francamente ni ella quería haberse visto involucrada en aquello. Hubiera preferido morir que hacerle daño al único que la había tratado como persona. Pero no acertaba a explicar ni el qué ni el cómo de todo lo que le estaba pasando por la cabeza. Prefirió no decir más, desaparecer de su existencia y esperar que con algo de suerte él se recuperara.

Lo demás fue sentirse mal cada día. Sin poder comer, dormir, pensar. Se le acabó el tiempo concedido por el trabajo a causa del ataque y estaba considerando seriamente devolver la casa a la financiera y regresar con su madre.

Aunado a todo ello empezó con vómitos y mareos intensos cada mañana al levantarse, y regresaban incómodamente durante su jornada. No podía ser cierto. No.

Eso era lo último en que hubiera podido pensar.

Acudió a la oficina a hablar con el jefe de personal para solicitar más tiempo y este no

accedió. Quiso reclamar, alegar, decir algo, pero el vómito explosivo se le vino sin darle tiempo de moverse a ningún lado, estallando encima del escritorio, para el asombro y aversión de los presentes, se limpió la boca avergonzada y salió corriendo, con los ojos anegados en lágrimas hacia una farmacia.

Un baño público sirvió de sitio para su agonía. Los minutos se le hacían eternos. Ahí estaba, encerrada en ese sanitario pestilente y deplorable tratando de que un *no* fuera la respuesta, pero no tuvo suerte. La impresión se mostró perfectamente clara y contundente. No cabía la menor duda del resultado en la prueba que acababa de realizar. Reventó en llanto.

Gal la llamó repetidas veces por teléfono, Katy nunca contestó.

La buscó en la oficina pero le dijeron que no estaba. Ninguna persona del trabajo se atrevió a comentarle del penoso incidente porque de una forma u otra todos suponían que algo había pasado aunque en claro no supieran nada.

Se armó de valor y se dirigió a su casa.

La vecina le dio un reporte detallado de lo sucedido en las últimas semanas, además le dijo que, ese mismo día, la vio llegar a media tarde y salir de inmediato caminando con rumbo a la carretera como perdida en sus pensamientos. No, sin nada en las manos, recalcó, cuando él preguntó si acaso llevaba maletas.

Esperó prolongadas horas fuera de su casa. Ningún resultado. Se vio en la necesidad de enfrentar sus miedos nuevamente. Comenzaba a anochecer, enfriaba más, la lluvia no se hizo esperar y ella no aparecía. Entre esos fríos días de finales de enero su incomodidad crecía como el gris plomizo del cielo.

No estaba listo para pasar por esa situación, sin embargo, algo había en el ambiente y en todo lo acontecido que le impedía regresar a su departamento, como hubiera pensado desde el inicio. Decidió manejar por el rumbo que la mujer le había señalado tratando de encontrarla por algún sitio.

Titubeaba entre volver a su casa y buscarla después o seguir en la ruta porque ya estaba a punto de salir a carretera. Había dejado el tratamiento nuevo y le costaba muchísimo mantenerse alerta. Sus pensamientos de muerte habían empeorado con lo sucedido. Se tallaba continuamente los ojos y la cara tratando de tener un poco más de lucidez pero no servía de nada. Su estrés, su angustia, todo se le había vuelto más pesado de cargar. Luchaba contra sus propios pensamientos y el miedo, pero ahora, de que algo le hubiera sucedido a ella. Eso no, no podría lidiar con eso.

Deambuló muchos kilómetros, pensó en el regreso porque en realidad le costaba permanecer despierto y alerta. Habían pasado demasiadas horas desde que llegó a buscarla a su casa; lo que provocó que excediera sus propios tiempos de tolerancia, se estaba poniendo en riesgo. Retornó.

Su prudencia le decía que caminando, ella, no podría haber llegado tan lejos, no en su condición. Gal se daba cuenta de que luego de haber estado un mes en el hospital sus reflejos y habilidades no eran los mismos. Había excedido sus límites mucho más allá de lo que hubiera considerado. Estaba a punto de rendirse cuando, casi al filo de la media noche, entre la oscuridad de la carretera, creyó ver una figura femenina sobre la barandilla de un puente. No podía equivocarse.

Acomodó con rapidez el vehículo en el acotamiento y se acercó con precaución, dejándolo a prudentemente distancia y dirigiendo la luz hacia la conocida figura. Hasta él entendía que aquello era una mala señal, lo había vivido.

—¡Katy, Katy! ¡Espera! ¿Qué sucede?

La frágil muchacha estaba tan sumergida en sus pensamientos que la voz tan familiar le

sorprendió de golpe, era la última persona que esperaba ver.

¡Vete, Gal, no quiero que estés aquí! le gritó. El suplicó, pero ni todas las razones que dio a voces le hacían reaccionar, sino al contrario, parecían provocarle una necesidad mayor de lanzarse a lo desconocido. Ni las reflexiones arbitrarias sobre la vida, la promesa de que todo estaría mejor, las razones de la familia, la gente que la amaba, servían para que ella tuviera una mejor respuesta. Agitó la larga cabellera varias veces en señal de negativa, extendía su palma hacia él como si con ello impidiera que se aproximara aún más. Viendo que el muchacho, tan asustado como ella, no se detendría, tuvo que decirle aquello que la había arrojado hasta ese sitio.

—¡Estoy embarazada, Gal! ¡Tú no lo entiendes! ¡Estoy embarazada de él!

Quedó atónito. Todas las frases que pudiera articular desaparecieron de pronto. Si bien tenía algunas habilidades mermadas, no era un tonto como para no darse cuenta de la gravedad de las circunstancias con todo lo sucedido. Y de lo aún más aberrante que sería esta situación.

De inmediato se le vino a la mente la angustia y desespero de su propia madre, le parecía entender de pronto toda la dificultad y desasosiego que aquello le producía. Quiso retirarse, quiso acercarse, no sabía si permanecer o si era más prudente dejarla sola con su dolor, pero cuidó sus acciones procurando no asustarla.

La veía ahí, desvalida y sola, con esa angustia y ese dolor tan inmenso como abominable, a grado tal que no se atrevía ni a reaccionar. No había palabras en todo su repertorio, ni siquiera en toda la bastedad de las lenguas del mundo, suficientes para dar ánimos o convencerla de desistir de su intento por acabar con esa realidad que la atormentaba. Lo había visto, lo había vivido con ella, pareciera de pronto que ni toda la bestialidad ni toda la saña del ataque habían sido suficientes en comparación con esto que ahora le agredía de una manera tan devastadora como voraz. Llevaba en el seno al hijo de su violador.

Estaba peligrosamente de pie sobre la barandilla del puente, mirando al vacío, con una terrible expresión de desamparo en su desolado rostro. Ese dolor profundo y agudo que él conocía bien, lo había experimentado toda su vida. Se acercó con cuidado tratando de no precipitar su caída. La entendía, claro que la entendía. No sabía exactamente en qué forma pero creía comprender todo ese malestar que la embargaba, la ahogaba, le hacía querer que todo terminara lo más rápido posible. La comprendía porque así se sentía la mayor parte del tiempo si exceptuar ningún día. Porque él mismo no resistía las ganas de ponerse de pie y acompañarla para también lanzarse desde la altura. Pero no, ella no. No podía ser de esa manera.

Intentó hacerla reflexionar aún con sus dificultades. Trató de hacerle ver que tenía alternativas pero a cada una de ellas le dio la misma respuesta. No importa, ya no importa, repetía la chica con profunda tristeza.

—¿Acaso crees que no sé que puedo deshacerme de esto y ya?

—No lo sé, en verdad no lo sé. Tal vez, sólo tal vez, si puedes deshacerte de eso como le dices. Pero yo no sé, no lo entiendo. Es decir, quién soy yo para decirte qué hacer o qué no. No sé de lugares, clínicas, hospitales. No sé de la ley ni de la gente. Ni siquiera sé si yo podría o debería opinar... Yo no sé qué decir, lo único que quiero es que bajes de ahí. Que estés bien. Debe haber algo más. ¿Es por esto que estás ahí?

—¡Qué importa ya por qué estoy aquí! ¡Lo único que quiero es que se acabe!

—Tienes razón, probablemente ya sea el momento en que todo esto termine. Quieres que se acabe porque ya no puedes más. Simplemente ya no puedes. Te entiendo. Porque yo maté a un hombre, Katy. Y créeme, yo tampoco puedo...

Gal guardó silencio y observó el entorno, ella lo hizo igual. Como si esa realidad poderosa y

aplastante por fin los hubiera vencido dejando apenas un par de despojos tirados a la orilla de la carretera, perdidos en la humedad de aquella fría noche de enero entre la infinidad de caminos que se extendían de uno y otro lado sin que a nadie, en toda la bastedad del mundo, le importara.

La sensación de soledad y desaliento podía palpase en el aire. Ráfagas de angustia extendiéndose con el vaho que exhalaban sus atribulados cuerpos. Gal no tenía más opciones que ofrecer porque ni siquiera para él las había poseído nunca.

Para Katy, sus últimas palabras pesaron en el aire.

Todo era tan grave, tan brutal y doloroso, que cada meollo que se viera era tan cruel y aterrador como el anterior, que crecía desmedido mientras más se le pensaba.

De pronto, con un hábil movimiento, él se subió a la barandilla, acompañándola. Ahí, con el gélido viento de la noche penetrándole en los huesos recordó La Sepultura.

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Cuánto tiempo había permanecido resistiéndose, luchando contra todo aquello? Ahora estaba convencido de que era algo que no lograría vencer nunca.

—Está bien, Katy, está bien. ¡Vámonos!

Ella se sorprendió, no pudo evitar preguntarse si eso era acaso lo que pretendía. Volteó a verlo y se percató de su indefensión. Estaba vulnerable y solo. Había matado por ella y ahora también se iría. Gal había decidido acompañarla de nuevo. Podía no importarle, total, pensaba; ya muerta no sentiría nada de aquello, de aquel dolor, aquella tristeza.

Entonces lo comprendió del todo. Comprendió que así como lo veía a él era la forma en que ahora ella se sentía; esa sensación que había iniciado desde que le vio en la habitación del psiquiátrico con la mirada perdida hacia aquella ventana que no mostraba nada. Una confusión terrible entre víctima y victimario se le hizo nudos en el cerebro, en las entrañas, en el pecho. Sí, era la mártir de Lucio, de su bestialidad y su machismo. Del odio gratuito que se generó a causa de ser mujer en ese forma equivocada de ver la vida. Pero se sentía comprometida por lo que fuera del amigo disminuido y tembloroso que tenía junto a sí. Que había matado por ella. La frase se repetía incesante en su cabeza.

—Es mejor que te vayas. No puedes hacer esto —le dijo entre llanto— ¡Mírame, Gal, esto que aquí ves es lo que han dejado!

—No. No bajaré de esta barandilla si no es contigo. ¿Yo qué puedo perder? Es un bebé y es tuyo, Katy, no importa lo que decidas, si lo quieres o no. Sólo, sólo no quiero que mueras...

—¡No quiero que mueras tú, Gal!

Soltó la varilla de la que estuvo sujetándose y lo abrazó. Él la miró como quien ha recuperado algo muy preciado. Bajaron del borde del puente con la mirada nublada en llanto. Katy, mi Katy, mi Katy, no me dejes... no cesaba de repetir, mientras la abrazaba con fuerza y hundía el rostro en su húmedo cabello.

Tal vez porque su voz la enterneció, su presencia, su fragilidad, su debilidad o ese roce amoroso que mantenía con su frente y la hacía sentir reconfortada, algo se desvaneció por dentro permitiéndole una claridad de pensamiento que no había tenido desde aquella aciaga noche.

No supo qué fue exactamente lo que las palabras de Gal movieron en su interior. Pero él había arriesgado su vida para defenderla aun cuando no podía. La había salvado y ahora ella no podía dejarlo solo con esa carga. No podía condenarlo de esa manera. No sabía cómo, pero estaba segura de que encontraría el modo de resolverlo. Ella no se rebajaría a ser igual que Lucio, no sería el victimario, no quería ser responsable de la muerte de su amigo. Gal tomó amorosamente su rostro, con ambas manos, buscó con intensidad en el brillo de sus ojos y, reuniendo toda su fuerza, habló:

—Katy, sé que no soy lo mejor, que tengo incontables problemas, pero sabes que me esforzaré mucho y que haré lo que sea por ti. Si necesitas un amigo aquí estaré, si necesitas un esposo también. Incluso, si me dejas, seré el papá de tu bebé. Has lo que decidas, tú sabes que yo estaré siempre para ti. Seré lo que tú quieras y todo lo que tú necesites. Pero por favor quédate conmigo, quédate aquí...

—¿Qué es lo que dices?

Lo miró a los ojos sorprendida. Un universo de situaciones dolorosas y aberrantes, formaron un torbellino dentro de su cabeza para luego mezclarse con una ráfaga de emociones certeras que había vivido junto a él. Había en esos ojos una súplica sincera y profunda acompañada de un inconmensurable amor que le prometía permanecer siempre sin importar lo que pasara. Pero también había en esa mirada y esas frases una potencia tan grande que la invadió de pronto, un ilimitado y honesto sentimiento venido de aquel ser que antes fue lo más puro que hubiera visto sobre la tierra. Ese hombre que a voluntad se corrompió sin pensar en nada más que en ella.

Sabía perfectamente que jamás podría compensar lo que había hecho para salvarla. Que nunca lograría regresarle esa inocencia y candor que antes poseía. Y ni siquiera existía una manera humanamente posible de resarcirle el daño, de devolverle algo de paz a su existencia. Él había luchado por proteger su vida y ella estuvo a punto de quitársela. Intentó verlo en un futuro sin ella y no fue halagüeño. No podía actuar de esa manera. Lo amaba mucho como para hacerle semejante daño. Un amor tierno y sutil sin ninguna reserva. Sí, él había matado, pero porque se vio obligado a defenderla. No tendría fortaleza para vivir con la culpa. De nada habría valido corromperse si ella se marchaba. Supo que en ese momento residía el fallo que los transformaría para siempre. Era consciente de que no sería fácil. Que también por eso sería juzgada pero era su decisión y la tomaría. Lo demás ya no importaba. Debía hacerlo, se decía, sin importar nada más sobre la faz de la tierra, y lo haría exclusivamente por él.

—Yo, Galileo, yo no sé lo que haré con este bebé. Pero te prometo que estaré contigo hasta el cuerpo no me dé más. Yo también, Gal, yo también quiero salvar tu vida.

Ha llamado por teléfono.

Acaban de entregarle las cenizas y viene para acá. No tardará mucho. El día en que yo nací, Gal le regaló de nuevo a mamá, el dije que mandó arreglar para formar un tres romano. Lo dice el diario. Francamente no tengo idea de qué sucederá. Ni siquiera sé qué pensar. Mamá, cuánto lo siento, en verdad.

Al terminar de relatar lo sucedido, Katy escribió una frase: Siempre tuve la sensación de que viví con la vida prestada.

Comenzó a guardar los recortes de los crímenes de mujeres que se dieron en Juárez, todos pegados, y debajo de cada uno de ellos puso la fecha y una frase de despedida. Una frase amorosa pensando tal vez que en cada una de ellas se veía a sí misma y en lo afortunada que había sido de que aquel hombre, El Prieto, le advirtiera de la huida, y que Gal luego hubiera estado presente para protegerla. Había corrido con suerte a diferencia de las pobres muchachas y niñas.

Ocasionalmente junto al año colocaba el número de víctimas. Deja entrever en sus comentarios que de haberlas escuchado a ellas aquella vez, y a otras tantas, tal vez no sería tan grande el daño por lamentar. Aunque siempre se lamenta cada vida que se arrebata.

Ahora era demasiado tarde, el dolor había invadido lo que fue su hogar y tanta tristeza no podía pasar desapercibida. Luego fueron más, más y más cada vez. A veces, enojada, escribe con sus letras grandes junto a la declaración de algún funcionario que minimiza lo sucedido, que revictimiza a las mujeres por su forma de vestir o sus hábitos, algunos manejan números de cuatro mil, ella dice ahí, que entre otras partes del país en total se han contabilizado más de cuarenta mil. Es terriblemente doloroso.

No te voy a mentir diciéndote que fue fácil. No te mentiré diciendo que siempre te amé. No. Esa es la verdad, y créeme que me duele. Eran épocas de ciegos y necios, y no han cambiado mucho. Recorrimos lugares y buscamos opciones y no encontramos nada seguro. Aún con el recurso de Gal no era suficiente y mi cuerpo estaba muy mal. Él fue quien me brindó la confianza y el aplomo, quien te arrulló cada noche cuando la angustia y la ansiedad me embargaban y no te podía ni tocar. Gracias a sus esfuerzos pude ver más de mí en ti. Y no paró hasta que estuve lo más restablecida posible.

¿Pero cuántos Galileos puede haber en el mundo?

No, mi querida hija, a ti nunca te obligaría.

A nadie se debería.

Por mucho tiempo, no me quedó más que la impotencia entre los huesos, como dice Gal, por eso empecé a participar con el grupo, para apoyar en lo que pudiera. Porque necesitan sentirse seguras y que por fin alguien entienda que el derecho a decidir debe ser exclusivo de ellas. No se trata de tomar partido, al contrario, se trata de no generalizar. Cada una ha vivido lo suyo. Yo lo sé. De mala manera y de primera mano, dijo El Prieto, y sí, así fue.

Somos sobrevivientes de esta tierra bañada de lágrimas y sangre. Como las voces que claman en el desierto que menciona la biblia. Sólo que aquí nadie escucha. Por eso tu nombre es Lilith, la primera mujer, la verdadera primera mujer, según la leyenda. La negada, si se puede decir así. Aquella que en la mitología ocultaron a causa de que no aceptó la forma en la que un hombre la quería.

Entonces fue demonio y mal y lujuria. Y se le privó el derecho de ser y de existir en esa historia manteniéndola como un secreto sombrío que ni siquiera merece ser nombrado. Porque eligió, porque se atrevió a decir “no” cuando no quería; y porque se fue cuando no estuvo de acuerdo. Si ha de ser así, pues que así sea.

Somos entonces aquellas que no nos llamamos, somos demonios de las conciencias rotas. Las que aún tenemos voz porque, por mera suerte, logramos sobrevivir a la historia más sangrienta de nuestras vidas. Por eso tu nombre es Lilith, porque para mí es un acto de justicia.

Pero nuestras hermanas, las pobres e inocentes hermanas que se han ido, y todas aquellas de las que jamás nadie tuvo noticia, aún quedan vagando entre los yermos de esos lugares sin nombre.

A veces las imagino como las sámaras del arce, que giran con el viento esparciendo sus semillas. Espíritus puros que llegan hasta el desierto entre las cortinas doradas que levanta el viento para recomponer las dunas, para reconstruirlas. Perdidas entre los arenales, olvidadas en la memoria de la ciudad que me fue prohibida.

Espero algún día poder reunirme con ellas. Y ojalá, pronto, alguien haga algo contundente, algo que definitivamente marque el fin de toda esta agonía.

Ni una menos, gritan. Ni una más, dicen.

No debió ser nunca ninguna.

Esa es la verdad. Eso es lo que yo les diría.

No lo olvides, Lilith, tú eres hija del amor y de la justicia.

He deambulado por la casa con detenimiento.

Cada rincón, cada espacio está lleno de ella y no sé si querría deshacerme de eso, en tanto, escucho llegar a Gal. Algo en mí ha cambiado del todo. Indudablemente Katy siempre supo lo que hacía. Ahora entiendo que me dejó crecer sin ninguna sombra, luego ya había pasado demasiado tiempo. Doy gracias de que sea hasta hoy, definitivamente no lo hubiera asimilado.

No es fácil. Aceptar que se es hijo de uno de los peores actos de violencia pesa, y bastante. Definitivamente, jamás me atrevería a decirle a alguien qué debe hacer con su cuerpo y su vida. Pero claro, esa es sólo mi idea. Ambos hicieron un muy buen trabajo. Sigo aquí, sigo viva, por las circunstancias que sean. No los juzgo, pero tengo que reconocer que yo no lo haría.

—Las cenizas. Las pondré aquí, junto a la ventana. Viendo a su árbol.

—¿Junto a su sillón?

—Sí... tú, tú, me dirás qué harás después.

—Me sentaré aquí. ¿Vienes? Tomaremos limonada y platicaremos de ella. Hay que recuperar

mucho tiempo.

Y ambos nos quedamos entre el atardecer contemplando el arce. Por fin comprendí la importancia de ese cambio místico de hojas. El viajar por los colores como expresando el ánimo, las actitudes, las cosas que nos van poniendo a prueba.

Uno hace lo posible por mantenerse firme y adaptarse a cada cambio de estación. Sin importar si se es perfecto o imperfecto, si tenemos secretos; o si estamos o no completos. Seguimos, sólo seguimos. Ahora es que lo voy entendiendo. Porque cada cual, desde sus trabas, va buscándose una manera de sobrevivir. Porque tampoco dejan de ser bellas las flores por ser tres girasoles.

Porque todo tiene su significado.

Yo me haré cargo de que la casa se mantenga y la recámara de Gal siempre esté lista. Espero que él acepte quedarse aquí. Después de todo, de alguna forma debo agradecerle a este hombre haber defendido a mi madre y haberme regalado el privilegio de llegar a este día. Nunca me lo hubiera imaginado.

¡El tres romano!

Hemos llegado al desierto, Katy.

Una parte de tu esencia permanecerá siempre con nosotros junto a tu ventana. Pero hemos venido aquí para liberar el resto de tu ser de toda pesadez y de toda sustancia ajena.

Para que no digas que viviste de prestado. Para que te unas con el amor de tus sílices. Porque la esencia fundamental de ti siempre fue ésta. Ese divagar de tus bellos ojos cafés entre el invierno. Esa luz emanada de tu ser que nos brindó vida aun cuando no encontrábamos nuestra propia esencia.

Por eso estamos aquí.

En este sutil viento que nos acompaña, para que te unas a los espíritus que danzan por la arena. Y que tu hálito vaya viajando entre el deslizamiento de las dunas y puedas conjugarte en su esencia. Para que esa cortina dorada que levante el viento te lleve a todas partes y te haga confluir con aquello que tu corazón más anhela.

Y serás de nuevo cosmos, brillo, luz en mis ojos y polvo de estrellas. Porque todo vendrá a unirse a ti y a tu sonrisa. Para que por fin seas liberada del recuerdo. Para que por fin esa luz que tú eres y que nos brindaste resplandezca sobre los minúsculos granos bronceados, como escarcha que lleve tu nombre.

Ahora es el momento. Te liberamos.

Vemos con gozo cómo tu ser va uniéndose, sutil y gracioso, como siempre fuiste en realidad, haciendo arabescos iluminados por el sol, tal si estuvieras despidiéndote, hasta perderse en la superficie tersa de polvo de oro, cobre y bronce de tus amadas dunas.

Viajas, Katy, viajas por fin a tu querido horizonte. Vuelas con el aire confundiéndote con el resplandeciente fulgor que brindó luz a tu existencia. Samalayuca te recibe como siempre, con el mismo amor que engendró el calor en tu mirada, abrazándote afectuoso en cada una de sus leves colinas.

Ahora que lo veo, creo que por fin encontré las palabras para esta despedida.

No podría ser de otra manera.

Te unes a tus hermanas.

Te elevas...

Índice

Primera edición: Agosto de 2020

Mónica Carrillo

Para quienes han sobrevivido. Cualquier semejanza con la realidad es una triste coincidencia

Si alguien me hubiera preguntado, le habría dicho que nací cerca de La Sepultura, donde los días y las noches eran tristes, igual que hoy, donde la neblina lo cubría todo hasta llegar al pensamiento. ...

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE